



# EL VESTIGIO

Agustín de Azcuénaga

Lectulandia

A un año de finalizada la Segunda Guerra Mundial, cinco prófugos nazis de alto rango buscan refugio. Con el apoyo de algunas instituciones que interceden por beneficio propio, encuentran un destino: Argentina. Para cerrar el trato, los alemanes deberán transportar consigo una reliquia sagrada que se remonta a los tiempos de Cristo. El precioso objeto, ahora custodiado por la Iglesia del país austral, es trasladado a la ciudad de Santa Fe, para mantenerlo oculto a las mentes malignas que desean recuperarlo. Alternando dos épocas muy diferentes, se desata una carrera a través del tiempo, en la cual los personajes deberán recorrer los edificios más antiguos de la ciudad, pugnando por hallar un vestigio de la pieza milenaria.

**Lectulandia**

Agustín de Azcuénaga

# **El Vestigio**

ePub r1.0

Titivillus 14.12.16

Título original: *El Vestigio*  
Agustín de Azcuénaga, 2014

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Agradecimientos

Fue largo. El tiempo que transcurrió desde que este libro empezó a nacer hasta que se publicó al fin. Hace más de 5 años que el proceso se inició, y en ese transcurso pasaron muchas cosas, la mayoría totalmente ajenas al libro en sí. Hubo muchos (muchísimos) momentos y épocas en las que ni recordaba que esta historia existía.

A la hora de agradecer, muchos nombres se agolpan en mi cabeza. Voy a tratar de ser lo más justo posible, teniendo en cuenta que no sólo voy a nombrar a gente que participó directamente en el libro, sino también a personas que influenciaron mi vida de manera tal, que también formaron parte de esta gestación.

A Chacho y China, por apoyarme siempre, en cada proyecto, aventura o estupidez. Porque son Padres con mayúscula; porque me enseñaron desde el amor a ser, antes que nada, una buena persona. Y porque siempre me incentivaron a crecer y a creer. Gracias.

A mis cinco hermanos. Porque por ser el sexto, pude aprender de ellos y tomar lo mejor de cada uno. Porque más allá de las distancias, siempre estuvimos en contacto, nos contamos nuestras ideas, nos ayudamos en todo y prometimos volver a vernos. Porque cada vez que nos juntamos disfrutamos todo eso de ser hermanos.

A mis amigos, porque me inspiraron a construir estos personajes, a quienes inventé desde las vivencias que tuve con cada uno de ellos.

A mi tío Ique, quien se involucró en la creación de esta historia, con más entusiasmo que el mío propio. Por llamarme después de leer cada capítulo, para comentarme lo mucho que le había gustado; o mejor, para sugerirme ideas que, sin duda, enriquecieron, y mucho el relato. Gracias por seguir alimentando la pasión de leer y escribir.

A Fede Coutaz, por sus acertadas correcciones, pero más que nada, por su crítica y opinión, que sirvieron como un empuje invaluable para la publicación de esta novela.

A Pablo Pfirter y Bárbara Alberdi, por su desinteresada y fundamental colaboración para la elaboración del arte de tapa de este libro.

Y a Sofía. Porque sin ella *El Vestigio* jamás se hubiera publicado. Gracias por el apoyo constante, por la motivación, por la perseverancia. Gracias por enseñarme a creer. Gracias por la compañía permanente. Por todo, gracias.

*A Santiago y Victoria.*

## **Nota del Autor**

La presente novela es íntegramente ficticia, al igual que la historia y los personajes con nombres propios que participan directamente en los acontecimientos.

Los edificios que se nombran en el relato y la historia de su construcción son verdaderos.

Los nombres de las personas que se relacionan directamente con la historia del lugar son verdaderos.

La omisión de nombres propios para algunos personajes se funda ante la posibilidad de relacionar a éstos con personas reales de nuestro tiempo, teniendo en cuenta las fechas en que transcurre el relato.

## Hechos

El 2 de septiembre de 1945 finaliza oficialmente la Segunda Guerra Mundial. Con un total de casi sesenta y dos millones de víctimas fatales entre ambos bandos, en Nuremberg comienza el juicio por los crímenes de guerra a los oficiales nazis sobrevivientes.

Muchos de estos nazis, con ayuda externa, consiguen huir de la condena. Algunos de ellos transitan por la conocida «ruta de las ratas», desde España y Portugal hasta Génova, y desde allí en barco a Buenos Aires.

En Argentina se sabe que el país fue refugio de varios nazis. Adolf Eichmann, Klaus Barbie, Josef Mengele; son algunos de los nombres de los criminales que se escondieron en la nación austral.

Numerosas son también las teorías acerca de las causas que originaron este recibimiento por parte del país latinoamericano. Las más sólidas, en cuanto argumentos, tienen que ver con la llegada de empresas alemanas que aportaron un crecimiento económico a partir de inversiones en Argentina.

Las teorías de tono más conspirativas, aseguran que gran parte del convoy del *führer* (el tesoro nazi, conocido como «oro nazi») vino a parar al país del sur, y fue utilizado para inversiones económicas, de las que podrían haber participado algunos miembros del gobierno.

Siguiendo con las conclusiones de este tenor, no son pocos los autores que afirman que tanto el Vaticano como la Cruz Roja Internacional, y hasta el Departamento de Estado de los Estados Unidos, colaboraron para efectivizar la llegada de los nazis a los países latinoamericanos, sobre todo a Argentina.

A esta altura en suelo argentino, nadie se sorprende cuando en algún documental aparece un nuevo nombre alemán que estuvo involucrado en el Holocausto, y que pasó la segunda mitad de su vida en la patagonia o algún otro remoto lugar de Argentina.

# Prólogo

El barco que cruzaba el Atlántico gozaba de un viaje tranquilo durante la noche. La marea estaba tan quieta que el reflejo de la luna llena en el agua no se distinguía de su imagen real. Dentro de uno de los camarotes, el flamante cardenal contemplaba el objeto con ojos perdidos. Parecía hipnotizado ante el extraño resplandor que emanaba. Lo transportaba con sorprendente nitidez hasta los acontecimientos recientes.

Las palabras que había escuchado de boca del Subsecretario de Estado del Vaticano, aún resonaban en su cabeza. Si cumplía con la misión que le habían encomendado, seguramente ascendería en la codiciada espiral de la Santa Sede. *Ocultarlo*. El Subsecretario sería el próximo Papa, no había dudas. *Alejarlo de la diaria lucha por el poder del Vaticano*. Las disputas políticas en la Ciudad de Dios podían llegar a ser tan descarnadas como en cualquier nación. *Esconderlo en un remoto país. Una remota ciudad*.

Desde que había abordado aquel barco, el cardenal sabía muy bien lo que iba a hacer. No existía un plan mejor que el suyo. *No. Este mandato está hecho a mi medida. Nadie conoce mi lugar. No como yo. No lo encontrarán. No. Dios está conmigo. Llevo mucha ventaja*.

Muy cerca del cardenal, en el mismo barco, otro hombre meditaba. Estaba furioso, pero no pensaba demostrarlo. Ni siquiera todo el oro que llevaba en las pesadas valijas podía equiparar el valor del objeto. Ni las invaluable obras de arte que estaban envueltas en cartón, apiladas en un rincón de su compartimiento. *No existe el precio. Su poder es único*.

Sabía que debía esperar. No le quedaba opción. Pensar una estrategia y actuar en el momento indicado. Nunca perder de vista al cardenal. Mientras, agachar la cabeza. *Luego, recuperar lo que es nuestro*.



Buenos Aires, Julio 1946

La mañana fría y nublada azotaba con un gélido viento a los porteños. Los que todavía seguían en la calle, apurando el paso hasta encontrar su refugio, padecían el crudo invierno. Un mes atrás, un nuevo presidente había asumido el mando del país, avalado por el cincuenta y siete por ciento de los votos. Toda una mayoría. Terminaba otra etapa en la historia de los gobiernos *de facto* en Argentina, dando inicio a un nuevo proceso democrático.

En la residencia presidencial, la reunión tenía carácter de secreta. Sólo el mandatario, la primera dama y su más fiel asesor, estaban por enterarse del enorme acontecimiento que podía acelerar sus planes para el país. Nadie más debía tener conocimiento de ese encuentro. La premisa era fundamental, porque lo que estaban por escuchar era tan importante como riesgoso. La sala estaba flanqueada por puertas vidriadas de un lado y cuadros de próceres argentinos del otro. El presidente estaba parado entre una de las puertas que daban al jardín y el sillón donde se sentaba su esposa. Las tazas de café que reposaban en la mesa ratona, situada en el medio de la alfombra, dejaban escapar un denso vapor.

Del otro lado, el primado de la iglesia católica, recientemente nombrado cardenal por el Papa en Roma, y un hombre vestido con sotana, la cual no le correspondía, así como tampoco el nombre que rezaba su pasaporte. El falso sacerdote también estaba sentado en un sillón rojo, cuyos posa brazos servían de apoyo a sus extremidades superiores.

El cardenal vestía su hábito talar negro, con una faja color rojo atada a la cintura. El tono sangre de la banda simbolizaba su entrega como mártir. Algunas canas se dejaban ver bajo el zuchetto o casquete rojo de ocho gajos. En su dedo anular derecho, el anillo de oro que el Papa le había colocado horas antes, todavía lo incomodaba un poco. A pesar de la bondad de sus ojos celestes, el rostro del primado revelaba autoridad.

En el medio de la sala se situaba el enlace entre ambas partes. La persona que aseguraba que el beneficio de la negociación era mutuo. Un hombre de unos cincuenta años, delgado y con rostro arrugado. Sus lentes de forma redonda le daban un aspecto benévolo. Tenía el mismo origen que el falso sacerdote, y al mismo tiempo era un fiel amigo del presidente.

—Lo felicito, padre —le dijo el mandatario al cardenal con un firme apretón de manos, mientras este último se levantaba del sillón para recibir el saludo.

—Gracias, señor —contestó el cura bajando apenas la cabeza—. Seguramente se preguntará el por qué de nuestra urgencia para realizar esta reunión. El presidente, parado en posición de general y con las manos detrás, lo miró sorprendido. No es que

se sorprendiera fácilmente, pero no eran muchas las personas que le decían las cosas tan directamente y sin vueltas. Últimamente, el respeto demostrado por sus colaboradores se confundía fácilmente con un cierto temor. No era para menos. El presidente se había impuesto a todas las adversidades, y eso lo había fortalecido. Se sentía invencible. Y nadie se hubiera atrevido a cuestionarlo.

—Bueno, es verdad que estoy intrigado, no voy a mentirle. Pero supongo que todo esto tiene que ver con su designación y algún mensaje de paz desde Roma.

El tono irónico del presidente no causó buena impresión. Sobre todo al misterioso hombre parado detrás del cardenal, que hizo una mueca de dolor al escuchar las palabras del mandatario. La sotana del impostor casi se arrastraba en el suelo debido a su escasa altura. El hombre estaba alejado del círculo, con un sombrero que cubría parte de su cara cuando bajaba la cabeza. Si bien el extraño atuendo no se correspondía con la vestimenta tradicional, nadie había reparado en la actitud sospechosa del extraño sujeto. Sabía cómo pasar desapercibido.

—Traigo un mensaje del Vaticano, sí —dijo asintiendo el cardenal—. Pero me temo que no se trata de un mensaje protocolar.

Ahora sí, el presidente se quedó sin palabras, al igual que su asesor que miraba fijo al primado, sin entender nada de lo que estaba pasando. Desde el comienzo mismo de la reunión, el funcionario más cercano al mandatario, aquél que lo había acompañado en todas sus batallas, se mostraba confuso. Su cerebro, acostumbrado a trabajar con extrema rapidez, no podía encontrar las conexiones que le hicieran anticipar de qué se trataba todo esto. La primera dama estaba sentada, con las piernas cruzadas y postura elegante. Su espalda se separaba del respaldo del asiento, dibujando una curva perfecta que caracteriza la estética del cuerpo femenino. Era una mujer bella, de carácter, preparada para tomar las riendas de cualquier situación. Si bien el presidente poseía un porte de autoridad indiscutible, todos veían una pareja que se complementaba. No se podía imaginar la presidencia en una sola persona. La primera dama era, muchas veces, la voz del mandatario. Ella fue la que habló por su marido:

—¿Y cuál es el problema? —dijo, articulando cuidadosamente cada palabra—. Porque parece que hay un problema.

Era sencillamente imposible que la primera dama pasara inadvertida cuando quería hacerse oír. El tono de su voz, sumado a la postura y a la expresión corporal y facial, conformaban la combinación perfecta que lograba captar la atención de todos sus interlocutores.

—No hay ningún problema —se apuró a aclarar el enlace, quien se encontraba justamente en el medio de las dos partes, parado detrás de una silla y aferrando sus manos al borde del respaldo—. El cardenal les explicará lo que ocurrió en Roma. Luego verán que esto es como... llamémosle un negocio.

Si bien el manejo del idioma castellano por parte del enlace era fluido, sus palabras no dejaban de estar bañadas por un marcado acento alemán. La pausa justa

entre frases o palabras, no daba lugar a dudas sobre lo que estaba diciendo. Ya fuera literal, o implícitamente.

El presidente miró a su amigo sin cambiar el gesto de asombro. Sus manos seguían en su espalda. Su imagen reflejaba a una persona dura pero con mucha tranquilidad. El hombre había transitado caminos engorrosos. El exilio, antes de ser reclamado por el pueblo, le había servido de lección. Siempre se había guiado por sus impulsos, y eso no cambiaría. Pero había aprendido a escuchar y reflexionar. Ahora, en la cima del poder, creía que las mejores decisiones se tomaban por esa vía.

La tensión del ambiente en la sala era palpable. Nadie confiaba en nadie. La Iglesia no se encontraba entre las instituciones de mayor agrado del presidente, ni de su esposa. El sólo hecho de solicitar una entrevista urgente de la que nadie debía enterarse, ya era considerado un acto de prepotencia. Y el mandatario no estaba acostumbrado a aceptar tales acciones. Sin embargo, algo extraño en toda la situación le hacía pensar que éste era un caso particular; digno de ser analizado.

La primera dama lo observaba atentamente. La transmisión de pensamientos parecía ser una clave constante en las decisiones de la pareja presidencial. No había forma de saber qué se decían con los ojos, pero no quedaban dudas de que se entendían en fracciones de segundos, sin mediar palabra alguna. Ninguno de los dos estaba cómodo con la situación, pero no dudaron en seguir adelante.

El presidente soltó un suspiro y separó su vista de la de su esposa para mirar al cardenal. Por un momento, sus ojos se encontraron, y en el medio de esa conexión había algo que reflejaba una cierta complicidad. No se podía ver, pero ahí estaba; y por un segundo, ellos lo sintieron.

—Escuchemos entonces —dijo el mandatario, y todos los presentes entornaron sus ojos y oídos hacia el sacerdote.

## 2

El cardenal juntó sus manos, como si fuera a rezar, y le dirigió una tibia mirada de reojo al reluciente crucifijo que descansaba en su pecho, como pidiéndole la fuerza necesaria para hablar. Su Fe en Cristo, siempre protagonista de todas sus acciones, sólo era superada en ese momento por su seguridad. La misión que le habían encomendado ya estaba en marcha, y su plan era perfecto.

—Cuando llegué al Vaticano, pensaba que sería nombrado cardenal y regresaría a mi país sin más, como el resto de los sacerdotes en mi situación. Pero luego de la ceremonia, el cardenal francés me citó a una reunión de la que nadie debía enterarse. El secreto tenía que ser absoluto. Este mandato no me dejó tranquilo, pero tampoco parecía tener muchas opciones.

»Dos horas más tarde, en el lugar citado, me encontré con él, pero no estaba solo. Sentado en el fondo de la habitación, el subsecretario de Estado del Vaticano me observaba mientras yo saludaba al cardenal francés. Fue este último quien comenzó a hablar.

»Me dijo que tenían una misión para mí y para mi país. Me comentó que sabían todo de ud., Sr. Presidente, de sus ideas y su gran victoria. Que habíamos sido elegidos como parte de un plan que iba a dejar grandes réditos a la nación.

»Cuando mi expresión le demostró que no tenía idea de lo que estaba hablando, me dijo que Argentina era el lugar perfecto como destino a los militares de alto rango que habían perdido la última gran guerra.

El presidente abrió sus ojos desmesuradamente, como si acabara de despertar de un mal sueño. Un compendio de imágenes se le cruzó rápidamente por la cabeza, e inmediatamente volvió a enfocarse en el relato, intentando aparentar tranquilidad. No estaba seguro de haber interpretado bien las palabras del primado, por lo que no atinó a decir nada. Sólo se limitó a seguir escuchando.

El cardenal recreó la charla ocurrida en la amplia sala del Vaticano, donde las ventanas estaban ocultas tras pesadas cortinas que parecían tapices y el aire enrarecido daba cuenta de su poco uso.

—Como sabe, Alemania fue partida y repartida entre los Aliados, y estos oficiales no tienen lugar hoy en su patria ni en ningún lugar de Europa. No tienen donde refugiarse —dijo el francés.

—Escondarse querrá decir —sentenció su colega argentino—. Son criminales de guerra.

Su infinita *Fe sin fronteras*, como le gustaba llamarla, sólo era comparable con su diaria lucha por sostener una moral *perfecta*. La contradicción entre el eterno perdón de Dios y los actos monstruosos de seres que no merecían llamarse personas, era una de sus reflexiones más tormentosas.

—No nos corresponde juzgarlos —la voz del subsecretario resonó en la habitación.

Se levantó de la silla y se acercó al nuevo cardenal. Todavía vestía la sotana roja y el birrete en la cabeza. El Subsecretario era un hombre enérgico y decidido. Virtudes que lo habían llevado a su actual posición dentro de la Santa Sede, sin necesidad de mayores esfuerzos, a la hora de sortear los oportunos obstáculos que se podían presentar.

—Ellos ya no son una amenaza para nadie. Ahora, con el fin de esta guerra, un nuevo enemigo está asomando, creciendo y expandiéndose. El comunismo es un peligro para la estabilidad de la Iglesia, y los militares refugiados son anticomunistas. Su nuevo presidente también lo es. Y sabemos que está mucho más ligado ideológicamente al fascismo que a la misma democracia; y que simpatizaba más con el Eje que con los Aliados durante la guerra. Así que seguramente no tendrá mayores problemas en darle refugio a los derrotados nazis.

La escena retornó a la sala de la residencia presidencial. La mirada del cardenal volvió a dirigirse al crucifijo del pecho. Le agradeció para sus adentros y le pidió que no lo abandonara ahora. También pidió algo más; algo que casi se pudo oír.

*Perdón.*

El presidente estaba profundamente asombrado, perturbado. Sus ojos oscuros estaban abiertos de par en par y sus cejas se arqueaban en demasía. No quedaban rastros de su infinita tranquilidad ante lo que acababa de contar el cardenal. Su mujer se mostraba muy nerviosa, y la boca de su asesor estaba tan abierta como sus maxilares lo permitían.

—Quieren que refugie nazis en mi país —dijo el presidente con voz calma.

Como militar, sabía que la firmeza no se demostraba con desbordes emocionales. Todo lo contrario. Mantener la calma en los momentos más apremiantes, era el arma más poderosa con la que podía contar un líder.

—¿Y por qué habría de someterme a tal riesgo? Hace apenas un mes que estoy gobernando, y déjeme decirle que pienso hacerlo por mucho tiempo. Los alemanes no tienen ningún poder como para inducirme a aceptarlos en mi país. Y a su Iglesia no le debo nada, padre.

La paciencia se le había agotado al mandatario. Desde antes de encontrarse con sus interlocutores, sabía que esta reunión traía malas noticias; tenía ese oscuro presentimiento. No le gustaban los encuentros urgentes. Mucho menos, si éstos debían ser secretos.

Una falta de respeto. Venir a decirle a él, el presidente argentino, electo con los votos de la gran mayoría del pueblo, que debía aceptar que los alemanes derrotados se escondieran como ratas en su patria. Y encima, como un mandato de la Iglesia. Estaba ofuscado y a punto de finalizar la reunión abruptamente cuando su amigo, que oficiaba de enlace, habló.

—Sr. Presidente, si me permite... —Se acercó al mandatario y bajó la voz como para calmar su ánimo—. Todavía no escuchó la oferta. —Miró al cardenal y asintió para que éste siguiera hablando.

El primado devolvió el gesto sin separar sus manos. No debía flaquear ahora; éste era el momento. Miró de reojo, por tercera vez, al crucifijo de su pecho.

*Perdón.*

—Como dijo su amigo aquí presente, podemos ver esto como un negocio. —Los largos viajes y la falta de sueño se hacían visibles en las ojeras del cardenal—. Si bien los Aliados ganaron la guerra y ocuparon todos los territorios alemanes, varios nazis de alto rango se las arreglaron para escapar antes del colapso. Y no lo hicieron con las manos vacías. Los oficiales que están esperando venir aquí, tienen consigo una gran parte del convoy del *führer*, si sabe a lo que me refiero.

La expresión del presidente cambió al instante. Sabía que estaban hablando de algo importante. El tesoro que habían acumulado los nazis durante la larga guerra, hubiera despertado el interés de cualquiera. Invaluables obras de arte, enormes cantidades de oro, reliquias de altísimo valor, sólo eran partes de la cuantiosa *recompensa* que los alemanes le arrebataron a sus enemigos durante el período de la contienda.

—¿Me está diciendo que por aceptar que los nazis se escondan aquí, nos van a pagar con su botín de guerra? —No creía que pudiera ser tan fácil. *Tanto a cambio de tan poco*—. Si no estoy mal informado, con la cantidad de oro que poseen, podrían comprarse un pequeño país. ¿Por qué venir aquí y pagar tan cara una renta?

—No van a pagar una renta —el enlace miraba al presidente por encima de sus lentes redondos—. Serán inversiones; fundamentales para plasmar rápidamente su plan de gobierno, Señor. Imagine cuán rápido podría efectivizar las obras a realizar con semejante capital en mano.

—Bueno, eso es verdad, Sr. —dijo el asesor, asumiendo finalmente su posición. Nadie se acordaba de su presencia, hasta que pareció despertarse de su letargo. El tenor de toda la situación lo había superado por completo. Pero su rapidez mental y el oportunismo que lo había llevado a su cargo aparecieron en el momento justo—. Un capital de gran magnitud puede ser sumamente beneficioso para nuestro país. Hay muchas maneras de aprovecharlo.

La primera dama había cambiado su postura. Si bien sus piernas seguían estando cruzadas, ya no mostraba tensión en su rostro. Sus planes en materia social no iban a ser fáciles de concretarse, no sin el capital necesario. La puerta ahora parecía abrirse en el camino que se había trazado para ella misma. Advirtiendo así las ventajas del ofrecimiento, optó por mostrarse conciliadora.

—No creo que sea problema refugiarse algunos alemanes aquí —dijo asintiendo lentamente mientras miraba fijamente a su marido—. Además, ellos mismos sabrán mantener un perfil bajo. Nadie tiene por qué enterarse.

El presidente observó con atención a su esposa. Generalmente, su intuición le decía que su mujer no se equivocaba. Pensó que éste no era un buen momento para ignorar su palpito. Aunque actuar con rapidez en las decisiones de un país siempre conlleva sus riesgos, el tiempo de la reflexión no era un lujo que se pudiera dar en

este caso.

—¿Y qué necesitan concretamente de mí en este momento? —preguntó con intención de finalizar el trato lo antes posible.

El cardenal miró de soslayo al hombre vestido con sotana. Éste seguía con su rostro parcialmente tapado por el sombrero que llevaba puesto. Si bien era un experto en el arte de la desaparición, hubiera querido ser literalmente invisible en ese instante. Salvo el primado, nadie más parecía haber notado su presencia.

Luego de un momento, el cardenal dirigió su vista nuevamente hacia el Presidente y habló.

—Concretamente, necesitamos identidades. Pasaportes para los refugiados que están esperando en Valencia. Cuatro en total. Nosotros trajimos parte del oro —dijo el cardenal mirando nuevamente al falso cura—. El resto lo traen ellos.

*Oro, en cantidades.*

El presidente sabía desde su asunción, que sus numerosos proyectos para el país iban a ser muy difíciles de concretar, más que nada porque el capital necesario era muy grande.

*Inalcanzable.*

Ahora se le presentaba una oportunidad única. Como caído del cielo, llegaba a sus manos el vehículo monetario que haría realidad sus planes.

*Podré responderle a mi patria; cumplir mis promesas.*

El trato se le antojaba muy simple. Seguro, tendría que actuar al margen de la ley para facilitar identidades falsas. Pero sabía muy bien, que no iba a ser ni el primero ni el último de los gobernantes que se corrompieran por alguna causa.

*Y ésta es una causa justa. Una causa en pos del pueblo.*

Acordaron algunos pasos a seguir para concretar el acuerdo. Luego, se saludaron brevemente y poco a poco la sala fue quedando vacía.

El presidente se encontró solo con su esposa. Parado ante la puerta vidriada que daba al jardín, mantenía su postura reflexiva. Detrás de él, su mujer tenía la vista perdida en el suelo, con el rodete de su peinado apuntando al techo. Su expresión cambiaba significativamente en la intimidad, y ya no se la veía con la seguridad que había mostrado unos minutos antes.

—¿Creés que hicimos bien? —le preguntó ella.

El presidente se volteó y mostró su austera sonrisa. Ése era el gesto que daba tranquilidad a la conciencia de la primera dama.

### 3

Enrique Jerez era el nombre que figuraba en el pasaporte español del falso cura. Aunque intentaba, no podía olvidar quién había sido. Hacía poco más de un año que había abandonado Alemania, fingiendo su muerte y habiendo traicionado al *führer* para salvar su vida. Su baja estatura y la total ausencia de algún rasgo bello en su rostro, lo emparentaba diabólicamente a su antiguo líder. Eran conclusiones de ese tipo las que le hacían remorder la conciencia.

*Soy un traidor. Un sucio traidor.*

Ahora parecía estar a salvo, aunque la idea de refugiarse en un territorio desconocido no le agradaba para nada. No tenía opciones, de todas maneras. Era aceptar este destino o ser sometido a juicio y, seguramente, terminar condenado.

—¿Está seguro que su presidente no sospechará nada? —preguntó Jerez al cardenal, ya en el despacho de este último.

Los ojos celestes del primado reflejaban decisión. Si bien todavía podía sentir el remordimiento dentro de su ser, estaba convencido de que sería perdonado. Y era esa seguridad y su Fe en sí mismo como misionero de Dios, lo que lo convencía de su plan.

*Todo bien implica sacrificios.*

—Que pueda sospechar o no, es una cosa. De ahí a que llegue a la verdad... Lo dudo mucho.

La habitación donde se encontraban era bastante extensa. Las ventanas tenían una altura considerable, lo cual hacía que la luz del sol bañara el despacho con un resplandor dorado. Detrás del sillón del cardenal, por sobre su cabeza, un crucifijo ornamentado se contradecía con la austeridad de Cristo.

—Ahora bien, —prosiguió el primado— debemos actuar con celeridad y precaución. Yo me encargaré de que la reliquia tenga un refugio seguro y definitivo. Ustedes deberán encontrarse un lugar y olvidarse de ella, respetando el trato, por supuesto. —¿Olvidarnos de ella?

Los ojos, negros como la noche, se clavaron en las órbitas color cielo del cardenal. Jerez podía sentir como la ira nacía en su pecho. Aceptar las órdenes de un cura era lo más humillante que había tenido que soportar en su vida. Y sin embargo, en ese momento no tenía otra opción. Las comisuras de sus labios se estiraron levemente, dando forma a una expresión indescifrable.

—¿Piensa que nos podemos olvidar de algo que casi nos cuesta la vida?

El cardenal esbozó una sonrisa irónica. Se sorprendió a sí mismo por no contener el impulso.

—Si mal no recuerdo, esto les salvo la vida. La amnistía que les consiguió la Santa Sede no es por simpatía, créame.

Jerez tomó un respiro y le dio la espalda al sacerdote. Pasaron imágenes por su cabeza, recientes y vívidos recuerdos del infierno en el que había sido partícipe. Y el



objeto, el precioso objeto en el centro de todo; punto de veneración desde su círculo ocultista. El círculo que él mismo había creado a pedido del líder supremo de los nazis, un demonio que cayó cegado por el poder.

*Estúpido. Nunca te dejes dominar por un objeto.*

Ahora sentía temor. Aunque la reliquia también se había convertido en su obsesión, el miedo se había apoderado de él desde el momento en que vio al diabólico dictador transformado, trastornado, poseído. Pero cuando lo analizaba fríamente, su conclusión era determinante.

*El objeto debe ser dominado.*

El cardenal no veía motivos para temer. Al menos no sobrenaturales. Su objetivo se centraba en cumplir con los deseos de la cúpula de la Iglesia. Más precisamente, del Subsecretario de Estado del Vaticano, el próximo pontífice, sin lugar a dudas. De esta manera, sería un fiel aliado rápidamente ascendido a un sector de mayor poder dentro de la Curia. La culpa lo acompañaría hasta el final de sus días, lo sabía. Sólo esperaba poder ser perdonado por Dios, por haber ayudado a unos monstruos a escapar de la justicia terrenal.

La necesidad de encontrar un lugar muy seguro para el objeto custodiado, era fundamental. Quería enterrarlo, dejarlo en manos confiables, pero enterrado. Y hasta borrarlo de las mentes de quienes lo habían conocido, si eso era posible. Sólo así estaría seguro de erradicar el posible peligro para él, y para cualquiera.

*Nadie debe conocer su paradero. Nadie debe saber que existe.*

El cardenal esperó a que Jerez se volteara para volver a hablar. Quería tener toda su atención, para asegurarse de que no hubiera confusión alguna.

—Cuando lleguen los otros, la reliquia estará en su destino final —afirmó el primado mirando a Jerez. La pausa justa entre sus frases eran fundamentales para su entendimiento—. Nadie debe saber dónde se encuentra.

*¿Nadie? Viejo idiota. ¿Crees que no lo averiguaré?*

El odio creciente se hacía difícil de controlar para el alemán. El impulso de abalanzarse ahí mismo sobre el cura y hacerse con lo que creía suyo era casi imposible de contener.

—¿Piensa que la buscaremos? —preguntó, con una sonrisa perversa en el rostro.

—Creo que lo mejor es que se ocupen de multiplicar sus panes, por así decirlo —sostuvo el cardenal.

*Preocúpense por su sucio oro.*

El sacerdote esperó el instante justo como para que Jerez meditara sus palabras. Sabía que el alemán quería matarlo, no le quedaban dudas; pero no pensaba demostrar ni una pizca de temor ante la amenaza del impostor. Luego de un momento de tensión, continuó con su concepto.

—Aunque tengamos diferentes opiniones sobre la naturalidad y propiedades de este objeto, estamos de acuerdo en algo: es muy peligroso. Por lo tanto lo mejor es hacerlo... desaparecer, de alguna manera. Pero ésa es mi tarea, y yo me ocuparé de

realizarla.

—¿Cree que así y todo, no es posible que en un futuro salga a la luz? ¿Que alguien lo encuentre? —inquirió Jerez—. Espero que si eso ocurre, ya no sea mi problema.

*Espero estar muy lejos.*

A esa altura, el cardenal comenzaba a ver el beneficio propio de la misión que tenía por delante.

Jerez se dirigió a la ventana de la habitación y se quedó contemplando el exterior. Había logrado escapar del asedio en Europa, y ahora se veía obligado a renunciar a esta reliquia que tanto lo fascinara. Sus tormentos se multiplicaban al mismo tiempo que la obsesión. Logró por fin controlar el deseo de abalanzarse hacia el cardenal para estrangularle el cuello con sus manos.

*No se saldrá con la suya. No va a llegar tan lejos.*

Ahora lo tenía mucho más claro. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Cuando el primado se perdiera en la espiral ascendente del poder eclesiástico, él y su círculo de nazis refugiados recuperarían el precioso objeto que los retornaría al poder en Europa.

El cardenal poseía un extraño entusiasmo. Como el de alguien que resuelve problemas a gran velocidad, acelerando su paso para llegar al resultado final. Al mismo tiempo, su repugnancia por Jerez y los demás criminales, como él prefería denominarlos, era tan significativa, que sólo la recompensa que iba a recibir era el motivo por el cual había decidido hacer el trabajo sucio.

Todavía no terminaba de entender por qué el subsecretario de Estado quería alejar tanto el objeto del Vaticano. Le había dicho que era peligroso tenerlo cerca. Se podría generar una inútil lucha de poderes. *Todo por una reliquia carente de poder real*, le había dicho el candidato a ser el próximo Papa.

*Política. ¿Dentro de la institución más poderosa de la tierra? Claro.*

El cardenal pensaba que tranquilamente podrían haber escondido el objeto en el Vaticano, y que sólo el subsecretario supiera dónde. Sin embargo, no era su intención discutir con el hombre que podía promoverlo; aunque veía una falla importante en el plan: enviar la reliquia y los alemanes al mismo lugar.

—No creo que deba preocuparme mucho por encontrarle un destino a la reliquia —dijo de repente el primado, haciendo que Jerez se volteara rápidamente.

—¿Ya lo tiene? —preguntó el alemán, escudriñándolo con la mirada, como si de esa forma pudiera leer su mente.

—Eso creo. Sí, seguro. El lugar que mejor conozco —el cardenal parecía encontrarse mentalmente en ese lugar, a juzgar por su mirada perdida—. Pero no crea que se lo diré —afirmó posando la vista en los ojos de Jerez.

—No necesito que me lo diga. Yo lo averiguaré.

Jerez penetró los ojos del cardenal con una mirada llena de odio. Pero el primado ni se inmutó. Por el contrario, fue el mismo Jerez quien dio un respingo. El rostro del

sacerdote poseía una expresión que hizo estremecer al alemán.

*Santa Fe, Mayo 1996*

Las aulas de cuarto año del Colegio de la Compañía de Jesús estaban en el segundo piso y las puertas daban al este, por lo que a media mañana, el sol calentaba la galería alta haciendo pasar el otoño por primavera. Muchos alumnos de esta división preferían pasar el recreo arriba, porque las escaleras eran eternas. De hecho, seguían a la espera de una respuesta a su solicitud de instalar una cantina en el piso superior del colegio.

En los primeros escalones que llevaban a la terraza siempre cerrada, se encontraban dos alumnos. Ignacio, que estaba parado, movía todo su cuerpo cuando hablaba. Solía bromear constantemente y tomarse en serio muy pocas cosas. Casi nada. Siempre llevaba su pelo despeinado y la remera a punto de salirse del pantalón. Le costaba aprobar muchas materias, ya sea por su falta de atención o su inteligencia limitada. De cualquier manera, él parecía no hacerse muchos problemas.

Su compañero, Santiago, estaba sentado mirando a su amigo pero no parecía escucharlo. Se conocían desde jardín de infantes y eran grandes amigos. Sin embargo, Santiago no encontraba nada sustancial en lo que decía Ignacio. Él era bastante callado, hablaba cuando lo consideraba necesario. Tenía una gran inteligencia, tanto que aprobaba todas las materias prácticamente sin estudiar.

—Entonces, agarré el tacho grande, ese verde, y se lo puse en la cabeza —decía Ignacio mientras con sus brazos reproducía los movimientos—. Viste que es enorme el coso ese, así que quedó adentro. Pero lo peor fue cuando se lo sacó. Estaba lleno de basura. Me quería matar, pero te juro que yo no sabía, creía que estaba vacío.

—Sí, seguro.

Santiago prestaba la atención necesaria a lo que decía su amigo. Como si estuviera ahorrando palabras para un tema más importante, pero sin ignorarlo del todo. Sus ojos castaños, a tono con su pelo, se paseaban entre los gestos de Ignacio y la lejanía en el cielo.

—Ahí viene el Facu —dijo Ignacio señalando escaleras abajo.

El chico que subía los escalones saltándolos de a dos o tres, se destacaba más que nada por su físico de deportista. Facundo tenía las condiciones naturales de un líder de grupo que aparenta más coeficiente intelectual del que verdaderamente tiene. Era soberbio y vanidoso, y contaba con menos conquistas femeninas de las que aseguraba... menos de la mitad; a pesar de su atractivo. El pelo rubio y los ojos verdes completaban lo que parecía una estatua de mármol tallada por Miguel Ángel, pero en colores. *La eterna perfección.*

Detrás de él subía las escaleras Martín, su primer admirador, pensaban muchos. Siempre lo seguía adonde quiera que fuera. Profundamente respetuoso y con una

enorme actitud para el estudio, Martín se encontraba entre los mejores promedios del Colegio. Su cabello estaba siempre bien peinado, con la raya del costado formando un surco perfectamente recto. Casi todos sus compañeros solían burlarse de él, por estar siempre *correctamente acicalado*.

—Bueno, —comenzó a decir Facundo agitado, mientras se quitaba el *sweater* de un tirón— ya tienen fecha para el campamento. Va a ser en septiembre. Falta bastante, pero me enteré de otra cosa. El cura nuevo ¿cómo se llama?

—Padre Marcos —dijo Martín.

—Ése, padre Marcos. Quiere hacer un retiro con los de cuarto dentro de un par de meses. —Facundo se sentó al lado de Santiago mientras le palmeaba la espalda.

—El cura habla mucho con vos, ¿eh? Debés ser el alumno con el que más habla. ¿Sabías que viene de Europa? Facundo era propenso a indagar en la vida de las personas.

—No —dijo Santiago mirándolo mansamente—. Pero no veo que tenga nada de malo si viene de Europa, África o Asia.

A Santiago no le gustaba la actitud de su amigo, que siempre parecía estar buscando algún rasgo oculto que pudiera tener alguien. *Alguna bomba por descubrir*.

—Ya sé que no tiene nada de malo, te cuento nomás.

—¿No tenés una entrevista con él hoy? —preguntó Ignacio, mientras se quitaba el *sweater*.

Santiago asintió con la cabeza. Podía presentir la siguiente pregunta, como así también de quién vendría.

—¿Entrevista de qué? —inquirió Facundo. Santiago sonrió. *Bingo*.

—No sé concretamente. Creo que las tiene con todos a lo largo del año. Me preguntará algo, yo le responderé, cosas así. Una entrevista.

El sarcasmo era el defecto más destacable de Santiago. Su impaciencia se manifestaba mediante la ironía cuando se le daban muchas vueltas a las cosas sencillas.

—Ya sé, genio. No tenés que explicarme lo que es una entrevista —a Facundo no le gustaba que lo trataran de ignorante—. Tal vez quería hablar con vos por algún tema en particular.

—No que yo sepa.

—Dicen que está loco —dijo Martín. No hablaba casi nunca, pero cuando lo hacía lograba captar la atención de todos.

Martín era muy observador. Tanto, que muchos creían que veía cosas que nadie más podía apreciar. O mejor, que solo él podía apreciar.

—¿Qué? —preguntó Ignacio—. ¿Y quién te dijo eso?

—Son rumores —se disculpó Martín—. Pero si lo observan cuando camina solo, se van a dar cuenta de que habla.

Facundo e Ignacio se miraron, mordiéndose el labio inferior con cierto gesto de fastidio.

—Vos hablas también —ahora era Facundo el burlón—. Así nos entendemos, ¿no?

—Quiero decir que habla solo —dijo Martín. Estaba empezando a agotar su paciencia.

Santiago frunció el ceño sin mirar a su amigo. Si bien no le daba mucha importancia a la observación de Martín, se extrañó de no haberse percatado de ese hecho.

—Se llama rezar —le explicó Ignacio—. ¿No te diste cuenta que hay muchos curas en este colegio?

—Es diferente cuando rezan. —Martín negaba con la cabeza—. Obsérvenlo, yo sé lo que les digo.

Martín parecía perturbado. Como si el simple hecho de ver una persona hablando sola le causara algún temor.

—Bueno, —dijo Facundo— el Santi lo va a corroborar ahora, ¿no, San? Santiago se volteó hacia su amigo mirándolo fijamente.

—¿Corroborar qué? —le preguntó, frunciendo el ceño.

Facundo sonrió.

—Si el curita está loquito.

Mientras veía cómo su amigo se llevaba el dedo índice a la sien, Santiago chasqueó la lengua y se levantó con su *sweater* gris en la mano. Comenzó a caminar hacia el sur por la galería, disfrutando del confortante sol de la mañana. Mientras, el timbre anunciaba el fin del recreo.

*Buenos Aires, Octubre 1946*

En una oscura habitación de un pequeño hotel de la ciudad, se llevaba a cabo el primer encuentro entre los refugiados nazis. El olor a humedad y las cucarachas que rondaban el lugar, les recordaba su condición de prófugos. Los alemanes eran cinco en total: Jerez y los cuatro hombres que consiguieron nuevas identidades y pasaportes con la ayuda conjunta del gobierno argentino y el Vaticano.

La promesa del presidente argentino había sido cumplida en tiempo y forma. El enlace entre las partes se había encargado de que esto fuera así. Los fugitivos tenían temor de que el mandatario quisiera verlos personalmente. Pero eso finalmente no ocurrió. Estaba claro que el presidente no quería tener contacto con ellos, sino sólo con lo que traían.

Los nuevos nombres de los alemanes eran: Martín Borgia, Gregor Helmur, Ricardo Clemente y Pedro Olmo. Los tres primeros habían ocupado cargos de alto rango durante el holocausto liderado por Hitler. El último era un soldado, que había tenido la suerte de encontrarse en el momento justo y en el lugar adecuado. No se sentía cómodo entre sus camaradas. Era obvio que sólo estaba allí para salvar su pellejo.

Junto a Jerez, los tres exoficiales, habían formado parte del círculo de caballeros que custodiaban la reliquia a pedido del dictador. Ahora, se habían visto obligados a aceptar el acuerdo con el Vaticano: devolver el precioso objeto a quienes se decían sus legítimos dueños, a cambio de un lugar seguro para vivir e invertir el cuantioso botín de guerra.

Un excelente trato para cualquiera. Pero no para ellos. Sabían que la reliquia era invaluable y la habrían cambiado por todo el oro, pero no tenían alternativa. No ahora.

—¿Dónde está? —preguntó Borgia a Jerez.

Su pelo negro perfectamente peinado, brillaba a causa de la goma para cabellos que Borgia se aplicaba todas las mañanas. Con el traje adecuado, en Buenos Aires podría haber sido confundido con un cantante de tango.

—No lo sé —contestó Jerez—. Pero seguramente no en Buenos Aires.

Los ojos negros del alemán reflejaban una determinación característica en él. Nadie se hubiera atrevido a cuestionar su condición de líder.

—¿Cómo haremos para recuperarla? —ahora era Clemente quien preguntaba.

Sus cuarenta años lo encontraban con más arrugas de las que hubiera querido. Era el más alto de todos y su cabellera estaba totalmente blanca. El azul intenso de sus ojos podía delatar su origen.

—Paciencia —dijo Jerez con tono sereno, mientras las comisuras de sus labios se

estiraban un poco—. Vamos a tener que hacer un poco de tiempo. El cardenal se debe estar ocupando de esconder la reliquia, seguramente con algunos viejos conocidos que tenga en el lugar a donde la llevó. Por supuesto, no sé cuál es ese lugar, pero lo averiguaremos.

Los demás asintieron de manera automática. Confiaban a ciegas en las virtudes de Jerez. Su capacidad estratégica, sin dudas, lo había llevado a ser la mano derecha del *führer*.

—Ahora bien, —prosiguió— creo que debemos tomarnos un tiempo para actuar; esperar a que el cardenal sea llamado a Roma para ocupar algún cargo de adulator. Será ése el momento oportuno para, con la información que podamos recoger, rastrear nuestra reliquia y volver con ella a Europa.

—¿Qué haremos mientras tanto? —preguntó uno de los hombres que no había hablado hasta ese momento.

Sentado en una de las camas, Gregor Helmur se tocaba con dos dedos la barbilla. Era el más joven de los cinco. Con un rostro extremadamente apuesto, siempre estaba bien perfumado. Su cabello castaño claro y el verde de sus ojos lo hacían muy atractivo, a pesar del notorio espacio que había entre sus dientes incisivos superiores.

Jerez lo miró por un segundo. No había dudas de que algo en Helmur lo perturbaba. Se podía adivinar con facilidad cuál era la persona del grupo que no le inspiraba confianza.

—Debemos separarnos y encargarnos de las inversiones con el gobierno argentino —contestó Jerez sin dejar de mirar a Helmur—. Cada uno tendrá una parte del capital y el enlace entre el presidente y nosotros nos aconsejará de que manera accionar.

»Seguiremos manteniendo contacto periódicamente para informarnos acerca del cardenal y su travesía; pero les repito que deberemos tener paciencia. Tal vez deban pasar algunos años hasta que tengamos la oportunidad de buscar el objeto. Igualmente, cuando llegue el momento, tendremos suficiente dinero como para comprar la información necesaria.

El tiempo que Jerez había pasado solo en su nuevo país, le sirvió para trazar el plan a seguir con sus compañeros. Si bien en su momento hubiera matado al cardenal para recuperar la reliquia, sabía que lo mejor era esperar, observar, informarse y, por qué no, hacer un poco de dinero. Todo esto les serviría para lograr el éxito en su empresa.

Pedro Olmo se mantenía en silencio. El hecho de pertenecer a este grupo de personas, no habiendo sido un oficial de alto rango como ellos, lo intimidaba bastante. Aunque sentía cierto orgullo por reunirse con ellos, en realidad prefería establecerse en el nuevo país y perder de vista a sus locos compatriotas.

—¿Qué ocurre si el cardenal la separa? —preguntó de pronto Helmur.

Jerez no había pensado tal cosa. Tal vez no sería tan difícil encontrar un objeto, pero dos... Sin embargo, tenía la respuesta a esa pregunta.



—No lo hará —afirmó Jerez—. El cardenal subestima por completo al poder de la reliquia. Sólo sigue los mandatos de quien será el próximo Papa, obviamente para estar unido a su círculo de poder.

Los hombres estuvieron de acuerdo en seguir el plan de Jerez. Se separarían y mantendrían contacto, pero siempre intentando no ser vistos juntos. El hecho de mantenerse separados, los hacía menos vulnerables a posibles búsquedas de autoridades internacionales que pudieran enterarse de su paradero. De todas maneras, tendrían tiempo para afianzar la estrategia a seguir. Lo fundamental era no dar ningún paso en falso.

—Eso sí, —dijo Jerez antes de abrir la puerta de la habitación— guarden sus sotanas. Tal vez las necesitemos más adelante.

*Santa Fe, Mayo 1996*

La galería oeste del último piso se extendía a lo ancho del colegio, abarcando todo su frente. Para llegar al despacho del padre Marcos, Santiago prefería tomar el camino más largo, por el cual debía llegar a la punta sur de la galería y bajar las escaleras hasta el primer piso. Rodeando el patio hacia el este, pasaba por las aulas de tercero. Se dirigió al norte luego, donde se encontraba el sector de primer año. Subió una pequeña escalera que precedía a las aulas de ciencias y entró en el primer pasillo a la derecha. Allí había tres oficinas. La primera era la del padre Marcos.

La puerta estaba abierta. Santiago se paró en el umbral viendo cómo el padre escribía. Tenía la costumbre de observar a las personas cuando no se percataban de su presencia. Creía que de esa manera podía conocerlas mejor que hablando. Carraspeó la garganta para anunciarse. El cura levantó rápidamente la vista e intentó mostrarse sorprendido.

—Santiago, ya estás aquí.

Vestido con un pantalón, zapatos curtidos y una camisa negra de cuello alto con la tirilla blanca, justo debajo de la nuez de Adán, el padre Marcos no aparentaba sus casi sesenta años. En la cabellera negra no se veía ninguna cana. Los ojos grisáceos le aportaban más bondad al rostro liso, sin arrugas.

—Hola —atinó a decir Santiago.

—Sentate, por favor.

El cura le señaló un sillón al costado de su escritorio. El chico observó fugazmente a su alrededor, antes de sentarse. El padre Marcos no era muy ordenado. Había libros y papeles desperdigados por todo el lugar. Santiago apenas encontró un lugar vacío en el asiento que le había ofrecido el cura.

—¿Qué tal te está yendo este año?

Santiago se encogió de hombros. Ésa era *siempre* la primera pregunta del padre Marcos. Y su respuesta, más automática que pensada, también se repetía en cada encuentro.

—Bien, supongo.

El cura sonrió. La relación entre los curas del colegio y los chicos se parecía más a la de compañeros que a la de maestro-alumno. Era esa confianza la que permitía un diálogo sincero y fluido.

—¿Creés que podría irte mejor?

Santiago titubeó ante la pregunta de Marcos. Nunca había ahondado en el tema académico del colegio. Santiago creía que su primera pregunta de rutina, en cada charla, obedecía a una cordial manera de romper el hielo entre ellos. Sin embargo, no necesitó pensar mucho para encontrar la respuesta.

—Puede ser. Pero la verdad es que no me interesa tener las mejores notas. No es mi objetivo.

El padre mostró su asombro arqueando las cejas. Llevó su torso hacia delante, apoyando los brazos sobre el escritorio.

—¿Y cuál es tu objetivo?

Santiago rascaba su cabeza castaña. Era la primera vez que le hacían esa pregunta. Se sintió un poco incómodo. Ni siquiera sus padres lo habían indagado acerca de qué pensaba hacer en el futuro.

—No lo sé. Tengo dieciséis años, no creo poseer la suficiente madurez como para saber qué quiero hacer de mi vida.

La sincera respuesta del alumno habría sorprendido a cualquiera, pero el padre Marcos no parecía asombrado. Lo miraba con una expresión parecida al orgullo, como si hubiera esperado ese argumento. A veces, Santiago quedaba desconcertado. Tenía la impresión de que el cura sabía qué iba responder él, a cada pregunta suya.

—¿Sabés? —empezó a decir Marcos mientras apoyaba su espalda en la silla—. Me recordás mucho a mí cuando tenía tu edad.

Santiago inclinó un poco de costado la cabeza clavando sus ojos en los del padre Marcos. Un pensamiento fugaz lo incomodó aún más. De hecho, se asustó un poco ante la rápida conclusión que hizo su cabeza, sobre la afirmación del padre Marcos.

—No querrá convencerme para que me haga cura, ¿no? —preguntó con una sonrisa nerviosa.

El padre soltó una sonora carcajada. El chico se sobresaltó un poco; pero el impulso del cura lo calmó. La tensión de su cuerpo se esfumó rápidamente.

—¡No! Para nada, quedate tranquilo. Se quedó mirándolo un segundo, como si estuviera añorando viejos momentos. La relajación de Santiago no duró mucho tiempo. No le agradaba cuando una persona lo miraba fijamente sin decir una palabra. El hecho de no poder saber lo que pensaba su interlocutor lo inquietaba sobremanera.

Luego de un momento, que al chico le parecieron horas, el cura esbozó una sonrisa y retomó la charla.

—Yo decidí seguir este camino bajo circunstancias muy particulares. No creo que a vos te pase lo mismo. Y no lo espero tampoco.

Hizo una pausa mientras estudiaba los ojos de Santiago. Creyó ver su alma joven reflejada en un espejo.

—Lo que quiero decir es que yo seguramente no hubiera sido sacerdote, si no fuera por los sucesos que me tocaron vivir.

Santiago arqueó sus cejas. Vio la oportunidad de cambiar de posición en el diálogo, y no lo dudó.

—¿Quiere contarme? —preguntó.

—No realmente.

La respuesta del cura fue instantánea. Inmediatamente, Santiago cayó en la cuenta de su error. El chico volvió a sentirse incómodo. Ahora, más que antes.

—Padre...

—Marcos —le pidió el cura.

Santiago cerró sus ojos y sonrió, intentando distenderse un poco.

—Marcos, ¿de qué se trata la entrevista?

El padre negó con la cabeza, sonriendo también. No quería que el alumno se sintiera nervioso.

—La *entrevista*. Esto es una charla, ¿no te parece? Pero bueno, parece que te gusta ir al punto.

El cura parecía estar conociéndolo rápidamente.

—Quiero invitarte al retiro espiritual que vamos a hacer en un par de meses.

Santiago se acordó de lo que Facundo acababa de anunciar. Una primicia de su amigo, que siempre estaba al tanto de todos los acontecimientos. Una mueca de ironía se apoderó de su rostro por un instante.

—¿Dónde es? —le preguntó.

—En el Seminario.

El chico frunció el ceño. No estaba seguro de haber escuchado bien al cura.

—Creí que estaba cerrado.

—Como Seminario, sí. Pero pedimos al Arzobispado, junto al Rector, que nos permita realizar la experiencia de hacer el retiro allí. Creo que es el mejor lugar.

A Santiago no le disgustaba la idea. El año anterior había concurrido a un retiro del colegio en un pueblo cercano. Pensaba que no lo había aprovechado lo suficiente. Aunque la mayoría de los alumnos no demostraba interés alguno por los ejercicios espirituales, él los encontraba muy útiles para reflexionar.

—¿Lo conoce? —preguntó sin saber por qué. A veces el impulso indagador de Santiago lo sorprendía a él mismo, después de una pregunta impensada saliendo de su boca.

—Fui una vez cuando tenía más o menos tu edad —respondió el cura luego de un momento.

El padre Marcos elevó la mirada al techo. Se quedó un rato así, como si estuviera en algún tipo de trance. Por un momento, Santiago creyó que el cura estaba viendo una película en el cielorraso.

—¿Usted es de acá? —le preguntó, otra vez dominado por el impulso.

Marcos se volvió hacia el chico, como recién despierto de un sueño.

—Sí —afirmó con naturalidad—. Y soy exalumno de este colegio también.

Santiago arqueó sus cejas. Nunca, en sus anteriores charlas con el padre, le había preguntado nada de su pasado.

—Yo creí que venía de Europa.

Al momento de terminar la frase, Santiago pensó que la idea era estúpida. El padre Marcos podría haber vivido en Europa o en cualquier lugar del mundo, pero su acento era tan santafesino como el suyo.

—Estuve muchos años en Europa. De hecho, me ordené allí como sacerdote.

Hace poco menos de un año tomé la decisión de volver.

Ahora el padre tenía la vista fija en su escritorio, y la expresión de su cara había cambiado. Parecía estar viendo algo que lo perturbaba. De pronto alzó la vista.

—¿Cuento contigo entonces? Podés decirles a tus amigos también. Les vendría bien un encuentro con Jesús.

—Ellos querrán ir más que yo, se lo aseguro.

Santiago sabía muy bien donde estaba el atractivo del retiro para Facundo y los otros chicos. El viejo Seminario tenía algo de místico. Un lugar de proporciones enormes, rodeado de muros, que había sido cerrado muchos años atrás sin explicación alguna.

*El lugar perfecto para el Facu y sus historias de conspiraciones y fantasmas.*

—Bien entonces —el cura se paró y le extendió la mano a Santiago—. Me alegra saber que vamos a ser compañeros.

El padre le guiñó un ojo y salió por la puerta. Santiago se quedó solo sentado en el sillón, mientras su mirada se perdía en la abertura por donde había salido Marcos.

Buenos Aires, Julio 1954

El diácono estaba gratamente sorprendido. La vuelta del sacerdote europeo que había estado unos años antes con el cardenal, no era un acontecimiento que hubiera esperado. Ahora, este hombre que venía de tan lejos, le estaba preguntando por el primado. Se mostraba muy interesado por la vida de éste, mientras caminaban por el jardín del arzobispado. El joven diácono se extrañó al principio, y hasta se asustó un poco. Por momentos el extranjero parecía interrogarlo acerca de las actividades del cardenal.

El rostro del muchacho abandonó toda huella de tensión cuando el sacerdote europeo le comentó que era un enviado del Vaticano. *Del mismísimo Vaticano*. Según el extranjero, la Santa Sede quería saber sobre la vida del cardenal argentino. Debían saber hasta el más mínimo detalle del hombre que iban a promover.

—Dígame, joven. Cuando yo estuve aquí hace unos años, su cardenal viajó a un lugar al cual se siente muy arraigado, por lo que pude intuir en ese momento. ¿Sabe usted cuál es ese lugar?

El diácono lo miró frunciendo el ceño. No recordaba que el cardenal le hubiera dicho a dónde viajaba esa vez; y eso respondió.

La forzada sonrisa se borró de la cara del cura al instante. El joven se inquietó. Buscó con fuerzas dentro de su mente, algún indicio que pudiera ayudarlo. O mejor, que pudiera ayudar al cardenal. Después de todo, era para beneficio de su pastor.

Luego de un momento, miró al sacerdote extranjero y sonrió. Ahora lo sabía. Si tenía que pensar en un lugar al cual el primado se sintiera arraigado, una sola opción se le presentaba en su mente. Y para él, no había lugar a dudas.

—Pero si me pregunta por un lugar que se encuentre en el corazón del cardenal, sin dudas ésa es la ciudad de Santa Fe.

—Santa Fe. No podría haber elegido un mejor nombre, ¿no?

—Allí viajaba cada vez que tenía unos días libres —concluyó el diácono con el rostro lleno de satisfacción.

Ahora sí, la sonrisa había vuelto al rostro del cura. Pero esta vez no era forzada. Jerez estaba satisfecho. Casi hubiera abrazado al joven, sino fuera por su desprecio y la necesidad de sostener el engaño.

*El estúpido muchacho escupió todo lo que necesitaba oír.*

Cuando se dirigía a encontrarse con el diácono, el alemán no pensó que su misión iba a ser tan fácil. Por lo visto, su plan de hacerse pasar por un enviado del Vaticano había dado resultado. La expresión en el rostro del muchacho al recibirlo y conocer su procedencia, le reveló al instante que conseguiría lo que había ido a buscar. Aparentemente, el diácono todavía no estaba tan informado como Jerez. El día

anterior, el alemán había leído en un diario la noticia que informaba que el Subsecretario de Estado del Vaticano iba a ser enviado a Milán. Aunque no se especificaban las causas por las cuales se separaba al Subsecretario de su cargo, Jerez sospechaba de qué se trataba todo.

*Debemos actuar ahora.*

Era el momento adecuado. Con el cardenal desviando su atención hacia otro lugar, él y sus compañeros tendrían el terreno libre para recuperar el objeto. Además, si sus sospechas sobre el movimiento en el Vaticano eran ciertas, podrían estar siendo perseguidos en ese momento.

Sabía muy bien que el Subsecretario de Estado del Vaticano había arriesgado su futuro y un poco más que eso, cuando decidió involucrarse. Más que nada por la reliquia, que se encontraba en el medio de todo.

Ahora, Jerez estaba convencido de que los actos del Subsecretario habían sido descubiertos, y por eso lo alejaban «diplomáticamente» del segundo lugar de poder dentro del Vaticano. No había otra explicación posible a tal acontecimiento.

Por último, si la Iglesia quería redimirse de estos malos actos, no había mejor forma de hacerlo que ayudando a la captura y posterior entrega de los criminales. Ya no estaban seguros en ningún lado. Debían poner en práctica su plan inmediatamente, si querían lograr el éxito.

*Santa Fe, Julio 1996*

El frío de la mañana se hacía sentir en el sur de la ciudad. En la entrada del colegio, los alumnos que iban a asistir al retiro espiritual esperaban el colectivo que los llevaría hasta el Seminario. El retraso del vehículo, que ya llevaba diez minutos, hacía poner nerviosos a los adolescentes, quienes alegaban estar congelándose. El padre Marcos sonreía, mientras les pedía que no exageraran. Los chicos que no tenían guantes, intentaban calentar sus manos con el aliento de sus bocas, mientras las frotaban.

Cuando el colectivo llegó, los alumnos aplaudieron, y algunos hasta agradecieron mirando al cielo. Los primeros en subir fueron los cuatro amigos, supervisados por el padre Marcos. Ocuparon los asientos traseros del transporte, ocultándose del frío bajo sus gruesas camperas. Estuvieron temblando un rato y moviendo sus cuerpos hasta entrar en calor.

Cuando el vehículo arrancó, Facundo se inclinó hacia adelante para dirigirse a sus compañeros.

—¿Conocen el Seminario? —preguntó con un dejo de intriga en su expresión.

Ignacio se encogió de hombros.

—Lo conozco por fuera.

—Todos lo conocemos por fuera —dijo Santiago, poniendo paños fríos al clima que quería lograr su amigo.

Facundo sonrió. Sus ojos azules brillaron ante el inminente éxito de su pequeño propósito.

—Yo entré —declaró, mientras recorría rápidamente la vista de sus tres compañeros.

Santiago emitió un bufido y dirigió su mirada hacia la ventanilla del transporte. A veces, se molestaba mucho al constatar que su amigo no podía estar un día sin contar las asombrosas historias que lo tenían como protagonista.

Ignorando el gesto de Santiago, Martín se inclinó para acercarse más a Facundo.

—Mentira —le dijo tajantemente.

Generalmente, Martín reaccionaba de esta manera. Pero no porque no creyera las aventuras de su amigo. Por el contrario, su único objetivo era darle el pie para que cuente toda la historia. *Con lujo de detalles.*

—Es verdad. Una vez con Lucas, mi amigo del barrio, nos salteamos el tapial que da al parque. Estuvimos en un par de galerías, hasta que tuvimos que salir corriendo porque un viejo que cuida el lugar nos descubrió.

Hubo una pausa. Todos miraban a Facundo. Menos Santiago que seguía observando por el vidrio del colectivo. Igualmente lo escuchaba. Era imposible no



escucharlo.

—¿Y? —preguntó Ignacio—. ¿Cómo es?

Facundo sonrió. Su satisfacción se reflejaba claramente cuando lograba captar la atención de los demás.

—Enorme —contestó Facundo—. Y un poco tétrico.

Santiago frunció el ceño. Por primera vez se volteó hacia su amigo. Pero no porque le interesara su historia, sino para reprocharle su actitud. Facundo siempre exageraba sus relatos para hacerlos más atractivos.

—¿Qué puede tener de tétrico? —le preguntó de mala manera, visiblemente ofuscado por la intención de su amigo.

Facundo lo miró serio. Santiago siempre intentaba aguarle la fiesta, cuando él se aprestaba a proclamarse el héroe de su historia. Era envidia, no tenía dudas. Si bien en su interior Facundo reconocía que Santiago era el más inteligente del grupo, estaba seguro que a su amigo le hubiera gustado ser como él.

—No sé —le contestó levantando el mentón, en un gesto de superioridad—. Tal vez el misterio de por qué fue cerrado.

—No se sabe por qué fue cerrado —replicó Santiago y se volvió otra vez hacia la ventanilla.

Facundo asintió. Inesperadamente, Santiago le había dado otro pie para aumentar la intriga entre sus compañeros. Ahora estaba agradecido con su amigo.

—Justamente —dijo lentamente. Eligió bien las palabras que iba a decir a continuación. Debía ser conciso, pero contundente.

—¿No te parece raro que no se sepa?

Nadie dijo nada. Había logrado su cometido. Su última pregunta, había quedado dando vueltas en el aire, y todos parecían reflexionar sobre ella. Ahora, sólo faltaba la estocada final.

—Yo creo que hay algo raro en ese lugar —y se volteó hacia la otra ventanilla, dejando que la intriga se apoderara de sus amigos.

Todos siguieron en silencio, nadie se atrevió a soltar una palabra durante un largo rato. La adrenalina adolescente que se manifestaba ante situaciones de este tipo, fluía ya por los cuatro cuerpos.

Luego de que el colectivo avanzara un largo trayecto, Santiago se volvió hacia su amigo.

—¿A qué vas al retiro?

Facundo arqueó las cejas, sorprendido por la pregunta de Santiago. Mantenía sus manos en los bolsillos de la campera.

—¿Por qué me preguntás?

Santiago sonrió. Todavía no podía creer que Facundo se hiciera el desentendido. Lo conocía muy bien como para saber la respuesta. Pero igual, quería escucharlo de su propia boca.

—Porque pareciera que vas a buscar fantasmas o algo así —replicó Santiago con

marcada ironía en su rostro.

—No —dijo Facundo negando enérgicamente con la cabeza—. Voy a lo mismo que vos.

Santiago resopló sonoramente y decidió no mirarlo más en lo que restaba del viaje. Ya le había dedicado demasiada atención.

Antes de terminar su concepto, Facundo juntó sus manos y cerró los ojos con una sonrisa, en un claro gesto de burla. En el momento en que intuyó que sus amigos lo miraban fijamente, concluyó su acto.

—Voy a rezar.

Buenos Aires, Agosto 1954

El pequeño bar estaba casi vacío a media mañana. El aroma del café recién hecho mezclado con el humo de un cigarrillo, producía un olor particular que flotaba en el aire. Un par de mesas en el medio del local se encontraban ocupadas por lectores de diarios ocasionales. Detrás del mostrador, el empleado de turno secaba los vasos. En una esquina se sentaban tres hombres que hablaban a volumen bajo, en un idioma inteligible.

—Tengo noticias del Vaticano —dijo Jerez, mientras las comisuras de sus labios se estiraban levemente—. Parece que alguien supo de los movimientos del Subsecretario y sus relaciones *diplomáticas* con nosotros.

Clemente hizo un gesto de repugnancia. El grado de desprecio que había demostrado en la guerra hacia sus enemigos, sólo era superado por cierto tipo de personas.

—Los soplones están en todos lados.

Jerez hizo caso omiso al comentario de Clemente.

—Será apartado de la cúpula. Lo van a enviar a Milán como Arzobispo —afirmó, mientras tomaba un trago de la bebida blanca que descansaba en su vaso.

Borgia dio un golpe en la mesa. Su peinado se mantenía firme como un animal embalsamado. Un hombre que se encontraba a escasos metros de ellos apartó la vista de su diario para dirigirles la mirada. Jerez le hizo un gesto con la cabeza, como pidiéndole disculpas por el exabrupto. Luego clavó sus ojos negros en los de Borgia, induciéndolo a contener sus impulsos.

—O sea que nuestro amigo el cardenal no saldrá del país —dijo este último bajando su tono de voz, pero con un notable nerviosismo.

Jerez sonreía levantando una mano para pedirle calma a su compañero. Las orejas salidas le daban un tono monstruoso a su perverso rostro.

—Al contrario, ya debe estar haciendo las valijas. Tratará de sacar provecho de esta situación de cualquier manera. O a un lado o al otro, intentará caer bien parado.

Los tres se miraron por un segundo. Sabían lo que esto quería decir. El cardenal se ocuparía de su carrera, olvidándose de la reliquia que, para él, carecía de poder. Éste era el momento justo. Podrían al fin, después de ocho largos años, recuperar el objeto que les pertenecía.

Clemente tomó un trago también, y luego de apoyar el vaso en la mesa, miró intensamente a Jerez. El azul de sus ojos era tan intenso que producía escalofríos con una mirada.

—¿Les avisaremos a los demás? —preguntó casi retóricamente, esperando una sola respuesta.

Jerez hizo un ademán con su mano derecha, como espantando insectos.

—No. Que se pudran. Sólo seremos nosotros tres. Menos gente, menos problemas.

Estaban acostumbrados a traicionar y a ser traicionados. De hecho, hasta el mismo dictador había padecido la traición sobre el final de sus días. Además, por un lado sabían que Olmo no estaba interesado en el objeto. Sólo quería vivir en paz. Pero sobre todo, vivir.

Por otro lado, Jerez no confiaba en Helmur. Si bien era muy capaz, a la hora de deshacerse de cualquier estorbo, era esa vehemencia desmedida la que hacía que Jerez se inquietara. Cualquier acción de Helmur que fuera guiada por sus propios impulsos, para Jerez podía llevar la misión al fracaso.

—Pero, ¿dónde vamos a buscarla? No tenemos idea de dónde la llevó el Cardenal —dijo Borgia encogiéndose de hombros.

—Ya conseguí esa información —replicó Jerez con expresión de orgullo. Sus ojos negros brillaban de maldad. Y esta vez, sus comisuras se estiraron lo suficiente como para formar una sonrisa perversa.

Clemente se acercó por sobre la mesa, con sus ojos abiertos de par en par, preguntando en susurros.

—¿O sea que ya sabes dónde está la reliquia?

—Casi. Sé la ciudad a la que se dirigió. Una vez allí no será difícil saber los lugares que frecuentaba el cardenal en su lugar de origen —dijo Jerez.

El alemán expuso su teoría acerca de la persecución que seguramente iban a sufrir, luego de los acontecimientos ocurridos en el Vaticano. No estaban seguros, no como antes.

*No podemos quedarnos aquí. La olla fue destapada. Van a venir por nosotros.*

—En un par de días partimos —dijo Jerez—. Y no esperen que nuestra aventura sea algo agradable, porque me temo que no va a ser nada fácil.

Clemente cambió su sonrisa por una pétreo expresión. El hielo podía verse en sus ojos azules.

—¿Qué quieres decir?

Jerez miró a sus interlocutores antes de seguir, como si quisiera captar su absoluta atención. Su carácter de líder, desplegado en los momentos apremiantes, era lo que los otros más respetaban de él.

—Aunque el cardenal no crea en los poderes de la reliquia, no creo que todos los curas piensen igual. Por lo tanto, estoy seguro que habrán elegido bien su escondite. Seguramente en lugares con alto significado religioso, como iglesias o capillas.

Sus compañeros asentían con la cabeza. Sabían que Jerez era el único capaz de guiarlos al éxito. La inteligencia para planear una táctica, unida a la frialdad para actuar en el momento justo, hacían de él la persona indicada para llevar adelante la misión.

Jerez tomó otro trago de la bebida blanca que reposaba en su vaso y continuó.

—Seguramente tengamos que enfrentarnos a algún tipo de custodia.

Borgia sonrió por primera vez. Tomó su vaso y lo vació de un trago. Luego, se secó los labios con una servilleta de tela percutida.

—Peor para ellos —dijo, levantando su mentón, en un gesto soberbio.

Los tres rieron y siguieron planeando su partida. Ya no se preocuparon por murmurar y hablaban a viva voz, casi festejando el momento que tanto habían esperado. El empleado detrás del mostrador miraba extrañado a tres alemanes que parecían estar recordando momentos pasados en un bar porteño.

*Santa Fe, Julio 1996*

El Seminario de Guadalupe se mostraba imponente por donde se lo mirara. Ocupaba casi dos manzanas y su construcción tipo claustro de principios de siglo lo hacía parecer más grande aún. Precisamente, había sido inaugurado en el año 1907 por el Monseñor Agustín Boneo, primer Obispo de Santa Fe.

Desde sus comienzos, el Seminario albergó a aspirantes de sacerdotes de muchos lugares. De distintas provincias, ciudades y pueblos, se acercaban aquellos llamados por Dios a ejercer su vocación de servicio. Hasta doscientos seminaristas podía refugiar el magnífico edificio.

La entrada del oeste estaba ofrecida por una pesada puerta de hierro pintada de verde. Al pequeño hall de recepción le sucedía un patio o jardín rodeado de galerías y con abundante vegetación. Un aljibe, una estatuilla de la Virgen en una gruta y un busto de Monseñor Boneo lucían en él. Más adelante, un gran salón, donde se reunirían para los ejercicios espirituales, se enfrentaba a la austera pero acogedora capilla del Seminario.

Los dormitorios se repartían entre los pasillos norte y sur del primer piso. Para acceder a ellos había sendas escaleras de mármol. Las habitaciones del lado sur tenían sus ventanas con vista a la calle. Las del norte ofrecían todo el panorama que reflejaba el verde terreno del Seminario.

Al norte del edificio, justamente, se encontraba el parque. Su extensión parecía no tener fin. En el medio del terreno, más de ochenta árboles juntos le daban una apariencia de bosque. Había que recorrer unos cien metros para llegar a la pared norte del enorme terreno; la misma distancia que existía entre los extremos este y oeste.

Aunque desde que abrió sus puertas siempre gozó de esplendor, hacía más de cuarenta años que el Seminario había cerrado. Y lo curioso es que nadie se explicaba por qué. Como si un suceso repentino y desgraciado que la Iglesia, junto a las autoridades policiales y de la justicia, hubieran ocultado, dejando sin hogar a los futuros sacerdotes que allí vivían.

Por supuesto, durante los años transcurridos, innumerables fueron los rumores que corrieron acerca de su clausura. Pero ninguno de éstos fue tomado en serio. Para la mayoría de la gente que los escuchaba, sólo eran habladurías de personas que mataban el tiempo tejiendo las conjeturas más disparatadas.

Los asistentes al retiro organizado por el padre Marcos eran diecisiete chicos de cuarto año del Colegio de la Compañía de Jesús, entre los que se encontraban Facundo, Santiago, Martín e Ignacio. Entraron todos por la puerta verde a las nueve de la mañana. Estaban temblando de frío, y sólo esperaban desayunar algo caliente.

La bienvenida, para nada cálida, estuvo a cargo del celador del Seminario; un

viejo octogenario cubierto de canas que se movía con lentitud, y parecía haberse olvidado cómo se sonreía. El resto del personal permanente del edificio se componía además por un jardinero, un cocinero y cuatro mujeres para limpieza. Éstas últimas trabajaban unas seis horas diarias y se marchaban a sus casas. Los demás vivían en el Seminario.

Al llegar, los alumnos desayunaron en silencio y se dirigieron al parque para experimentar el primer ejercicio. El sol calentaba el invierno, haciéndolo un poco menos crudo. En el enorme terreno había espacio para tanta gente, que cada uno de los diecisiete muchachos casi se sentía solo. Nadie podía dudar de la serenidad que ofrecía un lugar como ése. Por momentos, uno podía llegar a pensar que se encontraba en otro sitio. Los muros estaban tan lejos que no parecían existir.

Al mediodía almorzaron y las raciones eran bastante más abundantes que en el desayuno. Los chicos agradecieron esto. Esta vez el silencio de ellos estaba acompañado por la reproducción de una cinta de música instrumental que formaba parte de los ejercicios. Y aunque el ambiente parecía el ideal, no faltaban las risas disimuladas y alguna que otra tentada intermitente.

El padre Marcos no reprimía ninguna de estas actitudes. Para él era absolutamente normal que los chicos rieran y encontraran divertidos ciertos momentos. Y, en su opinión, era esa soltura la propicia para acercarse con confianza a Jesús. Ése era el objetivo de los retiros espirituales.

*Reirse es bueno. Jesús desea que nuestros corazones estén alegres.*

A la siesta vieron una película donde se representaba la Pasión de Cristo, y luego de merendar, celebraron la misa en la pequeña capilla. Los alumnos elegidos por Marcos para officiar de monaguillos, fueron Martín e Ignacio. Las caras y gestos de este último, durante toda la ceremonia, hicieron reír a todos los chicos, más de una vez. El padre Marcos dejó pasar la situación por ser el primer día. Entendía que no era fácil lograr el ambiente deseado tan pronto.

Al término de la misa cenaron lo mismo que habían comido en el almuerzo. El sacerdote decidió no reproducir música durante la cena, ni pedirles que hicieran absoluto silencio. Sólo les recomendó que no hablaran más de lo necesario. Después de comer, todos subieron a sus dormitorios por las escaleras de mármol que estaban al lado de la entrada al parque.

Luego de que todo estuviera tranquilo, los cuatro amigos se reunieron en la habitación de Facundo.

—Este lugar da miedo —dijo Martín mirando para todos lados.

Facundo se mordió el labio inferior, como gesto de burla hacia su compañero.

—No seas bobo. ¿A quién le vas a tener miedo? ¿Al viejo que anda con la lamparita o a los fantasmas?

Martín pareció no escucharlo; seguía revoleando sus ojos, como si sintiera una presencia extraña.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Ignacio visiblemente aburrido—. Ya sé.

Podríamos ir a pasear por el parque o hacer una visita a la capilla a oscuras.

Martín chasqueó la lengua, como espantando el comentario de Ignacio. Aunque sus amigos no lo sabían, todavía no había superado el temor a la oscuridad que lo acosaba desde pequeño.

Santiago lo miró un segundo y luego se llevó la mano a la cabeza, como recordando algo a último momento.

—La Biblia. Me la olvidé en la capilla.

Se levantó de la silla de un salto y se dirigió a la puerta de manera automática.

—Ya vengo, la voy a buscar —dijo sin pensarlo siquiera.

—¡Esperá! —gritó Martín de repente con el rostro marcado por la expresión de temor de un niño—. ¿Vas a bajar solo?

Santiago lo miró casi compasivamente. Si bien pensaba que el miedo de su amigo a esa altura ya era absurdo, no se le hubiera cruzado por la cabeza burlarse de él.

—Todo bien. No tengo miedo —le dijo para tranquilizarlo. Abrió la puerta volviéndose hacia sus amigos.

—Aparte, si no estamos protegidos acá...



Santiago cerró la puerta de la habitación y avanzó por el pasillo. Bajó las escaleras y entró al baño; pensó en aprovechar el paseo para orinar y no tener que volver más tarde, en medio de la noche. Al dejar los amplios excusados, caminó por la galería que desembocaba en la capilla, pero al dar unos pocos pasos, una extraña escena lo paró en seco.

Una figura acababa de salir del pequeño templo y caminaba muy apurado, casi corriendo. Rápidamente, el chico echó su cuerpo hacia atrás, procurando no ser visto. Cuando enfocó su vista sobre la misteriosa persona, que se volteaba repetidamente asegurándose de que nadie lo hubiera visto, Santiago se dio cuenta de quién se trataba.

Estaba seguro que era el padre Marcos. Aunque el lugar estaba muy oscuro como para asegurarlo, Santiago no lo hubiera dudado ni un segundo. Se extrañó por la situación. No por el hecho en sí de que el sacerdote anduviera dando vueltas por el Seminario. Sino por la actitud de éste, que por cierto, parecía estar bastante nervioso.

Entró en la capilla y encontró su Biblia justo donde había estado sentado. La sujetó con ambas manos, evitando tomar contacto con otra cosa que no fuera el Santo Libro, y volvió a la galería rápidamente. Aunque era la casa de Dios, no le agradaba el aspecto que tenía a oscuras. Cuando giró para encaminarse hacia las escaleras, creyó ver un resplandor que venía desde el pequeño jardín. Se detuvo instantáneamente y pensó un segundo.

#### *El viejo y su lámpara.*

Se quedó un rato inmóvil, reflexionando. Ahora sí, reparó en el aumento de velocidad de sus pulsaciones. Aunque dedujo que el anciano estaba cumpliendo con su trabajo de celador, no dejaba de inquietarse por la presencia de éste cerca suyo. Estaba muy decidido a no ser visto por el viejo. Pero no sabía qué hacer.

Haber visto al Padre salir tan apurado de la capilla lo intrigaba tanto, que no podía volver a su dormitorio sin saber qué pasaba. Iría a la habitación del cura. Avanzó en dirección al jardín pero dobló en el último pasillo antes de llegar a éste. Allí estaba la otra escalera de mármol, que daba a los dormitorios con ventanas a la calle, del lado sur del edificio.

Subió sigilosamente, con los sentidos despiertos ante cualquier extrañeza. En el pasillo superior una sola habitación estaba ocupada. Exactamente en el medio del corredor se encontraba el dormitorio del padre Marcos. Al llegar a la habitación, Santiago tocó la puerta suavemente; pero al primer golpe la puerta se abrió. Adentro del dormitorio no había nadie. Sentía que el corazón saldría despedido de su pecho. La habitación, como todas las del Seminario, contaba con una cama, una mesa de noche y un pequeño guardarropas, situado al lado de la ventana. El chico dudó un momento y avanzó. En la mesa de luz había unos cuantos papeles manuscritos, junto a una foto en sepia de cuatro chicos abrazados y sonrientes. Los firmes peinados a la

gomina, le llamaron la atención. Parecían estar en una plaza y vestían uniformes antiguos: guardapolvos, corbata y cinturón.

Se quedó contemplando la imagen, como hipnotizado. En ese momento, la tensión de su cuerpo se aflojó del todo, y hasta se olvidó de lo que estaba haciendo o buscando. No encontraba nada familiar en la fotografía, pero sin embargo sentía que algo lo mantenía atado a esa imagen.

*¿Cuántos años tendrá esta foto?*

Luego de observar la imagen con absoluto detalle, Santiago volteó la fotografía y su incógnita se develó al instante. En letra manuscrita, había una inscripción que decía: *Ricardo, Augusto, Pedro, Jorge. Promoción 1954.*

*Santa Fe, 2 de Noviembre de 1954*

La biblioteca del Colegio de la Compañía de Jesús era tan antigua como la institución misma. Y eso porque guardaba ejemplares de casi 400 años de edad. El colegio se había comenzado a construir en el año 1610 en el primer emplazamiento de Santa Fe, al igual que su Iglesia, el Cabildo y otros edificios históricos de la ciudad. La fundación del colegio había sido una respuesta al pedido de los cabildantes, que en el año 1595 escribieron al Padre Provincial, solicitándole el envío de religiosos jesuitas.

Entre 1651 y 1660, la ciudad se trasladó debido a las constantes inundaciones, sumadas al asedio de aborígenes que saqueaban y diezmaban a la población. El nuevo emplazamiento tendría lugar a unos ochenta kilómetros al suroeste. Estas edificaciones se reedificaron en el lugar de jerarquía que ocupaban: alrededor de la plaza mayor. Tanto el colegio como su iglesia eran parte del grupo de las construcciones más antiguas que había en Argentina.

En la galería oeste del primer piso del colegio, dividiendo las dos alas que daban a sendos patios, se ubicaba la biblioteca. En época de exámenes finales, algunos alumnos solían quedarse hasta después de clase, o regresar por la tarde para prepararse. Este último era el caso de cuatro amigos, que estaban por finalizar el ciclo escolar.

Se sentían con suerte al poder estar solos en el lugar. Nadie podía alterar su preparación para el examen final de historia. Su buena fortuna no terminaba allí, debido a que, a pesar del calor que hacía en la calle, dentro de la biblioteca el clima estaba fresco como en otoño. Las edificaciones viejas, de paredes gruesas y techos altos, mantenían una temperatura agradable en su interior, actuando como aislante del sofocante calor del exterior.

Jorge, Pedro y Augusto habían conseguido los libros en la biblioteca hacía dos días. Como eran los últimos que quedaban, Ricardo tuvo que pedir uno prestado. El dueño del libro que estaba utilizando era el padre Reina, con quien los alumnos tenían una relación casi de amistad.

—Creo que algo le pasa al padre Reina —dijo Ricardo luego de un largo rato de estudio en silencio.

La frondosa cabellera negra del muchacho le había ganado la batalla a la goma para pelo. Luego de una hora de soportar el peinado, su pelo parecía cobrar vida propia. Esa frecuente situación capilar, hacía pensar a algunas autoridades del colegio, que Ricardo era un rebelde al que no le agradaba acatar las reglas. El chico sólo se había rendido en la larga lucha entre sus cabellos y el peine engominado.

Pedro levantó la vista con expresión confundida; parecía tener que hacer un gran

esfuerzo para salir de adentro del libro. Se concentraba profundamente cuando estudiaba. Solía decir que la mejor forma de retener sucesos históricos, era poniéndose en la piel de sus protagonistas. Leía los libros de la materia como si fueran novelas apasionantes. Sus ojos color café se posaron en los de Ricardo.

—¿Por qué creés que le pasa algo? —preguntó, con más fastidio que intriga.

—Está esperando las vacaciones —comentó Jorge con una sonrisa—. Lo debemos tener cansado. Todos nosotros.

Jorge era el más bajo del grupo. Tenía ciertas actitudes que reflejaban un nerviosismo frecuente. Sus piernas no paraban de moverse frenéticamente cuando estaba sentado. Sobre todo cuando tenía que estudiar. A diferencia de Pedro, le costaba mucho concentrarse. Se caracterizaba, sobre todo, por su fácil irritabilidad. Ricardo negó con la cabeza y frunció el labio.

—En serio. Ayer, cuando le fui a pedir el libro, apenas si abrió la puerta. Miraba para todos lados, como si se estuviera escondiendo de alguien. Parecía mal dormido, o sin dormir directamente.

Augusto, que no había levantado la vista de su libro hasta ese momento, chasqueó sus dedos para que sus amigos le prestaran atención.

—Hoy no estaba en el patio a la mañana. ¿No lo notaron? Siempre está en la formación.

Su cara larga se asemejaba a la de un caballo. Así lo llamaban cuando se burlaban de él. Era uno de los alumnos más altos de la división. Se mostraba torpe en sus movimientos y bastante limitado en sus conocimientos.

—Tal vez se fue de viaje —dijo Pedro. Siempre buscaba la lógica explicación conciliadora de todo. Los ojos grises de Ricardo se cerraron con fuerza y su cabeza no paraba de menearse de un lado a otro. Las explicaciones de sus amigos no le bastaban para sacar de su mente un pensamiento que estaba instalado desde el día anterior.

—En serio, algo le pasaba o le pasa. No sé. Nunca lo vi así. Créanme.

Augusto se quedó mirando a Ricardo con la boca abierta. Las palabras de su amigo lo habían inquietado.

—¿Por qué no vamos a verlo cuando terminemos de estudiar? —preguntó Jorge, quien parecía interesado en seguir con lo que habían ido a hacer. Su certeza acerca de lo poco que había avanzado en el estudio ese día lo hacía ponerse más nervioso. No les quedaba mucho tiempo para preparar los exámenes finales, y por cierto, no pensaba tener que seguir estudiando las mismas materias el año siguiente.

—Sí, me parece lo mejor, —contestó Pedro— así nos sacamos la duda.

Ricardo mantuvo fruncidos sus labios pero ahora su cabeza asentía en señal de aprobación. Sus amigos tenían razón. No tenía sentido buscar una explicación en ese momento.

Se volcaron otra vez a sus libros. Los cuatro amigos se pusieron a leer y el silencio volvió a invadir la sala. Pero la serenidad no duró mucho. Cuando Ricardo

dio vuelta su página, encontró algo que lo extrañó mucho.

—¿Qué es esto? —preguntó al aire, más para sí mismo que para sus compañeros.

Jorge ya estaba impaciente. Sus piernas se movían con tanta violencia, que parecían tener vida propia.

—¿Qué es qué? —le preguntó, reflejando todo su nerviosismo en el rostro.

—Una carta —murmuró Ricardo.

—¿Una qué? —preguntó Augusto. Su cara solía alargarse más aún cuando lo invadía la confusión.

—Una carta —repitió ahora más fuerte.

Ricardo la abrió. Eran dos hojas de papel carta manuscritas. Leyó el encabezado: *Santa Fe, 31 de octubre de 1954. Querido Padre y Hermano Reina.*

—Es para el Padre Reina —dijo Ricardo mirando a los demás.

Augusto sonrió nervioso, ante las puertas abiertas de una posible travesura. La atracción de lo prohibido era más fuerte que él. Sus dientes eran tan grandes como los de un equino.

—Leéla —dijo en tono divertido.

Jorge le dirigió una mirada punzante.

—¿Cómo va a leer una carta ajena? —preguntó, en un claro tono de reproche.

—Tal vez nos diga algo de lo que le pueda pasar al padre Reina. Si es que le pasa algo —apuntó Pedro.

Ricardo pareció no escuchar la acotación sarcástica de su amigo.

Augusto le sonrió a Jorge, como burlándose de él luego de recibir apoyo a su propuesta. El rostro de Jorge estaba tan rojo, que parecía un volcán a punto de erupcionar. Luego de un momento, Augusto miró a Ricardo, que se mostraba imbuido en las hojas que tenía frente a sus ojos.

—¿Quién le escribe? —le preguntó como para despertarlo de su sueño despierto.

Ricardo fue señalando lentamente con su dedo índice hasta el final de la carta. Cuando frenó su marcha dactilar, hizo una pausa antes de hablar.

—Fray Rogelio M. —dijo finalmente sin levantar la vista. Sus propias palabras se quedaron dando vueltas en su cabeza.

—¿Fray? —preguntó Pedro pensando por un momento—. Eso es franciscano, ¿no?

Ricardo asintió con su cabeza. Miraba la carta sin leerla. Presentía que esas dos hojas podían llegar a decirle algo de lo que le pasaba al padre. Él estaba seguro de que algo estaba mal. Nunca lo había visto así. Parecía asustado, perturbado; perseguido por algo o alguien.

*¿Qué es lo que le pasa?*

Después de un rato, en el que el tiempo parecía haberse congelado, Ricardo miró uno a uno a sus amigos, antes de comunicarles la decisión que había tomado.

—La voy a leer —dijo, y los demás se le acercaron un poco más para prestar atención a cada detalle.

*Santa Fe, 31 de Octubre de 1954*

El viejo sacerdote que se encontraba en la Catedral Metropolitana estaba encantado. No eran frecuentes las visitas de extranjeros en el lugar. Mucho menos de sacerdotes europeos enviados por el Vaticano. Las noticias que le traían, lo habían sorprendido sobremanera. Su cardenal pronto sería promovido por la Santa Sede. Y él podía ayudarlo.

La iglesia se encontraba vacía. El insoportable calor de la calle no se sentía tanto dentro del templo. Mientras dos falsos curas fingían pasear por el templo, el tercero de ellos conversaba con el anciano, sentado en el primer banco del pasillo central. Sus ojos negros intentaban ocultar su naturaleza malvada. Aunque fuera por unos minutos.

—Cuénteme de su cardenal —dijo Jerez con amabilidad—. Es de aquí, ¿no?

Cuando el viejo sacerdote sonreía, sus mejillas se sonrojaban. La bondad de sus pequeños ojos reflejaba todos los años de servicio brindados a la comunidad, en nombre de Dios.

—Oh, no nació aquí. Es de un pueblo cercano. Pero se ordenó de sacerdote en esta ciudad, sí. Por eso creo que siente que ésta es su casa.

Al cura europeo pareció interesarle la historia, a juzgar por su expresión. Las comisuras de sus labios se estiraron levemente, dando forma a una extraña mueca. El anciano sacerdote no sabía si su interlocutor estaba sonriendo. Lo miró por un segundo y continuó con su relato.

—En esos tiempos nos ordenábamos en el colegio de la Compañía de Jesús — dijo señalando al sureste.

La mirada de Jerez se desvió mecánicamente hacia donde señalaba el dedo del viejo cura. En una milésima de segundo, su vista quedó clavada en un punto fijo en la pared del templo, justo en la dirección mencionada por el anciano.

La Catedral se ubicaba frente a la plaza mayor también. Precisamente sobre el lado norte de ésta. Si bien era la iglesia matriz de la ciudad, en su interior se veía bastante fría. No poseía muchos adornos u ornamentos. Sin duda, era uno de los templos católicos menos vistosos de Santa Fe.

El anciano parecía hipnotizado mirando a Jerez. Por primera vez, desde que había recibido a los extranjeros, el viejo sacerdote había dejado de sonreír. La actitud del enviado del Vaticano lo confundía profundamente. No sabía bien cómo hacer para sacar al europeo del trance en el que parecía sumergido. Luego de pensarlo un momento, decidió continuar hablando.

—Luego se fundó el Seminario, ya que el colegio quedaba chico para tantos estudiantes que se mezclaban con los alumnos de la institución. Jerez asentía con la

cabeza. Lentamente, se volteó de nuevo hacia donde estaba el anciano. Lo miró directo a los ojos por un instante. El cura sintió un escalofrío inexplicable. Jerez parecía querer entrar en su cabeza.

—Así que el cardenal debe tener amigos en el colegio —dijo Jerez pausadamente, como eligiendo cuidadosamente cada palabra.

—Tal vez —contestó el sacerdote asintiendo lentamente con la cabeza. Empezaba a recobrar la confianza.

El anciano decidió al fin que sus extraños sentimientos hacia su interlocutor carecían por completo de fundamentos. La mirada del enviado del Vaticano lo inquietaba por momentos, y su forma de indagar sobre su cardenal parecía más propia de la policía que de un sacerdote. Pero cómo él se iba a permitir cuestionar las decisiones de la Santa Sede. Tenía que colaborar con ellos; después de todo, era por el bien del cardenal.

—Aunque su amigo más cercano no es del colegio —dijo al fin sonriendo al extranjero.

Los ojos negros del falso cura estaban comenzando a brillar. La naturaleza que querían ocultar, ya se asomaba, imposible de controlar. Estaba cerca.

*Estamos cerca.*

—¿Ah no? —preguntó con cierto interés, intentando aparentar menos interés del que realmente tenía.

El anciano sacerdote volvió a sonreír. Se acordó de la ayuda que estaba propiciando al cardenal.

—No. Es un fraile y está, lógicamente, en el Convento franciscano. Unos metros más al sur. Suele visitarlo cuando viene a la ciudad.

Jerez estaba extasiado. Sentía cómo se acercaba su momento. Ya estaba ahí. Podía ver el objeto frente suyo. Podía tocarlo. Poseerlo. Otra vez.

*Sí. Nos vemos, otra vez.*

Al falso cura ya no le importaba ocultar sus verdaderas intenciones. Hasta hubiera matado ahí mismo al pobre viejo. Sólo por puro placer. Pero no hubiera sido prudente. Sólo quedaban unos pocos pasos. Y estando tan cerca de su objetivo, sabía con absoluta certeza que terminaría su misión con éxito. Y sin necesidad de llamar la atención derramando sangre.

—¿Cómo se llama el fraile, padre? —preguntó, intentando ser lo más sutil posible.

El sacerdote lo miró con una sonrisa benévola. Sus mejillas se volvieron a sonrojar intensamente.

—Se llama Rogelio, hijo. Fray Rogelio.

*Santa Fe, 31 de Octubre de 1954*

El fraile corría a toda prisa por una de las galerías del Convento. Cada tanto miraba hacia atrás. Estaba aterrado y muy agitado. El hábito color café ondeaba tras sus apurados pasos. Con su mano derecha sostenía uno de los tres nudos de la soga que le ataba por la cintura. Estos nudos simbolizaban los tres votos que realizó San Francisco en su ciudad de Asis, en Italia: pobreza, obediencia y castidad. La vestimenta, que se completaba con la capucha y el rosario contenido en la soga, fue instaurada por el santo en el siglo XIII. Luego de renunciar a la riqueza y a su familia, Francisco adoptó la forma de vestir de los humildes campesinos de su tiempo.

La calva del franciscano estaba humedecida por el sudor. Los nervios nunca se habían revelado en su alma con tanta violencia. El corazón le latía con fuerza y la respiración se le entrecortaba. Sus temores se habían hecho carne. Tal como su amigo lo había previsto. Ahora debía poner su plan en acción, antes de que fuera demasiado tarde.

Sin perder un minuto de su tiempo, cuando llegó a su habitación, tomó algunas hojas de papel carta y se sentó a escribir. La tenue luz de la mesa iluminaba sus manos temblorosas. Con la pluma en la derecha y el rosario aferrado en la izquierda, comenzó a componer el que podría llegar a ser su último mensaje.

*Santa Fe, 31 de octubre de 1954 Querido Padre y Hermano Reina:*

*Perdona mi desprolijidad en esta misiva, pero debo advertirte que mi mensaje está revestido de urgencia, antes que nada. Te contaré rápidamente un suceso que aconteció hace unos años, exactamente ocho años.*

*Corría el año 1946 cuando llegó a nuestro Convento el Cardenal de nuestro país. No se hizo anunciar con nadie y vino a verme directamente. Como sabes, él siempre tuvo una especial relación conmigo, así que no hice más que recibirlo con los brazos abiertos. Me pidió absoluta reserva de su visita. Nadie debía saber que él estaba aquí.*

*Rápidamente y a escondidas, lo traje a mis aposentos donde se sentó y comenzó a hablar con celeridad, como si estuviera huyendo de alguien o algo. Parecía bastante alterado. En su rostro sudado y nervioso, se reflejaba el temor a ser descubierto en cualquier momento.*

*Me dijo que traía consigo una reliquia muy importante y significativa, y que yo había sido su elegido para custodiarla. Nunca debía salir a la luz, por el peligro que esta posibilidad conllevaba. Por supuesto no entendí nada de lo que me decía, así que le pedí que se explicara mejor.*



*Esta reliquia, me dijo, era milenaria y su peligro radicaba en la creencia que tenían algunos paganos en sus poderes místicos. Había estado en manos de gente muy peligrosa, quienes, alentados por el supuesto poder del objeto, causaron un gran daño en nuestro tiempo. Estaba hablando de la pasada Gran Guerra.*

*Me sugirió que utilizara nuestro nuevo museo como refugio. La reliquia, me dijo, se podría confundir con varios objetos antiguos que allí se exhiben. Así pasaría desapercibida.*

*Su última advertencia fue lo que me mantuvo alerta hasta hoy. Me dijo que en el futuro podrían venir unos alemanes disfrazados de curas. Éstos eran sumamente peligrosos. Bajo ninguna circunstancia debía dejar que encontraran el objeto. Jamás.*

*Me pidió perdón luego de aclararme que acababa de poner en riesgo mi propia vida. Pero me dijo que lo entendería rápidamente; y de hecho, así fue. Su último consejo se refería exclusivamente a lo que debía hacer si aparecían estos alemanes. «Cuando intuyas que la reliquia no está segura contigo, debes pasarla a alguien en quien sólo tú confíes; tal como yo lo estoy haciendo en este momento».*

*Luego de cerciorarse de mi absoluto entendimiento, el cardenal procedió a mostrarme la reliquia. Sacó un pedazo de trapo de adentro de su hábito, y al desenvolverlo, pude contemplar el objeto. Instantáneamente, quedé hipnotizado. «Ésta —me dijo— es la Santa Lanza de Longinos...».*

*Santa Fe, 2 de Noviembre de 1954*

Los cuatro alumnos se miraron y observaron alrededor para ver si alguien los había escuchado. Si bien en un principio no tenían una real dimensión de lo que acababan de leer, sentían que se trataba de algo importante, y probablemente, peligroso. La biblioteca seguía en absoluto silencio. Nadie parecía estar cerca.

—¿La qué? —preguntó Augusto perplejo, mostrando sus enormes dientes.

—La Santa Lanza de Longinos... —murmuraba Ricardo. El color gris de sus ojos le daban un aspecto nublado.

Jorge y Pedro se miraban entre ellos. Ninguna palabra salía de sus bocas. Estaban como tildados, asombrados, aunque no supieran qué diablos quería decir todo eso. Augusto se mostraba muy confundido. Tenía la boca abierta y sus ojos casi se le cruzaban.

Ricardo parecía estar pensando, recurriendo a su memoria cognitiva. Con su mano derecha buscaba entre sus cabellos, como si allí se alojara alguna respuesta. Las palabras escritas en la carta habían penetrado su mente. No entendía por qué ni cómo, pero él estaba seguro de que sabía de qué se trataba todo esto.

—¿Quién era Longinos? —pensó en voz alta. Sus amigos seguían mirándolo, perplejos.

Estaba seguro de que lo sabía. Lo descontaba. Se trataba de una de esas respuestas que se alojan en la punta de la lengua y se rehúsan a salir al conocimiento público. Sólo debía recordar dónde lo había visto o escuchado.

—Longinos... —seguía repitiendo Ricardo, en un estado que sorprendía a sus amigos—. Longinos... Ca... Casio...

El largo rostro de Augusto parecía que se iba a estrellar contra el suelo, mientras Jorge y Pedro no podían salir de su asombro.

—¿Qué hace?

—Cayo... ¡Cayo! ¡Cayo Longinos! —dijo al fin Ricardo abriendo sus ojos de par en par con una marcada sonrisa en su cara. Ya había recordado algo.

—Eh... —Pedro miraba para todos lados—. Y... ¿quién es Cayo Longinos?

A Ricardo la sonrisa se le borró al instante. Pronunciar un nombre que nadie conocía, no resolvía ninguna incógnita. Cerró los párpados con fuerza, apelando a su máxima concentración. Los demás lo miraban fijamente, sintiendo cómo la tensión aumentaba en el ambiente. El tiempo se había congelado. Ahí estaban: tres estatuas en pose expectante que dirigían sus miradas a una cuarta, que tenía su cabeza agachada y los ojos cerrados. Si una gota de agua hubiera caído en ese momento en el piso de la biblioteca, habría provocado un estruendo equiparable a la explosión de una bomba. Nada se movía. Nadie se atrevía a moverse o decir una palabra. De

pronto, las agujas del reloj comenzaron a girar nuevamente.

—Cayo Longinos... Romano. Soldado Romano. —Ricardo seguía con los ojos cerrados, mientras golpeaba insistentemente la mesa con su dedo índice—. Sé que hizo algo... Un hecho histórico... Algo... ¿Dónde lo leí?

Augusto levantó la mano frenéticamente, y se abalanzó sobre la mesa.

—¿Puede tener que...?

—¡Sssshhhh!

Cuando había empezado a formular su pregunta, Pedro y Jorge lo silenciaron al instante, al tiempo que le lanzaban miradas amenazantes.

Ricardo recreó en su mente la escena: sentado en un sillón mullido, en la gran biblioteca de su abuelo, el adolescente devoraba un libro con fascinación. La habitación estaba teñida de marrón por las tres enormes estructuras de madera repletas de libros. La tapa del tomo que sostenía en sus manos era de piel verde. El título se destacaba en letras doradas: *Mitos y verdades de la historia*.

El capítulo dedicado a la Biblia lo había atrapado hacía unas dos horas. Los misterios que se cernían sobre los hechos del Nuevo Evangelio cristiano, eran sin dudas los más interesantes para su paladar. No podía dejar de leer acerca de los acontecimientos históricos que tenían como protagonista a Jesucristo.

Una página lo había hipnotizado, y el chico leía sus párrafos una y otra vez. *El grial. La Pasión. La cruz. La corona de espinas. El sudario*. Los objetos que habían tenido contacto directo con el Mesías y su historia. Su búsqueda a través de los Siglos. Las cruzadas. Las guerras. Las caídas de imperios. Los surgimientos de imperios. Las muertes.

Luego de un largo rato de lectura, Ricardo había comprendido de dónde surgía su fascinación. Era lógicamente inconcebible que un simple objeto, como el grial, ocasionara tantos desmanes. Una copa, o un vaso; el grial. El Santo Grial. Dotado de poder místico, sólo por el hecho de haber estado en contacto con el Mesías. Así y todo, sabía que ningún ser humano hubiera podido resistir la tentación de poseerlo. Lo mismo ocurría con cualquier otro objeto semejante.

*No sólo podemos revivir la historia gracias a los textos que dejaron sus protagonistas, sino también a través de los objetos que sobrevivieron a ellos.*

Eso era lo fascinante. Poder establecer un contacto físico con uno de estos objetos sería como tener un contacto indirecto con el protagonista histórico.

Luego de encontrar las palabras que revoloteaban en su cerebro, las grabó a fuego en su mente, para siempre. El adolescente se transportó de vuelta a la mesa con sus amigos. Esperó un segundo, e intentó digerir lo que estaba a punto de pronunciar.

—Cayo Longinos —dijo lentamente Ricardo y abrió los ojos. En su cara se podía distinguir la expresión de satisfacción—. Soldado Romano que perforó el costado de Cristo con una lanza, para asegurarse de su muerte cuando éste estaba en la Cruz.

Los demás se miraban perplejos. No terminaban de entender la magnitud de lo que acababan de leer y escuchar.

*¿Cómo diablos sabe eso? ¿Qué clase de historia o religión nos perdimos?*

Ricardo volvió a tomar la carta y la miró frunciendo el ceño. Estaba seguro. No había dudas para él. No ahora.

—Ésa es la Santa Lanza de Longinos —dijo—. La lanza que perforó el costado de Cristo.

—¿Cómo...? —empezó Pedro, pero estaba mudo. Todos lo estaban.

Jorge miró hacia el mostrador del bibliotecario y se llevó un dedo a los labios. El hombre se había acercado a consultar una lista. Aunque parecía concentrado en ésta, sus ojos se desviaban, por sobre sus anteojos, hacia donde se ubicaban los alumnos. Era tan obvio que algo había escuchado, como que los muchachos no retomarían la charla hasta que volviera a sus asuntos. Luego de esperar un rato en vano, se alejó hasta su escritorio. Ricardo les avisó con un gesto que se volvieran a acercarse.

—Sigamos leyendo la carta —dijo casi en un susurro.

Los cuatro amigos se acercaron. La tensión seguía presente y a Ricardo se le hacía difícil retomar la lectura. Todos estaban pasmados por el descubrimiento que había hecho. Todavía les costaba tomar real dimensión de lo que significaba todo el asunto.

Cuando las cuatro cabezas estuvieron lo suficientemente cerca, Ricardo continuó leyendo la carta.

*La lanza poseía un esplendor inexplicable, era imposible evitar mirarla todo el tiempo. Como dije antes, hipnotizaba a cualquiera que la estuviese observando.*

*Para el Cardenal, esto era misticismo puro. No creía para nada que esta reliquia pudiera tener un poder sobrenatural. Su peligro, decía, estaba cimentado en quienes la buscaban y la convicción que tenían del poder de la lanza, como medio para cumplir sus objetivos demoníacos.*

*Cuando el Cardenal se fue, coloqué la lanza en una de las vitrinas del museo, sin inscripción alguna. Pasaba perfectamente desapercibida, por alojarse al fondo de varios objetos puntiagudos, partes de armas antiguas utilizadas siglos atrás en nuestras tierras; aunque, a decir verdad, la punta de la lanza (que es todo el objeto) tiene un tamaño considerable.*

*Me propuse estudiar su historia y el camino recorrido por tan particular objeto. Descubrí que muchos caballeros, forjadores de la historia, guerreros de la era cristiana, la habían poseído. Y atribuían sus triunfos bélicos a la Santa Lanza y su poder místico irrevocable.*

*También descubrí que a lo largo de su vida, había sido unida numerosas veces con distintos materiales. Desde los tiempos de Nuestro Señor Jesucristo, la punta de la lanza se encontraba partida en dos pedazos exactamente iguales.*

*A raíz de este último hallazgo fue que decidí volver a separarla. Cualquiera que creyera en su poder, se vería frustrado a la hora de tener que rastrearla por partes. De más está decir que la tarea sería el doble de difícil.*

*Desde esos años hasta la actualidad, todo transcurrió con tranquilidad, y la reliquia descansó en paz en sus diferentes nichos. Pero hoy, momentos antes de escribir esta carta, mis temores nacieron fogosamente.*

*Estaba entrando al museo cuando escuché un par de voces extrañas. Me asomé y me paralicé por lo que vi. Dos hombres sospechosamente vestidos con sotana hablaban con el Hermano Miguel. Parecían estar interrogándolo. Y al escuchar atentamente su acento, no lo dudé: eran los alemanes de quienes me había advertido el Cardenal.*

*Sé que estoy en peligro y la reliquia también. Por eso te escribo, amigo mío, porque ésta es mi última esperanza de alejar la Santa Lanza de las manos del mal.*

*Te imploro me perdones por ponerte en peligro a ti también. Entiende que ante la urgencia del caso, no se me ocurrió mejor solución que seguir el plan del cardenal. Debemos tomar la reliquia en sus partes y llevarla a otro lugar.*

*Una parte de la Lanza se aloja cerca tuyo. Rézale a la mujer del capítulo doce del primer libro escrito por Juan. Busca las respuestas bajo su manto.*

*Si algo me ocurriera, intenta consultando nuestra primera Carta Magna.*

*Si todo sale bien, nos encontraremos en dos días donde se forman los pastores.*

*Encomendando mi alma a Nuestro Señor y pidiendo protección a la Santísima Virgen, me despido deseándote la mejor de las fortunas.*

*Tu amigo y hermano, Fray Rogelio M.*

*Santa Fe, Julio 1996*

Cuando Santiago entró en la habitación sintió las miradas inquisitorias de sus amigos. Su cara debía estar pálida y con cierta expresión de intriga. Esto explicaba el silencio absoluto que se hizo presente entre ellos en ese momento. Se acercó hasta el pequeño escritorio y puso sobre él la Biblia, quedándose con la foto y los manuscritos en la mano.

—¿De dónde venís? —preguntó Facundo, dando a entender que para él la ida hasta la capilla desde allí, no podía haber demorado tanto.

El chico lo miraba con el ceño fruncido. Estaba sentado en la cama y mantenía sus manos en la campera.

Santiago parecía encontrarse en otra dimensión. Se quedó mirando fijamente a Facundo sin decir una palabra por un momento. Todavía no dejaba de pensar en todo lo que había pasado tan rápidamente.

—De... abajo —dijo después de un rato. No pensaba ocultarle nada a sus amigos, pero todavía estaba procesando lo sucedido.

Martín, que estaba sentado en la cama junto a Facundo, se paró para acercarse a Santiago. El rostro de Martín reflejaba cierta preocupación.

—¿Por qué tenés esa cara? ¿Viste un fantasma?

Los ojos castaños de Santiago se clavaron en él, como si hubiera dado en el clavo. Martín se sobresaltó ante su expresión, y retrocedió hasta la cama, para volver a sentarse. Ignacio le hizo un gesto burlón, como reprochándole su actitud miedosa.

Santiago les contó su corta travesía por el Seminario. Cómo había visto al padre Marcos salir a toda prisa de la capilla, su actitud preocupada. También les mencionó el resplandor de la lámpara del viejo en el jardín, aunque no le dio importancia a esto último. Luego les contó cómo había subido a la habitación del padre para saber qué sucedía, y que éste finalmente no estaba allí.

El adolescente hizo una pausa antes de terminar su relato. Sus amigos lo miraban desconcertados.

—En cambio, —dijo Santiago pausadamente— encontré esto.

Extendió su mano, que contenía la foto y el manuscrito, y puso todo en el escritorio. Las miradas de los cuatro amigos, se clavaron por un instante en ese exacto lugar.

—¿Qué es esto? —preguntó Ignacio tomando la fotografía—. ¡Uh! ¡Qué antigüedad!

—¿Quiénes son? —quiso saber Facundo.

Santiago le arrebató la foto a Ignacio y se fijó en el reverso. Esta vez, leyó en voz alta la información que indicaba a los protagonistas de la imagen.

—Ricardo, Augusto, Pedro, Jorge. Promoción 1954.

Facundo se acercó al escritorio y tomó los manuscritos. Comenzó a leerlos en voz baja pero desordenadamente, como quien busca una respuesta rápida. Santiago lo observó con los ojos bien abiertos, pero no dijo nada.

—¿Y estos papeles...? La Santa Lanza... —Levantó la vista y miró a Santiago—. ¿Qué Santa Lanza?

El frío que reinaba en la habitación pareció disiparse por un instante ante las palabras de Facundo. *La Santa Lanza*. La sola mención poseía un manto de extrañeza, aunque ni siquiera sabían de qué se trataba.

Santiago extendió la mano para que su amigo le entregue los papeles. Facundo tardó un segundo en responder a su pedido. Aunque Santiago sabía tan poco como él acerca de esos papeles y la mencionada *lanza*, Facundo sentía un poco de envidia por no haber sido él quien descubriera esas cosas.

Santiago hizo un nuevo movimiento con sus manos. Esta vez, Facundo accedió y le entregó los papeles.

—Será mejor que leamos todo —sugirió Santiago.

Se sentaron en la cama con las manos en los bolsillos de sus camperas. Facundo estaba un poco enojado. Su amigo se le había adelantado en una aventura en el Seminario. Justo Santiago, quien le reprochaba sus actitudes. Ahora era él, el que había caído en la trampa. Porque para Facundo, en un lugar como ése, nadie podía resistirse a la posibilidad de hacer cosas más interesantes que simplemente *rezar*.

Pero decidió que no era tarde. Seguramente, el descubrimiento de su amigo abriría las puertas de una nueva aventura para él. Así que se aprestó a escucharlo, como todos los otros. Y sonrió para sus adentros, pensando que esa noche no sería una noche cualquiera, y que, ciertamente, no se irían a dormir luego del Padre Nuestro.

El enorme edificio estaba en absoluto silencio. Los demás alumnos ya estaban dormidos y no había motivos para preocuparse por seguir despiertos a esa altura. Desde la ventana de la habitación, la negrura que envolvía al parque le daba un toque siniestro a toda la situación.

Los cuatro amigos no tenían idea de lo que estaban haciendo. Hasta ese momento, sus actos eran totalmente inocentes. Al menos hasta que empezaron a leer los manuscritos del padre Marcos.

Las palabras de Santiago salían de su boca acompañadas de vapor. El frío era insoportable.



Los dedos de las manos se le habían entumecido hacía rato. Sin embargo, Santiago sostenía las hojas manuscritas que había encontrado en el dormitorio del padre Marcos con firmeza.

*Evangelio de San Juan 19:33-34: «Pero al llegar a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua».*

*La Santa Lanza o Lanza Sagrada es la utilizada por el soldado romano Cayo Longinos en la crucifixión de Cristo. Como todos los objetos que sobrevivieron a los últimos días de Jesús, y sobre todo a su crucifixión, más tarde se convertiría en una reliquia.*

*José de Arimatea, quien dio sepultura a Jesús luego de su muerte en la cruz, se hizo con los clavos, la cruz misma, la corona de espinas, el sudario, la copa de la última cena y la lanza que perforó el costado de Cristo.*

*Por medio de las claves que dejó José, Helena, la madre del primer emperador cristiano, Constantino, pudo redescubrir estas reliquias. Fue éste último quién le adosó a la lanza un clavo de la crucifixión entre sus dos cuchillas.*

*Según las tradiciones germánicas, la lanza fue llevada como talismán por Carlomagno en el siglo IX. Éste, como muchos de los que se hicieron con ella, creía que la lanza tenía un poder místico. Sus triunfos en batallas y conquistas, eran atribuidos en su mayor parte al objeto.*

*En el año 1084, Enrique IV le agregó una banda de plata con la inscripción «Clavus Domini» (el clavo del Señor). En el año 1273, se utilizó por primera vez en una ceremonia de coronación.*

*Alrededor del año 1350, Carlos IV mandó a ponerle una banda de oro sobre la de plata, con una inscripción que rezaba «Lancea et Calvus Domini» (la Lanza y el Clavo del Señor).*

*En el año 1424, el emperador Sigismund del Sacro Imperio Romano, llevó una colección de reliquias que incluía la lanza, de su capital en Praga a su natal Nuremberg. Esta colección se llamó la Regalía Imperial.*

*Cuando el ejército revolucionario Francés se aproximó a Nuremberg en 1796, los consejeros de la ciudad decidieron mover la Regalía a Viena, Austria. Los tesoros que contenía la Regalía Imperial eran celosamente protegidos. Pero había uno, por sobre todos ellos, que merecía su mayor atención.*

*Sabían que la Santa Lanza no podía caer en manos de alguien como Napoleón. Si el ejército francés hubiera contado con la reliquia de su lado, seguramente habrían avanzado mucho más en sus conquistas. De hecho, el mismo Napoleón culpó de su caída en Waterloo al fracasado intento de hacerse con la Santa Lanza.*

*En el año 1806, tras la disolución del Sacro Imperio Romano, el Barón Von Hügel, guardián de las reliquias, vendió la colección entera, incluyendo la lanza, a los Habsburgo. Evidentemente, el Barón no veía otro valor en la lanza que no fuera lo que podían pagar por ella.*

*En el año 1913 en Viena, recorriendo los pasillos del museo de Habsburgo, un joven Adolf Hitler se sentía fascinado por La Lanza. Hitler tenía predilección por el ocultismo y una extraña obsesión por cumplir un destino místico, donde la Lanza era fundamental. Creía que la reliquia tenía una presencia poderosa, que lo llevaría al éxito en la diabólica empresa que comenzaba a gestar en su mente.*

*En el año 1938, Hitler, ya en el poder, anexa Austria al Tercer Reich, y ordena trasladar la Lanza en un tren blindado y custodiado por las SS hacia la Iglesia de Santa Catalina, en Nuremberg, donde planeaba construir un museo nazi.*

*En el año 1944, después de los bombardeos de los Aliados en Nuremberg, se construyó especialmente una bóveda para enterrar la Lanza. A esa altura, y estando a las puertas de una inminente caída de la totalidad de su ejército, la obsesión por la Lanza había llevado a Hitler a la locura total.*

*Heinrich Himmler, Jefe de la oficina Ocultista de las SS, había formado un círculo de caballeros dedicados a custodiar la Lanza. Hizo que un fabricante de espadas de Japón creara una réplica exacta, para despistar a quienes se quisieran hacer con ella. Esta falsa Lanza, no es otra que la que tomó el General George Patton el 30 de abril de 1945, cuando las tropas norteamericanas ocuparon Berlín poniéndole punto final a la guerra. El General Patton, por orden superior, devolvió la falsa lanza al museo de Habsburgo.*

*En el año 1946, luego de una operación totalmente encubierta entre prófugos nazis y autoridades del Vaticano, en conjunto con el gobierno argentino, la Lanza llega a la Argentina. El cardenal...*

Santiago enmudeció. Sus amigos se quedaron mirándolo atónitos. Nadie se atrevió a pronunciar palabra por un momento. Lo que acababan de escuchar era más parecido a un cuento de caballeros de las cruzadas que a un libro de historia. De hecho, era difícil creer que se tratara de historia y no de alguna leyenda.

—¿Y? —preguntó Facundo, rompiendo el tenso silencio.

—Ahí termina —dijo Santiago sin levantar la vista—. Faltan hojas.

Se miraron entre sí durante un instante, como esperando alguna respuesta.

—¿Todo esto quiere decir que esa lanza vino a Argentina? —preguntó Ignacio perplejo.

Santiago no pareció escucharlo. Sus ojos seguían clavados en las hojas que sostenían sus manos.

—Ésta es la letra del padre Marcos, sin duda —dijo mientras analizaba la caligrafía con la agudeza de un perito.

—¿La habrá estado buscando? —preguntó Martín parándose de un salto con

visible preocupación.

—¿Buscando qué? ¿La Lanza? —Ignacio quería sonar gracioso, pero sus nervios lo traicionaban. Quería pensar que todo esto no podía ser cierto; era una locura.

Santiago se había parado. Tenía una mano en la cabeza y trataba de ordenar sus pensamientos. Estaba comenzando a relacionar lo que acababa de leer con lo que había visto en la capilla, momentos antes. También estaba la foto. Pero no podía hacer ni una sola conexión coherente entre todos esos cabos sueltos.

—Todo esto es muy extraño. ¿Para qué estudiaría el padre Marcos un objeto de este tipo? —dijo al fin Santiago, intentando buscar la parte lógica de todo el asunto.

Facundo abrió tanto sus ojos que las retinas azules parecían tener luz propia. El comentario de su amigo se le antojó demasiado estúpido.

—Es la Lanza que perforó a Jesús —dijo, como queriendo hacerle entender a Santiago la magnitud del caso.

Santiago no le hizo caso al gesto desmedido de Facundo.

—Sí, pero... ¿Creería el padre en ese supuesto poder? —comenzó a decir Santiago—. Quiero decir que él parece estar más allá de los mitos... Esto no tiene nada que ver con la Fe.

—¿Y qué es entonces? —preguntó Martín. El peinado usual de su cabellera se había desmadrado al quitarse el gorro de lana.

Santiago lo miró llevándose una mano al mentón. Su amigo tenía un punto. ¿De qué se trataba todo esto entonces? Estaba seguro de lo que acababa de decir; el padre Marcos era un hombre de Fe. Y esto, para él, no tenía que ver con la Fe.

*¿Qué no estoy viendo?*

Luego de pensar un rato en silencio, Santiago dirigió su mirada hacia Facundo. La determinación de sus ojos hizo que su amigo parpadeara.

—A mí me parece como una búsqueda del tesoro, que pueda tener que ver más con la fascinación propia que provoca un objeto histórico de este calibre —afirmó Santiago sin titubear.

Los demás lo miraron asombrados. Sólo Santiago podía hacer tales afirmaciones con total seguridad. Sin embargo, ellos no dejaban de asombrarse cada vez que eso ocurría.

—Como la búsqueda del Grial —dijo finalmente Ignacio levantando su brazo, como si blandiera una espada.

Santiago chasqueó sus dedos y lo señaló. Ignacio era la voz de su conciencia.

—Exacto. Como la búsqueda del Grial.

*Santa Fe, 2 de Noviembre de 1954*

El despacho del padre Reina estaba vacío. Los cuatro alumnos revisaron los cajones del escritorio, pero no encontraron nada. Ni cartas, ni objetos misteriosos. Nada. Finalmente se dejaron caer en los sillones. El silencio se mantuvo por un largo rato. Pedro lo rompió.

—Fray Rogelio... ¿no?

—Fray Rogelio M. —repitió Augusto.

Pedro soltó un largo suspiro mirando al techo.

—Ricardo, dijiste que era franciscano, ¿no? —preguntó sin alejar la vista del cielo raso.

—Sí. Eso creo —respondió Ricardo sin saber muy bien a qué conclusión estaba llegando su amigo.

Pedro se levantó golpeando sus palmas. La determinación de su rostro llamó la atención de sus amigos.

—Bien. Su convento queda a una cuadra al sur. Allí lo vamos a encontrar.

Jorge soltó una tímida risita. Luego se mordió el labio inferior, mientras negaba con la cabeza.

—Sí, seguro. ¿Y qué le vamos a decir? Hola Fray Rogelio, se nos perdió el padre Reina, ¿no lo tendrá en algún cajón?

Pedro lo miró por un momento con expresión de reproche.

—Él escribió la carta —le dijo articulando bien sus palabras—. Tal vez el padre Reina esté con él.

Ricardo lo miró y asintió con la cabeza.

—Tiene razón. Se levantó y desplegó la carta en el escritorio.

—Pero primero, debemos develar estas incógnitas —dijo, mientras señalaba las hojas con su dedo índice.

Los demás se acercaron y miraron con atención los papeles escritos.

—Aquí dice que hay una parte de la lanza cerca —afirmó Ricardo—. Probablemente sea en el colegio.

—O en la iglesia —propuso Jorge, irguiendo su cuerpo.

Los demás lo miraron. Jorge tenía razón. Podía estar en cualquier lugar. Y la edificación entera, colegio e iglesia, era bastante grande como para ponerse a buscar sin saber dónde.

—Leéla de nuevo —le dijo Augusto.

Ricardo recorría las hojas con la vista hasta encontrar el párrafo. Los chicos seguían su mirada con impaciencia.

*Una parte de la Lanza se aloja cerca de ti. Rézale a la mujer del capítulo doce del primer libro escrito por Juan. Busca las respuestas bajo su manto.*

Jorge chasqueó los dedos.

—El libro de Juan...

Pensó un segundo. Sus piernas comenzaron a moverse frenéticamente.

—Se referirá a San Juan, ¿no?

Augusto saltó hasta la biblioteca que estaba detrás del escritorio y tomó una Biblia que allí reposaba. Rápidamente, buscó entre sus hojas hasta llegar a donde quería.

*Evangelio de San Juan 12:1-8: Seis días antes de la pascua, vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, el que había estado muerto, y a quien había resucitado de los muertos. Y le hicieron allí una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa con él. Entonces María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume. Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote hijo de Simón, el que le había de entregar: ¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres? Pero dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella. Entonces Jesús dijo: Déjala; para el día de mi sepultura ha guardado esto. Porque a los pobres siempre los tendréis con vosotros, mas a mí no siempre me tendréis.*

Se miraron confusos. No eran expertos en las escrituras. De hecho, ninguno las leía con asiduidad. Augusto apoyó su dedo índice en el medio de la página.

—¿Será Marta o María? —preguntó—. Tiene que ser María.

Ricardo se rascaba la cabeza mientras sus ojos seguían posados en la Biblia. No encontraba ninguna conexión entre la carta del Fray y lo que habían leído de la Biblia.

—No creo que ese capítulo sea el indicado. No tiene ninguna referencia a lo que dice en la carta.

Jorge se llevó la palma de la mano a la frente y cerró los ojos. Sabía que las respuestas no llegarían rápidamente, pero tenía la esperanza de que hubiera una conexión escondida en el texto.

—Seguí leyendo —dijo, aparentando cierta calma.

En ese momento, Pedro, que seguía sentado, lo frenó extendiendo su brazo. Parecía haberse dado cuenta de algo, a juzgar por la expresión de su rostro.

—Esperá. En la carta dice *el primer libro escrito por Juan*.

—Sí, ¿y? —le preguntó Jorge impaciente.

—Quiere decir que hay más de un libro escrito por Juan.

Ricardo asintió mientras observaba a Pedro. El Fray no hubiera hecho mención al *primer libro* de Juan si sólo se hubiera referido al evangelio.

—Tiene razón —dijo pausadamente—. O será algún libro que no esté en la Biblia.

Las caras de frustración se revelaron al instante. No sólo tenían mucho menos edad que el padre Reina y seguramente el fray Rogelio, sino que no poseían ni una mínima porción de la preparación en las escrituras que éstos tenían. En ese momento sintieron que estaban buceando perdidos en un océano, sin equipo y sin saber dónde buscar. Deberían haber sabido que no iba a ser tan fácil.

Pero tampoco iban a darse por vencidos tan rápidamente. Si algo los unía, era la perseverancia.

—Vamos a tener que averiguar cuál es ese libro —dijo finalmente Ricardo.

Los chicos fueron directamente a buscar al padre Daniel. Aunque éste se encontraba en la iglesia generalmente en ese horario, dieron con él en la galería baja que lindaba con el templo.

Pedro lo llamó alzando su voz, mientras levantaba la mano.

—¡Padre!

El padre Daniel era el más anciano en el colegio. A sus ochenta y dos años, era una fuente de sabiduría. La avanzada edad lo hacía caminar encogido. Se lo podía distinguir por su calva blanca, la cual brillaba al rayo del sol. La sonrisa permanente en su rostro era la característica que lo hacía el cura más agradable de todo el colegio.

—¿Sí? —se limitó a preguntar, mientras se volteaba para ver quién lo llamaba.

Al ver a los cuatro chicos que se acercaban apurados sonrió. Con frecuencia, los alumnos lo buscaban para realizarle las más disparatadas consultas. Pero a él le gustaba ver cómo la curiosidad movilizaba a los adolescentes. Si no compartía sus conocimientos con los chicos, de qué le servían, decía siempre.

—Padre —volvió a decir Pedro cuando llegaron a él.

—¿Cuál es la prisa? —preguntó el anciano al verlos agitados. Su cara arrugada por el tiempo no opacaba al brillo de sus ojos.

Los adolescentes frenaron su carrera justo frente al cura. Estaban visiblemente acelerados. El padre Daniel frunció un poco el ceño, extrañado ante el apuro de los jóvenes.

—Necesitamos saber, —Pedro hablaba entrecortadamente— si Juan escribió más de un libro.

—¿Juan? —preguntó el padre Daniel con asombro, mientras rascaba su calva tímidamente—. ¿Se refieren a San Juan, el apóstol o a Juan el Bautista?

Los muchachos se miraron entre ellos, intercambiando caras de confusión. No habían pensado en eso. La carta sólo decía Juan. A cada paso que daban, una nueva bifurcación se abría en su camino.

El viejo cura rió divertido ante las expresiones desorientadas de sus rostros.

—Bueno, no puede ser el Bautista, ¿no? A menos que haya un libro que yo no conozca.

Lo observaban sin entender una sola palabra. *¿De qué está hablando?*

El anciano solía gastar bromas a los alumnos, como un método divertido de aprendizaje. Al ver que los chicos no lo captaban, decidió continuar, haciendo caso omiso de su propio juego.

—San Juan escribió, por lo que sé, dos libros y algunas cartas. Todo publicado en la Santa Biblia.

Augusto se adelantó.

—El primero que escribió es el evangelio, ¿no?

El anciano negó con la cabeza. Una confusión frecuente, pensó. Aunque siempre

esperaba más conocimientos de parte de los alumnos.

—No, hijo. El evangelio es el primero que aparece en el Nuevo Testamento. Pero no el primero que escribió.

Los cuatro jóvenes lo miraban atentamente. El padre Daniel era la persona indicada para el que quisiera aprender sobre la vida de apóstoles y santos.

—Cuando Juan fue desterrado a la isla de Patmos en Grecia por el emperador Domiciano, de quien se salvó del martirio, tuvo las revelaciones que lo llevaron a escribir el último libro publicado en la Santa Biblia. El evangelio y las cartas las escribió después.

Ricardo dirigió su mirada hacia Pedro. Sus ojos se encontraron. Parecían estar comenzando a comprender. Al menos, algunos cabos ya no estaban tan sueltos.

—El último libro de la Biblia —dijeron al unísono.

El padre Daniel los miraba sonriente, esperando que ellos terminaran de develar la incógnita por sí mismos. Frotaba sus manos y asentía con la cabeza. Augusto imitaba sus movimientos, como si de esa manera pudiera leerle la mente.

Pedro abrió el santo libro por el índice y lo recorrió con un dedo hasta el final. Sus amigos se acercaron para no perderse ni un detalle. La adrenalina corría con fuerza por las venas de los cuatro chicos, y los latidos de sus corazones se escuchaban fácilmente. Cuando Pedro llegó al último título del índice, sus ojos se posaron bien abiertos en el cura, mientras la boca se le abría precediendo a las palabras.

—El Apocalipsis —murmuró el chico, casi inaudible.

El padre Daniel asintió con su cabeza calva. Sus mejillas se convertían en dos pequeñas pelotas coloradas cuando sonreía satisfecho.

—Exacto —dijo—. El Apocalipsis.



Pedro volvió sus ojos hacia la Biblia y buscó el último libro, *el primero escrito por Juan*. Al encontrarlo, miró al viejo sacerdote que aún sonreía. Aunque quería leer, no podía dejar de observar al anciano. La admiración que había nacido en él por el padre Daniel era tan grande, que lo hubiera abrazado en ese instante.

*Ojalá llegue yo a esa edad con esa cabeza.*

—Aquí está, —dijo al fin.

*Libro del Apocalipsis 12:1-6: Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Y estando encinta, clamaba con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento. También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas; y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese. Y ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono. Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días.*

Cuando terminó de leer, los muchachos se miraban más atónitos que antes. Por un momento, habían creído que encontrar el libro de Juan era todo lo que necesitaban para develar su incógnita. Todavía estaban lejos de ese objetivo. El padre Daniel mantenía su sonrisa, mientras seguía frotándose las manos.

—Una mujer vestida de sol... —murmuraba Pedro mientras los ojos de Ricardo se clavaban en los del padre.

—Usted sabe quién es, ¿no? —le preguntó.

—¿La mujer vestida de sol? —replicó el cura—. Por supuesto. Y ustedes deberían saberlo también.

El viejo disfrutaba de hacer pensar a los chicos. Ellos, por el contrario, no estaban para juegos. Por supuesto, hubieran disfrutado de los acertijos del padre Daniel en cualquier momento, pero no en éste. Comenzaban a impacientarse.

—¿Podría decírnoslo, por favor? —le suplicó Augusto. Su rostro se alargaba aún más cuando la ansiedad le invadía.

—Oh, pero si es tan fácil —contestó el padre Daniel con su permanente sonrisa—. La mujer es nuestra Santa Madre.

*Claro. ¿Quién más podía ser?*

—La virgen —murmuró Pedro—. Pero, ¿cuál de ellas?

Al concurrir a un colegio católico, al menos sabían algunas cuestiones básicas de

la religión. Una de ellas se refería a las imágenes de la Virgen. Si bien la Madre de Dios tenía muchas advocaciones diferentes, todas ellas eran la misma: La Inmaculada Concepción. El padre Daniel decidió seguir con su método.

—¿No estudiaron Historia del Colegio?

—¿Historia del Colegio? —preguntó Jorge incrédulo—. ¿Qué tiene que ver la historia del Colegio en todo esto?

Ricardo lo calmó con su mirada. Luego se dirigió al cura.

—Sí. Estudiamos Historia del Colegio.

—Bueno —hacía mucho que el sacerdote no disfrutaba tanto—. Hay un acontecimiento muy importante en la historia de nuestro colegio, y más precisamente de nuestra iglesia, que fue inspirado en la mujer que Juan describe en el capítulo doce del Apocalipsis.

Los muchachos seguían mirándolo. No podían esperar más. El rostro de Jorge se asemejaba al interior de un volcán en erupción.

—¿Una pintura tal vez? —El cura se divertía arrojando más pistas.

De pronto, Pedro levantó su rostro al cielo cerrando los ojos. Su memoria lo transportó a una clase del año anterior.

Mientras el profesor escribía en el pizarrón, los alumnos murmuraban. Pedro estaba ausente. Sus pensamientos lo habían llevado muy lejos del aula. Estaba en el medio de un parque con la chica que lo perdía. Caminaban juntos, tomados de la mano, mientras se sonreían.

El sueño fue abruptamente interrumpido por el llamado de atención del profesor, quien había terminado de escribir en el pizarrón. *Copiar.*

Pedro transcribió al papel lo escrito por el docente, sin prestar la más mínima atención. Su mente seguía preguntándose cuándo se iba a animar a hablarle a esa chica. *En la vida real, no en sueños.*

Algunas palabras sueltas de lo que copiaba, se colaban torpemente en sus pensamientos. *Pintura... Mujer... Apocalipsis... Virgen...*

Pedro se mordía el labio inferior mientras negaba con la cabeza, reprobándose a sí mismo.

—La Virgen de los Milagros —murmuró.

—¿Cómo? —le preguntó Jorge, que se había perdido en la sonrisa del anciano sacerdote.

—El cuadro de la Virgen de los Milagros; en la iglesia —dijo señalando la puerta en la galería que daba entrada al santuario.

Sus amigos seguían mirándose entre sí, sin poder terminar de comprenderlo. Pedro volvió a señalar hacia el templo y habló enérgicamente.

—El cuadro de la Virgen de los Milagros está inspirado en la mujer del capítulo doce del Apocalipsis —concluyó Pedro—. Ahora recuerdo...

Ahora sí, los jóvenes asentían con la cabeza.

—Muy bien —festejó el padre Daniel—. No era tan difícil, ¿eh?

Los cuatro amigos se alejaron dándole las gracias al sacerdote, mientras éste los observaba con su eterna sonrisa.

Cuando estuvieron lejos del alcance auditivo del padre Daniel, los muchachos comenzaron a planear su movida. Pedro y Jorge buscarían en el cuadro de la Virgen de los Milagros, mientras Ricardo y Augusto se dirigirían al Convento franciscano en busca del Fray Rogelio.

Pedro les recordó sobre las personas que se mencionaban en la carta del Fray: los alemanes. Debían tener mucho cuidado; no había dudas de que eran personas muy peligrosas.

Cuando se estaban separando, Augusto los hizo esperar. Se volvieron hacia él.

—¿Y qué pasa con la... primera Carta... Magna?

—Eso es fácil —le contestó Pedro satisfecho consigo mismo—. Nuestra primera Constitución Nacional. Año 1853.

—Bien, ya sabemos lo que es. Pero, ¿dónde buscamos? Quiero decir, ¿una versión de 1853 de la Constitución? Hasta hoy hubo no sé cuántas reformas.

Pedro asintió lentamente manteniendo su vista clavada en Augusto. El chico tenía razón. Ninguno sabía en ese momento dónde buscar la versión de la Constitución que mencionaba el Fray. La pausa parecía eterna mientras los cuatro pensaban.

—Tiene que ser alguna versión que se encuentre cerca —dijo al fin Pedro. Jorge lo miró frunciendo el ceño.

—¿Qué? —preguntó confundido.

Pedro resopló y se dirigió a él.

—En la carta, el fray dice que si algo le ocurriera, que busque en la primera Carta Magna.

Jorge asentía rápidamente con su cabeza, como si su paciencia estuviera al límite.

—Sí, sí. ¿Y?

—Seguramente no se refiera a la Constitución original —dijo—. Tiene que estar hablando de alguna versión de la Constitución de 1853 que ambos conozcan, o algo así.

El tiempo parecía haberse congelado nuevamente. Los cuatro amigos estaban muy quietos, pensando. De pronto, Ricardo se golpeó la frente con la palma.

—¡Claro! ¡Qué estúpido!

Los demás lo miraron con las cejas arqueadas, sorprendidos por su repentina reacción. Augusto sonrió.

—Sí, bueno, eso ya lo sabemos, pero tu descubrimiento no nos ayuda ahora.

Pedro le dirigió una severa mirada. No era momento para bromas.

—El museo —dijo Ricardo.

—¿El museo? —preguntó Pedro—. ¿El museo de San Francisco?

—Claro —contestó Ricardo—. En el Convento, al lado de la iglesia, está el museo.

Augusto abrió desmedidamente sus ojos.

—¿El museo guarda la Constitución original?

Pedro sonrió mientras asentía con la cabeza. Había comprendido perfectamente lo que Ricardo quería decir. Se acercó a Augusto mordiéndose el labio. Le rodeó con un brazo.

—¿Te acordás qué fue lo último que se inauguró en el museo?

Augusto frunció el ceño. Luego apartó la mirada de su amigo y se perdió en un punto fijo. Hizo un esfuerzo por recordar qué era lo último que se había inaugurado en el museo.

*El museo...*

Pero por más que intentaba, lo único que sabía que se había inaugurado en el museo, era... el museo.

Al cabo de un rato, levantó la cabeza y le sonrió. Los demás, que ya sabían la respuesta, también sonrieron.

—Eh... ¿el museo?

Las sonrisas se borraron instantáneamente de las caras de sus amigos. Jorge parecía nervioso otra vez.

—¿Dónde vivís? ¿No sabés nada?

Pedro lo calmó palmeándole la espalda. Luego se dirigió otra vez hacia Augusto.

—Augustito querido, lo último que se inauguró en el museo del Convento, fue la Sala de los Constituyentes.

Mientras Ricardo y Augusto intentaban localizar al Fray Rogelio en el Convento Franciscano, Pedro y Jorge buscarían alguna respuesta en el cuadro de la Virgen de los Milagros.

La iglesia estaba pegada al colegio y se ubicaba en la esquina noroeste de la manzana que ocupaba toda la construcción jesuita. Encima de su puerta principal se podía leer el año cúlmine de la obra: 1660. Al igual que el colegio, había sido removida de la primera Santa Fe para ser construida en frente de la plaza principal de la ciudad. En su interior, se guardaba el cuadro milagroso de María.

En el año 1634, de paso por la vieja Santa Fe, el Hermano Luis Berger pintó una bellísima imagen de la Inmaculada, accediendo al pedido de los Congregantes de la Virgen. El cuadro, era una representación de la mujer del capítulo doce del Apocalipsis. Su nombre original fue el de la Pura y Limpia Concepción. Una mañana del año 1636, el Padre Rector del Colegio y la Iglesia, Pedro de Helgueta, estaba orando frente al cuadro. Cuando levantó la vista, creyó ver una abundante humedad que brotaba del lienzo. Se acercó a la pintura y constató que de la mitad para abajo de la imagen, corrían hilos de agua. Intentó frenar el líquido poniendo su mano, pero el agua no paraba de emanar.

Pronto, las pocas personas que se hallaban en el templo se acercaron para apreciar de cerca el particular suceso. Casi toda la ciudad acudió al repicar de las campanas y presenciaron el acontecimiento, que duró poco más de una hora. Se empaparon numerosos algodones con el sudor milagroso, los cuales fueron causa de asombrosas curaciones posteriores. Desde ese momento, los santafesinos llamaron a su Madre, Nuestra Señora de los Milagros.

En 1936, a trescientos años del hecho divino, el papa Pío XI otorgó la coronación pontificia del cuadro, trasladando la imagen al altar mayor de la Iglesia, donde se ubicó siempre desde aquel momento.

Los alumnos del colegio podían ingresar a la iglesia por alguna de las entradas que se ubicaban en la galería norte del patio principal. Como recién estaba cayendo la tarde, las puertas se encontraban sin llave. Pedro tomó sigilosamente el picaporte y se llevó el dedo índice a los labios, mientras miraba a Jorge.

Entraron al templo lentamente y cerraron la puerta tras de sí, intentando hacer el menor ruido posible. Sabían que si algún Hermano o Padre los encontraba allí estaban muertos. El solo hecho de entrar a hurtadillas en la iglesia, para hurgar detrás o debajo del cuadro milagroso, era un suicidio cantado.

Recorrieron el ala sur del templo deseando ser invisibles. Jorge iba adelante por un paso. Cuando llegó a la última columna y dirigió su vista hacia donde se encontraba el cuadro, se frenó en seco, haciendo que Pedro chocara con él.

—¡Qué...!

Pedro había comenzado a protestar cuando su amigo, rápidamente, le tapó la boca

y lo arrastró hasta la columna que tenían al lado. Allí pegaron sus espaldas a la pared y se quedaron congelados, esperando no haber sido escuchados.

Jorge todavía lo observaba con expresión confundida. Aunque sabía que algo no estaba bien, no entendía qué había hecho reaccionar de esa manera a su amigo. Pensó en el padre Daniel. Pero la expresión aterrada de su compañero, le decía que se trataba de algo más grave.

Luego de un rato, que pareció una eternidad, Pedro se asomó para corroborar lo que creía haber visto.

En el lugar reinaba el absoluto silencio. Había que aguzar el oído para percibir lo que ocurría desde atrás de la columna. Parecía como si unos ladrones profesionales estuvieran desvalijando una casa, haciendo casi nada de ruido. Jorge decidió acompañar a su amigo y se asomó con él para mirar en dirección al cuadro, que se encontraba por encima del altar.

Subido en una precaria escalera, había un hombre de baja estatura, vestido de cura, que hacía lo imposible por separar el cuadro de la pared. Debajo de él, otro falso sacerdote, más alto que éste y con la cabeza blanca por las canas, le sostenía la escalera, mientras le murmuraba palabras inteligibles. Cuando el extraño que estaba arriba logró sacar la pintura los chicos se asomaron un poco más, para ver con detalle lo que ocurría.

El cura impostor que sostenía la escalera, tomó el pesado cuadro que le alcanzaba su compañero. Ya con sus manos libres, el hombre que estaba en la escalera, las introdujo en lo que parecía un hueco en la pared. Se quedó un rato allí, como revolviendo una ensalada. De pronto se alejó de la pared con un pequeño papel entre las manos, lo leyó y miró en dirección al otro hombre, soltando un par de exclamaciones en un extraño idioma. Sus orejas paradas le daban un tenebroso marco al lúgubre rostro. Bajó las escaleras y se quedó dialogando con su compañero, mientras se pasaban el papel entre ellos. Parecían ofuscados.

Pedro le hizo una seña a su amigo y los dos volvieron a pegar su espalda contra la pared posterior de la columna.

—Parece que el padre Reina se les adelantó —susurró.

Jorge parecía muy asustado y su frente estaba perlada por el sudor. El color se había esfumado de su cara. Estaba totalmente pálido.

—Son los alemanes. Esto es muy peligroso, vámonos.

Pedro asintió. Su amigo tenía razón. Si los extranjeros los descubrían, podían matarlos en un segundo.

—Tenemos que buscar a los chicos y advertirles.

Cuando se aprestaban a salir por donde habían entrado, escucharon los pasos de los extraños que se acercaban a ellos. Rápidamente, rodearon la columna para no dejarse ver. Aparentemente, los impostores iban a salir por el colegio.

Los chicos corrieron agachados hasta el pasillo del medio, frente al altar, donde encontraron el trozo de papel hecho un bollo. Pedro lo tomó en un instante y se dirigieron hasta la puerta principal, por donde salieron irguiéndose.

Ya fuera de la iglesia, Pedro abrió la nota de papel y la leyó. «*La Santa Lanza que atravesó el costado de Nuestro Señor estará siempre protegida por María*».

Los chicos se miraron con asombro.

—Es la letra del Padre Reina —dijo Jorge.

Pedro lo miró estupefacto. No entendía muy bien qué quería decir todo eso. Pero



sabía muy bien lo que tenían que hacer.

—Vamos —le contestó; y ambos comenzaron a correr.

Frente a la iglesia, sentado en la plaza, otro hombre vestido con sotana y peinado como con un molde, los miraba atentamente, mientras ellos se dirigían corriendo hacia el sur.

La iglesia y el Convento Franciscano también habían sido trasladados, en sus orígenes, desde su emplazamiento en la vieja Santa Fe hacia la actual ciudad. En 1660, finalizado el éxodo de los santafesinos, los frailes construyeron un convento provisorio. Éste estaba edificado con paredes de barro, techos de paja y una pequeña capilla para el culto religioso.

El nuevo edificio que se finalizó en 1680, se distinguía por ser único en todo el continente. Con un estilo puramente colonial, sus largas galerías con pilares de quebracho labrado, los techos a dos aguas con tejas españolas y la construcción del templo en cruz latina, era, desde hacía casi tres siglos, un lugar histórico de inmenso valor en Santa Fe y Argentina.

Ricardo y Augusto entraron por la puerta de la iglesia y se encontraron con algunos frailes agrupados en dos bancos más adelante. Las capuchas de sus hábitos se cernían sobre sus cabezas. Al oír sus pasos, uno de ellos se levantó y acudió a su encuentro.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó éste.

El fraile, que era un joven de menos de treinta años, se encontraba visiblemente afligido. Su altura ni siquiera igualaba a la de los chicos, que lo miraban de arriba.

—Buscamos al fray Rogelio —dijo Ricardo sin titubear.

Al fraile le tembló un poco la barbilla. Miró en dirección al altar por un instante y luego volvió sus ojos vidriosos hacia los dos muchachos.

—Allí está —dijo levantando su brazo y señalando hacia un bulto más adelante, pero ahora sin ser capaz de dirigir su mirada.

Los dos amigos levantaron la vista y se quedaron mirando en dirección donde había señalado el fraile. Al cabo de un momento, comprendieron. Lo que había al pie del altar era un ataúd. Adentro, durmiendo el sueño eterno, estaba el fray Rogelio; lo estaban velando. Evidentemente, habían llegado tarde.

—¿Cómo murió? —preguntó Ricardo con voz temblorosa.

Al fraile se le escaparon algunas lágrimas. Ricardo se odió por haber hecho esa pregunta.

—Se ahorcó —contestó, mientras se secaba los ojos con la manga de su hábito—. Lo encontramos ayer.

El fraile volvió a sus oraciones con el grupo sin decir más nada. Los dos muchachos se quedaron parados, como incapaces de reaccionar. Los sucesos que se les habían presentado en tan poco tiempo se parecían más al guión de una película que a la realidad misma. Ahora, más allá de cartas, acertijos y objetos, había ocurrido una muerte. Comprendían al fin que no se trataba de un juego. Luego de un momento, Ricardo comenzó a caminar.

—Vení —le dijo a Augusto, mientras se dirigía decididamente hasta el austero ataúd de madera.

Augusto lo siguió trastabillando, sin entender qué hacía su amigo. Cuando llegaron hasta el fray Rogelio, Ricardo se quedó observándolo. El franciscano vestía su hábito color café. Le habían colocado las manos en su pecho, en posición de rezo. Entrelazado entre éstas colgaba un rosario. El *rigor mortis* había hecho que no le pudieran cerrar del todo la boca, por lo que parecía que estaba a punto de pronunciar alguna palabra. Sus más de cincuenta años se reflejaban en los pocos cabellos blancos que le quedaban. A pesar de esto, su rostro casi no presentaba arrugas.

Augusto miraba a su amigo, tratando de comprender sus intenciones. Pero al parecer, sólo estaba contemplando el cuerpo muerto del Fray Rogelio. Luego de un rato, desvió su mirada hacia la derecha, concentrándose un momento en los restos del General Brigadier López, a quien habían estudiado en Historia. Junto al cofre que contenía las cenizas del Brigadier, se situaba la entrada a un camarín o capilla. A un costado de la puerta había un recuadro. Augusto comenzó a leerlo.

*Limpia Concepción. La Virgen de Garay. Donada por Jerónima de Contreras, hija de Juan de Garay, en 1642. Se cree que es la primera imagen de Nuestra Señora que llegó a este lado del mundo. Cuando Jerónima se...*

—Chst, hey —lo interrumpió Ricardo—. ¡Dale!

Estaba en la puerta del ala este, del otro lado. Aprovechando la profunda oración de los frailes, se escabulló para salir por un costado de la iglesia. Augusto demoró unos segundos en salir del trance en el que parecía estar y luego corrió hasta él dando grandes zancadas; estaban yendo hacia el norte por las galerías internas del convento. Pasaron por una esquina, donde había colgadas algunas tejas de la época colonial y ladrillos de las misiones jesuíticas. Luego de doblar a la derecha se toparon con la entrada interna del museo. Hicieron una pausa en la que se miraron por una fracción de segundo, y a continuación ingresaron cautelosamente en el recinto. No había nadie adentro del museo. La entrada al público se encontraba cerrada, lógicamente por duelo.

El museo del Convento Franciscano fue fundado en 1946 por el fray León Martinengo. El lugar no era muy grande, más bien parecía una ancha galería cerrada. En sus vitrinas se podía apreciar una enorme cantidad de objetos de personalidades santafesinas de todos los tiempos, así como de figuras eclesiásticas.

Pinturas, imágenes, vestiduras, armas, muebles, cartas, testamentos, rosarios; llenaban el museo de aroma a historia. Desde la fundación de Santa Fe, todas las épocas que habían transcurrido en la ciudad parecían congregarse en el lugar. Sin dudas era un sitio de referencia para cualquier historiador.

Mientras se adentraban en el recinto, se pararon en una de sus vitrinas laterales. Allí, bajo la tenue iluminación, había un montón de clavos oxidados y objetos puntiagudos. Ricardo parecía hipnotizado, contemplando los objetos que allí se exhibían.

*Aquí había estado la lanza.*

En el medio del museo, dentro de una caja de vidrio sobre una larga mesa, se encontraba un crucifijo tallado en madera en el siglo VII. Esta santa imagen había presenciado la jura de la Constitución Nacional de 1853, en la sala capitular del Cabildo de Santa Fe.

Siguieron caminando hasta el final del museo, con la vista en su objetivo. En el extremo este se encontraba, precisamente, la Sala de los Constituyentes, inaugurada en 1950. Las veinticinco réplicas en cera de los convencionales de 1853 estaban separadas de ellos por una baranda de madera. La saltaron sin dificultad y se acercaron a la mesa, donde los maniqués cimentaban eternamente las bases de la nación.

Allí estaban sentados el Presidente de la Convención, Dr. Facundo Zuviría; el Vicepresidente, Gral. Pedro Ferré; y el Secretario, José María Zuviría. En el medio de ellos, apoyado sobre el escritorio, un gran libro: la réplica de la primera Carta Magna.

Sin dudar, Ricardo lo tomó y lo abrió por el medio. Allí se encontró con algo que no había visto nunca. Las hojas habían sido perforadas como para formar un profundo hueco en el interior del libro, y dentro de este hueco había un papel envolviendo un objeto. El muchacho sacó el papel y tomó lo que había adentro. Era un hierro oxidado de unos veinte centímetros. Los chicos se miraron con una expresión que mezclaba varios sentimientos: emoción, temor, confusión.

—¿Es...? —comenzó a preguntar Augusto con el rostro alargado en exceso—. No parece una lanza.

Ricardo levantó los hombros y sonrió, traicionado por los nervios. Sabía que la situación era peligrosa, pero la excitación producida por el descubrimiento de un objeto, aunque no sabía muy bien qué era, lo entusiasmaba un poco. Sin duda que en ese punto, estaban movidos por la adrenalina que producía la aventura de lo

prohibido.

—Parece un clavo —dijo mientras giraba el oxidado objeto entre sus dedos.

—¿Y para qué guardar un clavo? —preguntó Augusto, frunciendo el ceño.

Se estaban mirando en silencio cuando escucharon un ruido. Se agacharon instintivamente, para esconderse, pero enseguida vieron que eran Pedro y Jorge que llegaban agitados.

—Los alemanes de la carta... —dijo Jorge entrecortadamente— están aquí.

—¿Aquí? —preguntó Augusto exaltado.

—No aquí mismo —se apuró a explicar Pedro—. Estuvieron en la iglesia del colegio recién, pero no encontraron nada. Aparentemente, el padre Reina se les adelantó —dijo y le extendió la nota arrugada que habían tomado de la iglesia a Ricardo.

Éste la leyó con expresión concentrada mientras los demás lo miraban esperando el desenlace. Después de un momento sonrió satisfecho de la pericia que había demostrado el cura. No se lo hubiera imaginado.

Mientras el gris de sus ojos brillaba de orgullo por el triunfo del padre Reina, Ricardo recordó por qué estaban allí.

—El papel —dijo mirando súbitamente a Augusto.

—¿Qué papel? —preguntó confundido.

—El que envolvía esto —le dijo, extendiendo ante sus ojos el hierro oxidado.

Jorge y Pedro se miraron extrañados, con sus ceños fruncidos. Todavía no sabían nada del descubrimiento de sus amigos en el museo. Pero ciertamente intuían que no era menos sorprendente que el suyo. Augusto se estiro para tomar el papel que había contenido al objeto punzante y se lo alcanzó a Ricardo.

Mirando a Pedro que lo observaba con atención, Ricardo abrió la nota y la leyó en voz alta para todos.

*Éste es el clavo del Señor, que tomó parte en su crucifixión.*

*A los pies de nuestra Primera Madre, la noche.*

*Detrás de la noche, sangre y agua del Redentor.*

El silencio en el museo era absoluto. Las revelaciones que acababan de atestiguar los alumnos los habían dejado estupefactos. *Un clavo de la crucifixión. ¿Sería posible? ¿Cómo uno de los instrumentos que se habían utilizado en la Pasión de Cristo podía llegar hasta ellos, a través de los siglos?*

A esto se sumaba la nueva pista, que era más un acertijo. *A los pies de nuestra Primera Madre, la noche.* Otra vez la Virgen. Ya no parecía casualidad que las pistas y referencias señalasen a María, como celosa guardiana de la lanza que perforó a su Hijo. No en 1954.

Exactamente cien años antes, el Papa Pío IX había pronunciado el dogma que definió la Inmaculada Concepción. Significaba que la Virgen María había sido concebida pura, sin el pecado original que tenemos todos los mortales desde Adán y Eva. Y así se había mantenido hasta su muerte y ascensión al Reino de los Cielos.

Ahora, la Inmaculada Concepción se estaba valiendo de sus advocaciones, para custodiar la última reliquia que tocó literalmente el cuerpo de su Hijo.

—Nuestra Primera Madre... —murmuró Ricardo sin dejar de mirar la nota—. Cómo saber cuál es... Todas son *Nuestra Madre*.

Paseó sus ojos entre sus amigos sin recibir respuesta. La cantidad de incógnitas que habían tenido que develar en tan poco tiempo les exigía un esfuerzo agotador.

—Es decir, —continuó— la Virgen es una sola, ¿no? —dijo levantando sus hombros.

Jorge y Pedro asentían con la cabeza sin pronunciar palabra. En ese momento, Augusto, que estaba con la boca abierta, comenzó a balbucear unas palabras inteligibles. Sus amigos lo miraron atónitos.

—Esperen —dijo al fin entrecerrando los párpados, como si estuviera leyendo en el aire—. *La primera imagen de nuestra Señora que llegó a este lado del mundo...*

—¿Qué le pasa? —preguntó Jorge, mirando a Pedro.

—No tengo idea —contestó éste.

No sabían qué era lo que hacía su amigo. Pero estaban seguros de que no se trataba de una reacción normal. Nunca lo habían visto así. *Tan concentrado.*

—No, no —dijo Augusto. Se acercó a Ricardo, le tomó fuertemente los hombros y lo miró a los ojos—. La Virgen de Garay. Es *Nuestra Primera Madre*.

Ricardo frunció el ceño. Nunca hubiera imaginado que la respuesta de lo que estaban buscando, saldría de la boca de Augusto. Parecía incapaz de pronunciar palabra alguna. Finalmente, reaccionó a la afirmación de su amigo.

—¿La qué? ¿Cómo sabés? —le preguntó.

—La Virgen de Garay —repitió Augusto—. Acabo de leerlo a metros de donde está el Fray Rogelio; en el camarín que está al costado, en la iglesia.

Jorge se acercó y le dio un sonoro beso en la mejilla. Augusto se apartó rápidamente.

—Sos un genio. Qué haríamos sin vos...

Augusto sonrió. Estaba orgulloso de sí mismo. Los demás estaban sorprendidos.

—Tenemos que volver a la iglesia —dijo Ricardo luego de un rato.

—Los frailes... —replicó Augusto—. ¿No sospecharán que andamos en algo raro?

Pedro frunció el ceño. No tenía idea de qué hablaba su amigo.

—¿Qué frailes? ¿De qué hablan? Ricardo lo miró extrañado.

—¿Por dónde vinieron ustedes? —le preguntó a Pedro.

—Por la iglesia.

—¿Y no vieron a los frailes?

Jorge agachó la cabeza.

—El único fraile que había en la iglesia, estaba en un ataúd.

—Rogelio... —murmuró Augusto.

—Aparte de él no había nadie más —dijo al fin Pedro.

Ricardo pensó un momento. No sabía con certeza si el hecho de que no hubiera nadie en la iglesia era bueno o malo. Igualmente, creía que no tenían tiempo para planteárselo. Debían arriesgarse, y esperar lo mejor.

—Vamos. Tenemos que seguir esta pista —dijo a sus amigos, mientras les mostraba el trozo de papel con la nota del Fray Rogelio.

Jorge estaba nervioso. Se frotaba las manos y la barbilla le temblaba.

—Pero, ¿y los alemanes?

—Nos tendremos que arriesgar —le dijo Ricardo—. Pero seguramente no estén allí. Ya estuvieron en el convento. No creo que regresen.

Los demás lo miraron sin decir nada. El fundamento era válido. Si los alemanes creían haber conseguido del Fray Rogelio lo que habían ido a buscar, tal vez no regresarían al convento.

—De todas maneras, creo que tenemos que apurarnos —dijo Ricardo.

Asintieron todos juntos con la cabeza y se pusieron en marcha. Salieron por la puerta que daba a las galerías internas y se dirigieron otra vez hacia la iglesia.

Cuando entraron en el templo franciscano vieron que estaba vacío. Ningún fraile se encontraba a la vista. Parecían haber desaparecido repentinamente. Pasaron al lado del cuerpo del fray Rogelio y llegaron a la entrada del camarín. A la izquierda, descansaban los restos del caudillo santafesino, Gral. Brigadier Estanislao López. A la derecha, el cuadro con el texto que había leído Augusto.

Ingresaron con extrema cautela, como si tuvieran temor de despertar de su sueño a alguno de los santos que se encontraban en el camarín. Cuando llegaron al pequeño altar, se quedaron contemplando a la Virgen de Garay. Era una de las imágenes más grandes de María que habían visto jamás. De hecho, era casi tan grande como un niño de ocho años, pensaron. Sus manos juntas, en posición de rezo, con el rosario colgando de ellas; su sonrisa tranquilizadora; su manto puro y brillante, con bordados dorados; su hermosa corona, rodeada de las doce estrellas que representaban a los apóstoles; su extrema belleza. La Limpia Concepción, como se había llamado originalmente, los encandilaba con su grandeza.

Ricardo sacó el papel del bolsillo y volvió a leerlo, con la certeza de estar muy cerca de develar la incógnita.

*A los pies de nuestra Primera Madre, la noche.*

Se acercaron más a la vitrina donde estaba la estatuilla y observaron a sus pies. Allí reposaba brillante, un objeto metalizado. Se sobresaltaron a la primera impresión, creyendo que tal vez fuera lo que estaban buscando. Pero al verlo bien luego de un momento, reconocieron su forma.

—Es una media luna —dijo Pedro.

—Sí, aunque debe estar un poco dura, por si tenés hambre —replicó Jorge irónico.

Pedro le arrebató el papel a Ricardo y se lo mostró a Jorge.

—Mirá, *a los pies... la noche* —leyó—. Luna... noche.

Ricardo, que seguía estudiando la imagen, se trepó un poco a la estructura que la contenía. Labrada en madera, al igual que el altar, el lugar de reposo de la Virgen era el producto de un trabajo minucioso. La Limpia Concepción se situaba en el medio de la estructura, dentro de una vitrina y flanqueada por cuatro columnas en espiral. Fuera del vidrio, a sus pies, se encontraba un pequeño crucifijo de extremos redondeados, con una imagen de Jesús que no llegaba a la cintura de la estatuilla de su madre. Debajo de la cruz estaba el sagrario, haciendo juego con toda la artesanía de madera.

Ricardo tanteó en el frío vidrio buscando la abertura. Cuando la encontró, abrió la puerta frontal de la vitrina con suma delicadeza e introdujo su mano por detrás de la media luna metalizada. Mientras sus dedos invasores violaban el descanso de la santa imagen, los ojos de Ricardo se encontraron con los de la estatuilla. Le pidió perdón. Enseguida sintió algo; lo palpó unos segundos para intentar reconocer su forma, luego lo tomó y volvió donde sus amigos.



El objeto estaba envuelto en un pedazo de tela. Lo desenvolvió y lo contemplaron entre los cuatro, sumergidos en un profundo silencio. Era la mitad de lo que había sido la punta de una lanza. Parecía una larga cuchilla de forma imperfecta que no podía ocultar sus muchos años de existencia. Medía unos cincuenta centímetros de largo. Estuvieron viendo el objeto un largo rato, con las expresiones más incrédulas que habían tenido jamás en sus rostros.

*Detrás de la noche, sangre y agua del Redentor.*

*La Lanza de Longinos.*

Nadie se atrevía a pronunciar palabra. Estaban ante dos objetos que contaban casi dos mil años de existencia. Y eso no era lo más sorprendente. Ante sus ojos, reposaban dos elementos que habían tocado literalmente a Jesús. *El clavo y la lanza.*

*Que habían perforado literalmente a Jesús.*

—No lo puedo creer —dijo Jorge temblando—. Esto no puede ser verdad.

Ninguno podía quitarle los ojos de encima a las reliquias. Su descubrimiento era tan fascinante como peligroso. A medida que avanzaban en lo que parecía una búsqueda del tesoro, sentían una imperiosa necesidad de llegar hasta el final del camino.

Decidieron introducir la mitad de la lanza, junto al clavo, la carta del fray y los papeles con las pistas, en el bolso de cuero de Ricardo. Salieron mansamente de la iglesia y se dirigieron hacia el norte nuevamente. Caminaban por inercia, sin tener mucha conciencia de sus actos en esos momentos. Durante el trayecto de cien metros que recorrieron, no se escuchó otro sonido más que el del ambiente.

Algunos autos paseaban a baja velocidad por la calle. Los chicos miraban para todos lados. Llegaron a la plaza, frente al colegio y se sentaron en un banco. Estaba anocheciendo.

1996

En la habitación del Seminario la tensión era cada vez más insostenible. Los chicos seguían discutiendo sobre qué debían hacer ante las pruebas que Santiago había descubierto. Él y Facundo querían buscar al padre Marcos, mientras que Martín e Ignacio pensaban que todo el asunto parecía ser muy peligroso.

—Vamos —dijo Santiago—. El padre puede estar en problemas. En serio les digo, actuaba muy extraño cuando salió de la capilla. Como si lo estuvieran siguiendo.

—¿Quién lo va a estar siguiendo? —preguntó Ignacio haciendo un ademán con sus brazos—. ¿Un fantasma?

Martín tenía la mirada perdida en el suelo. La situación le había hecho olvidar el frío, a juzgar por su campera abierta.

—Era verdad —afirmó con expresión ausente, sin levantar su cabeza.

—¿Qué era verdad? —quiso saber Facundo, mientras fruncía el ceño.

—Que estaba loco —le contestó—. Que está... loco.

Levantó su cabeza, y en su cara se podía ver el temor. Se miraron un instante y luego de buscar sin éxito en su cabeza la mejor forma para expresar sus sentimientos, Martín siguió hablando.

—Buscar eso... Hay que estar... Realmente... —Miró hacia el suelo otra vez; luego levantó la vista para mirar a sus amigos mientras se quitaba el abrigo. Parecía estar transpirando—. Vamos, no me van a decir que creen en todos estos cuentos.

Santiago se acercó a Martín y le tomó con fuerza el brazo.

—Hay una sola manera de averiguarlo —le dijo con una férrea decisión en su mirada.

—Sí —dijo Facundo tomando el picaporte de la puerta—. Vamos a bajar todos a buscar al cura. Él nos va a explicar todo esto.

Para Facundo, éste era su momento. Cuando abrió la puerta, Martín se abalanzó hasta él para intentar frenarlo.

—Esperá —le dijo sujetándolo como podía—. ¿Y si despertamos a los otros? Así somos más y...

—No seas estúpido —le dijo Facundo soltándose—. ¿De qué tenés miedo? Vos estás seguro que todos éstos son cuentos, ¿no? —le dijo mientras señalaba los manuscritos.

Estaba atravesando el umbral cuando se volvió hacia sus amigos.

—No creo que tengamos de qué asustarnos —afirmó con cierto aire de suficiencia, logrando que finalmente sus amigos lo siguieran.

Bajaron por las escaleras de mármol y llegaron a la galería baja. Todo el

Seminario parecía estar durmiendo. Cuando estaban llegando a la salida que daba al jardín vieron el resplandor de una luz que se movía. Se quedaron escondidos detrás de la pared. Facundo les hizo señas para que esperaran y atravesó la arcada, adentrándose en el pequeño jardín.

A los pocos minutos volvió agitado por la adrenalina. Habló entrecortadamente y en susurros.

—Es el celador. Ese viejo debe tener como cien años. Santiago se acercó a él sigilosamente.

—¿Qué hace? —le preguntó.

—No sé. Está buscando algo, parece.

Todos pensaron lo mismo. ¿Tendría algo que ver con el padre Marcos y su extraño comportamiento? A esa altura, cualquier actitud rara para ellos, estaba seguramente relacionada con lo que acababan de descubrir.

—Ya sé —dijo Facundo—. Tengo una idea. Vengan.

Cruzaron al otro lado de la galería y pasaron por la puerta de la capilla. Los dormitorios del personal permanente del Seminario estaban en el extremo este del edificio, en la planta baja. Cuando llegaron, se aseguraron de hacer el menor ruido posible, aunque cada paso que daban parecía resonar en todo el Seminario.

*Cuanto menos ruido se quiere hacer, más ruido se hace.*

Ignacio sabía cuál era la habitación del celador porque lo había visto salir de allí por la tarde. Al viejo no le había gustado nada que el chico anduviera merodeando por ahí. Cuando lo vio en el pasillo le dirigió tal mirada, que Ignacio sintió por un momento que el anciano estaba endemoniado.

La puerta de la habitación del celador estaba entreabierta, y la luz del velador encendida. Los latidos del corazón de Ignacio podían escucharse desde afuera del edificio. Entraron los cuatro sigilosamente, sintiendo cómo la adrenalina impulsada por el miedo les invadía el alma.

*Santa Fe, 2 de Noviembre de 1954*

Había otros dos grandes edificios que se situaban alrededor de la plaza, aparte del colegio, su iglesia y la Catedral Metropolitana. En el lado sur, la Casa de Gobierno de Santa Fe construida a principios del siglo xx en estilo renacentista francés, reemplazaba al antiguo Cabildo. Frente a la margen oeste de la plaza se situaban los Tribunales del Poder Judicial.

En la esquina suroeste de la plaza mayor, casi en el vértice de estas dos construcciones y ocultos tras un par de árboles, tres hombres vestidos con sotana observaban como cuatro chicos discutían entre sí. Los extraños sujetos tenían la mirada fija en un objeto: el bolso de cuero marrón de uno de los muchachos.

—Vamos a tomarlo ahora —dijo Clemente. Los ojos azules resplandecían de maldad.

—No —exclamó Jerez—. Es mejor seguirlos.

—¿Para qué? —preguntó Borgia—. Ahora no hay nadie. Podríamos quitarles el maldito bolso y matarlos, si quisiéramos.

Jerez estaba mirando atentamente a los cuatro adolescentes. Sus orejas parecían dos satélites intentando captar la frecuencia que les permitiera oírlos. Las torpes conjeturas de sus compañeros interrumpían sus pensamientos.

—¿Acaso no recuerdan las últimas palabras del franciscano? —les preguntó, visiblemente irritado.

Claro que las recordaban. *La reliquia dividida jamás será encontrada.*

—Además, hasta ahora, a ellos les fue mejor que a nosotros. Los mocosos encontraron en algunas horas lo que nosotros buscamos hace años.

Jerez se volvió hacia sus camaradas, dirigiéndoles una mirada de decepción.

Clemente negaba con la cabeza. No podía concebir que unos adolescentes tuvieran mejores resultados que ellos. La ira podía verse en sus ojos.

—Pura suerte —sentenció.

—Aprovechemos eso —dijo de pronto Borgia—. Ellos hicieron el trabajo difícil. Nosotros hagamos el fácil.

Jerez se enfrentó desafiante a sus compañeros. Si bien su liderazgo hasta allí seguía firme, no era fácil contener a dos criminales de guerra que estaban dispuestos a todo para lograr su cometido.

—¿No lo entienden? Debemos seguirlos para que nos lleven a la parte de la reliquia que falta.

Los dos falsos curas comprendían ahora lo que quería decir Jerez. Los muchachos habían logrado el éxito al encontrar rápidamente los objetos escondidos. Pero sin la otra mitad de la lanza, la reliquia estaba incompleta, y su poder, anulado.

—Cuando encuentren la mitad que falta, haremos el *trabajo fácil* —dijo Jerez mirando directamente a los ojos de Borgia.

Observaron en silencio cómo los chicos seguían dialogando con expresiones visiblemente nerviosas. Por primera vez sintieron que estaban cerca del objeto de poder que tanto anhelaban poseer. A partir de ese momento, todo sería cuestión de tiempo.

—Prepárense —dijo Jerez—. Esta noche recuperaremos lo que nos pertenece.

La plaza parecía desierta, salvo por una pareja de novios que buscaba algún rincón solitario.

—¿Y ahora? —preguntó Augusto mirando para todos lados—. Esos alemanes deben estar cerca. Deberíamos irnos.

Nadie contestó. Era demasiado todo lo que había ocurrido hasta ese momento. Estaban aturdidos. Se habían hecho cargo de una enorme responsabilidad, y ahora debían estar a la altura de las circunstancias. Pedro se paró de frente a sus amigos.

—Ahora tenemos que buscar al padre Reina. Debe estar esperando al fray Rogelio, y por lo que vimos, el pobre nunca va a llegar.

Jorge rió. Habían olvidado el sentido del humor por un largo rato, y aunque era morboso, el comentario de Pedro les aflojó la tensión por un momento.

Ricardo imitó a su amigo y se levantó del banco donde estaban sentados.

—Tiene razón. Tenemos que buscarlo.

Jorge se acercó a sus amigos y, poniéndose en el medio de ellos, los rodeó con sus brazos por los hombros. Su baja estatura hacía que sus extremidades se estiraran al máximo.

—Yo también quiero encontrar al padre Reina. El problema es ¿dónde lo buscamos?

Se habían olvidado que todavía no sabían dónde se encontraba el cura. La última pista que habían encontrado de él, era el trozo de papel que había burlado a los alemanes. Pero en la breve nota no había indicio alguno de dónde podría estar.

Ricardo se volvió a sentar y trató de buscar en su memoria. En los acontecimientos intensamente vividos en las últimas horas, tenía que encontrar una pista. Algo que les dijera dónde ubicar al sacerdote. De pronto, reaccionó tomando el bolso con un rápido movimiento, e introdujo su mano en él. Ante la mirada atónita de sus compañeros, sacó de adentro la carta del fray Rogelio y leyó un fragmento en voz alta.

*... Si todo sale bien, nos encontraremos en dos días donde se forman los pastores...*

Se miraron en silencio por un momento. No sabían de qué hablaba, pero estaban seguros que ésa era la pista a seguir.

—Los pastores... —dijo Augusto rompiendo el silencio— no estará hablando de... ovejas... ¿no?

Los demás lo ignoraron. Pedro, sin decir nada, se volteó y comenzó a trotar en dirección al colegio; cruzó la calle esquivando un auto que estaba estacionado y entró en el recinto. El resto de los chicos se miraban sin entender.

Ninguno de los amigos que habían quedado en la plaza pronunció palabra. A los pocos minutos, Pedro salió corriendo del edificio y se dirigió hacia ellos. Era tal el apuro con el que avanzaba, que por poco no tropezó con el coche que antes había

eludido.

—Ya está —dijo agitado, cuando llegó donde estaban sus amigos.

—¿Ya está qué? —le preguntó Jorge extrañado, sin entender de qué diablos hablaba.

Pedro se agachó poniendo sus manos en sus rodillas. Todavía estaba jadeando. No le gustaba practicar ningún deporte, por lo que correr unos pocos metros lo dejaba muy extenuado.

—Le pregunté al hermano José si a ellos los llamaban pastores —dijo Pedro entrecortadamente.

El hermano José era uno de los maestrillos que había en el colegio. Los maestrillos eran los curas que todavía no se habían ordenado como sacerdotes. Cada clase o año del colegio tenía un maestrillo designado, quien aparte de impartir la educación religiosa, hacía un seguimiento personal de cada alumno, para responder a todas sus inquietudes y problemas. Éste era uno de los métodos de la Compañía de Jesús para *formar hombres para los demás*.

—¿Qué? —preguntó Augusto. Era impresionante la forma equina que tomaba su rostro cuando no entendía algo.

—Que si eran los pastores —contestó Pedro.

Lo seguían mirando. La incompreensión reinante en sus compañeros hizo que Pedro perdiera, por primera vez, la paciencia. Dio un fuerte zapatazo en el suelo e irguió su cuerpo con un enérgico movimiento. Sus amigos se sobresaltaron. Nunca lo habían visto así.

—¿No entienden? ¡Pastores les dicen a ellos, a los curas!

—Sí, ¿y? —preguntó Jorge con tono impaciente. Ya estaba cansado de que sus amigos den tantas vueltas para decir las cosas. A él le gustaba ir al punto.

Pedro cerró los ojos un instante, como para tranquilizarse. Luego, los abrió y lo miró serio. No podía creer que sus amigos todavía no entendieran lo obvio.

—Y... le pregunté dónde se formaban aquí los pastores.

Ricardo y Jorge asintieron al mismo tiempo, reconociendo la rapidez de Pedro para resolver el acertijo. Augusto seguía con la misma expresión de incertidumbre que lo caracterizaba.

—¿... Y? —volvió a preguntar Jorge, esta vez con una expresión distinta en el rostro—. ¿Qué te dijo?

Pedro sonrió y señaló hacia el norte.

—Me contestó que los pastores se forman en el Seminario de Guadalupe.

1996

Después de discutirlo un rato, decidieron que fuera Ignacio el que se quedara afuera de la habitación, patrullando los alrededores, por si aparecía alguien. El miedo que sentía el muchacho cada vez que recreaba en su mente la imagen del viejo observándolo cerca, le hacía temblar todo el cuerpo. El frío sólo empeoraba las cosas.

En la habitación, los chicos no sabían a ciencia cierta qué estaban buscando. De hecho, no sabían para qué habían ido al dormitorio del anciano. Sin embargo comenzaron a revisar todo el lugar, con la esperanza de encontrar algo que les revelara alguna pista. Necesitaban entender lo que estaba sucediendo.

Martín se encargó de escarbar en el pequeño ropero, mientras Facundo leía los títulos de los pocos libros que había en la biblioteca. No había uno solo escrito en castellano.

—Están en alemán, creo. Los libros —dijo Facundo. Pero no le prestaron atención.

Santiago estaba viendo unos diarios viejos que había bajo la mesa de luz. Separó algunas hojas y se sentó en la cama.

—Escuchen —dijo de pronto mientras sostenía un ejemplar amarillento.

*Santa Fe, 5 de noviembre de 1954*

*El Seminario de Guadalupe, hogar donde se forman los pastores de la diócesis santafesina, ha cerrado sus puertas. No se esclarecieron los motivos por los cuales se llegó a esta determinación, pero se cree que tiene relación con los extraños sucesos ocurridos la noche del pasado 2 del corriente mes.*

*Si bien tanto las autoridades eclesiásticas como policíacas no dieron explicaciones acerca de los hechos acontecidos en la mencionada jornada nocturna, se sabe por declaraciones de algunos de los vecinos del barrio, que se habría armado un gran revuelo en el Seminario. Las fuentes apuntadas dijeron escuchar gritos y extraños ruidos, que bien pudieron ser disparos de armas de fuego. También mencionaron haber visto a varios seminaristas salir corriendo muy asustados del recinto.*

*Continúa en página 7.*

Santiago buscó rápidamente la página.

—No está —dijo mientras daba vuelta las hojas, avanzando y retrocediendo por todo el diario.

—¿Qué no está? —le preguntó Facundo.

—La página siete —contestó—. Faltan páginas.



Martín le chistó a sus compañeros y éstos se dieron vuelta. Su rostro estaba pálido.

—Ya tendríamos que irnos.

—Esperá —dijo Santiago sin mirarlo—. Ya vamos.

Martín chasqueó la lengua y se agachó a inspeccionar la mesa de luz. Sus manos le temblaban más por el miedo que por el frío. Santiago tomó otro diario y comenzó a leer.

*Santa Fe, 4 de Mayo de 1986*

*El Seminario de Guadalupe busca personal para su mantenimiento permanente. Los puestos a cubrir son: Celador; Jardineros; Limpieza; Cocina. En algunos de éstos rubros se emplearán a más de una persona, debido al gran tamaño de la edificación.*

*Los interesados deberán presentarse en el mismo Seminario, a partir de mañana, de 8 a 16 hs con Documento de Identidad.*

—El viejo nostálgico guarda el recuerdo de su último trabajo —dijo burlonamente Facundo. A veces hablaba poniéndose en pose, como si hubiera alguna chica cerca para admirarlo.

—¿Para qué guardar esto como recuerdo? —preguntó Santiago frunciendo el ceño.

Martín estaba forcejeando con el cajón de la mesa de luz. Parecía estar cerrado con llave.

—Abrite —decía apretando los labios y tirando fuertemente del cajón.

Cuando los otros dos se percataron de su intento, Martín logró abrir el cajón, pero su esfuerzo hizo que se cayera sentado, ocasionando un fuerte estruendo. Ignacio entró a la habitación para ver qué ocurría.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Quieren un megáfono para que nos escuchen todos?

Martín ya se había incorporado y estaba arrodillado mirando el contenido del cajón. Sus manos comenzaron a temblar con más violencia que antes, y esta vez era obvio que el frío no era la causa.

—No puede ser...

1954

Cuando los cuatro amigos llegaron al Seminario ya estaba entrada la noche. Rodearon el edificio hasta llegar a su extremo norte, donde se encontraban los muros que los separaban del extenso parque del edificio. Ayudándose unos a otros, treparon el tapial y se introdujeron en el inmenso terreno, luego de evitar quedar enganchados en los alambres de púas. No había nadie en el parque. Estaban completamente solos. El silencio era apenas interrumpido por el sonido de algunos insectos.

Avanzaron entre los árboles con suma cautela. Al no conocer el lugar, se sentían inseguros. No sabían de dónde podría salir alguien. Recorrieron los más de cien metros que separaban el final del parque con la enorme construcción y llegaron a una puerta.

—Está cerrada —susurró Pedro mientras forcejeaba con el picaporte.

—Vamos por aquel lado —dijo Ricardo señalando a su izquierda.

Caminaron bordeando la pared, en dirección al este. Las ventanas eran altísimas y todas poseían rejas. Al final del trayecto, encontraron una que estaba entreabierta. Sus dimensiones eran menores que las de las otras y no estaba protegida por rejas. Era más parecida a una entrada de servicio, pensaron.

—Entrá —le dijo Pedro a Augusto, que estaba más cerca de la abertura.

Parecía que la mandíbula del chico iba a chocar contra el suelo.

—¿Yo? —preguntó con expresión aterrada.

—Dejá —dijo Jorge dirigiéndole una mirada impaciente.

A continuación, se zambulló dentro del recinto. Los demás lo imitaron.

Entraron a una gran cocina. No había nadie, pero la canilla estaba abierta; y una pila de platos y vasos se encontraban esperando ser lavados. Quien fuera el encargado de tal tarea, debía estar muy cerca.

Apuraron su paso hasta la salida y desembocaron en una larga galería. Tomaron dirección hacia el oeste hasta llegar al pie de una escalera de mármol. A juzgar por la vajilla sucia y el aparente horario, los seminaristas debían estar en sus piezas rezando o durmiendo, pensaron. Al lado de la escalera había una puerta que por su ubicación, dedujeron que daba al parque. Un barrote de hierro la atravesaba de lado a lado a media altura.

—Un castillo —murmuró Pedro mirando la traba—. Como en la época medieval.

Dieron la vuelta y se dirigieron al sur. No sabían dónde buscar al padre Reina. Pero estaban seguros que si los encontraban, no iban a ser bien recibidos. Se toparon con una arcada y entraron en un jardín lleno de plantas. Se pararon en el medio de éste, girando para verlo con detalle. De un lado había un aljibe; del otro, una pequeña imagen de la Virgen dentro de una gruta. Siguieron hacia el oeste, pero pronto se

encontraron con la puerta de entrada al seminario.

Volvieron rápidamente sobre sus pasos y atravesaron el jardín nuevamente. Luego tomaron otra galería que continuaba en la misma dirección. Recorrieron unos cuarenta metros y se frenaron en seco. Allí, a su izquierda, se situaba una capilla. Su puerta estaba cerrada.

Ricardo apoyó su mano en el picaporte y miró a sus amigos. Tragó saliva y abrió la puerta. En la capilla sólo había algunas velas encendidas. Adelante, en el medio del pasillo central, el padre Reina estaba arrodillado, rezándole al cuadro de la Virgen de Guadalupe de México, que se erigía por encima del altar. Cuando los oyó entrar, se volvió y se levantó.

—Los estaba esperando.

Vestido con su sotana negra, el padre Reina parecía un actor extranjero disfrazado de sacerdote. La rubia cabellera peinada prolijamente tenía el mismo tono del sol. Sus ojos hacían juego, debido a que su color se podía confundir con el del cielo despejado. Nadie sabía su edad. Y las conjeturas que se tejían estaban muy lejos de la realidad. El cura tenía un físico envidiable, producto de una continua práctica de deportes. Sobre todo el fútbol, su pasión más grande, luego de Dios.

Ahora, en el rostro del cura, los muchachos vieron angustia en extremo. El cansancio, sumado a la tensión y la culpa, se mezclaban en su cara con tal violencia, que su imagen en ese momento parecía revelar los casi cincuenta años que figuraban en su documento.

Los cuatro amigos no sabían cómo reaccionar. ¿Acaso todo esto era algún tipo de juego? ¿O se trataba de una broma pesada? Se miraban entre ellos. Lo miraban al padre Reina. No entendían absolutamente nada.

—¿Perdón? —le preguntó Jorge al sacerdote—. ¿Qué quiere decir con «los estaba esperando»?

El chico lo miraba con el ceño fruncido de una manera particular. Las cejas se le arqueaban en extremo asemejando el gesto de una caricatura. Su cabeza se inclinaba un poco hacia abajo y el mentón a la izquierda. Los ojos penetraban a su interlocutor de tal manera que parecían acechar. El padre sonrió. Su gesto era más de alivio que de alegría.

—Yo sabía que ustedes no me fallarían —les dijo.

Jorge parecía a punto de explotar. Pedro mantenía una expresión pacífica, a pesar de la situación.

Augusto estaba parado al lado de la puerta de la capilla. El cuerpo le temblaba y su rostro estaba tan estirado que parecía estar derritiéndose.

Ricardo se acercó un poco más, ubicándose delante de sus compañeros.

—Padre, me temo que no entendemos de qué habla —le dijo en el tono más calmo al que pudiera acudir en ese momento.

El cura cerró los párpados y asintió con la cabeza. Cuando los abrió nuevamente, sus ojos parecían dos faros encendidos. El brillo propio de sus órbitas era capaz de calmar a cualquier fiera.

—Está bien, entiendo. Les voy a explicar.

Los invitó a sentarse pero no se movieron. Estaban muy confundidos como para confiar en alguien. El cura entendía la reacción. Les comenzó a explicar sin más preámbulos.

—Cuando recibí la carta de mi amigo, el fray Rogelio, al otro día de ser escrita, me asusté muchísimo. No por la lanza y su supuesto poder, sino por las personas que estaban detrás de ella. Verán, todos los objetos que tuvieron que ver con la vida, y en este caso la muerte de Cristo, son tan sencillos como Él. Sólo el Señor es poderoso,

no una simple reliquia.

»Ahora, este tipo de *tesoro* se carga de misticismo cuando cae en manos de paganos que no aprecian a Dios por su bondad. Creen descubrir en estos objetos, algún poder sobrenatural que trasciende este mundo. Con este convencimiento, su inconsciencia los domina, sintiéndose capaces de cualquier cosa, guiados por el mágico poder divino de una pieza brillante.

El padre hizo una pausa esperando alguna reacción de los muchachos, pero éstos parecían de piedra. Sus ojos celestes ahora estaban más emparentados con las aguas cristalinas que con el cielo. Comenzaban a humedecerse.

—Lo primero que hice fue buscar la mitad de la lanza que estaba detrás del cuadro de Nuestra Señora de los Milagros. Cuando volví a mi despacho, me comunicaron que Rogelio se había ahorcado. No me creí que se hubiera suicidado, no él. Sabía que tenía que actuar rápido y llevarme la mitad de la reliquia de allí. No tuve el coraje de arriesgarme a despedir a mi amigo, y no sabía si los alemanes habían encontrado la otra mitad. Lo único que se me ocurrió en ese momento fue entregarles la carta a ustedes, como última esperanza.

Los chicos no lo podían creer. El riesgo al que los había sometido el padre era imperdonable. Podrían haberlos matado.

—Perdón —dijo Reina mirando al suelo—. Perdón. No debí involucrarlos. Estuve todo el día orando por ustedes, pidiendo a la Virgen que los proteja. Su misión es noble y sus almas inocentes. Sabía que todo iba a salir bien.

Los miró por un rato. Los muchachos seguían en silencio. Nadie sabía que decir. La escena parecía congelada. Ni un insecto se habría animado a volar por el aire tenso que reinó en esos poco segundos. El cura pestañeó en cámara lenta y volvió dirigirse a ellos.

—Encontraron la otra mitad, ¿no? —les preguntó.

Como si alguien hubiera accionado el botón de reproducir en un control remoto imaginario, todo lo que se encontraba en la capilla volvió a la vida. Ricardo asintió con la cabeza y avanzó hacia él, esquivando el brazo de Pedro que intentaba retenerlo. Puso el bolso de cuero en el piso y lo abrió, acuclillándose sobre él.

—No sólo la mitad de la lanza —dijo introduciendo su mano derecha en el bolso—. Sino también el clavo.

El padre, que estaba mirando el bolso, levantó su vista frunciendo el ceño. Sus arrugas estaban volviendo a desaparecer.

*¿De qué habla?*

—¿Qué clavo? —preguntó extrañado.

—Éste —dijo Ricardo sacando su mano del bolso con el clavo oxidado y poniéndolo a la altura de sus ojos y los del padre, que ahora estaba también agachado frente a él.

De pronto, el rostro del cura palideció ante la revelación del objeto del cual él no tenía conocimiento. Lo contempló durante unos segundos que parecieron horas. El

pedazo de hierro de veinte centímetros era alumbrado por los ojos atónitos del padre.

—No es posible...

Su boca no podía cerrarse. La revelación material de semejante objeto ligado directamente a los comienzos del cristianismo, era demasiado, incluso para él.

—Sí lo es —interrumpió Jorge acercándose a los dos—. Es uno de los clavos de la crucifixión.

El tono de reproche del muchacho revelaba su sensación de haber sido traicionado. Para él, el padre Reina los había usado.

—¿Pero cómo...? —comenzó a indagar el cura.

—No importa cómo —lo interrumpió Jorge—. Lo que importa es que usted nos utilizó para llegar a estos objetos malditos. El padre Reina tragó saliva y se llevó una mano al pecho.

—Jorge, no blasfemes por favor. Estos objetos no son...

—¡Sí que lo son! —el adolescente estaba gritando. Su rostro tenía el tono de un hierro candente—. ¡Son malditos! ¡Y usted también!

Ricardo levantó la palma de su mano dirigiéndose a su encolerizado amigo. Sabía que no iba a ser fácil calmar a Jorge.

—Jorge, pará por favor.

—¡Callate! ¿No ves lo que hizo? Nosotros le resolvimos la estúpida búsqueda del tesoro arriesgando nuestras vidas mientras él rezaba —sentenció Jorge, mientras señalaba al padre Reina con su dedo índice acusador.

Ahora el rostro del padre reflejaba tristeza. Era obvio que se había equivocado.

—Gracias por rezar por nosotros, padre —concluyó Jorge con el sarcasmo a flor de piel.

El cura titubeó unos segundos.

—Yo...

En ese momento, el padre Reina fue interrumpido por un ruido que los sobresaltó a todos. La puerta se abrió, y tres hombres vestidos con sotana entraron rápidamente cerrando tras de sí. El primero, un hombre de baja estatura y un feo rostro flanqueado por dos orejas salidas, empuñaba una pistola dirigiéndose hacia donde estaban Ricardo y el cura. Detrás de él, un extranjero con un peinado extremadamente prolijo, apuntaba a Jorge y a Pedro. Este último seguía con la misma expresión pétrea que tenía desde que había entrado a la capilla. El tercer hombre, bastante más alto que sus compañeros, tenía el pelo totalmente blanco. Sus ojos azules transmitían el frío extremo del interior de un glaciar. Había tomado desde atrás a Augusto, apoyando el filo de un cuchillo sobre su garganta. En la empuñadura del arma blanca se leían dos letras angulosas y grabadas en relieve: SS.

En el mismo instante en que los falsos curas entraron en la capilla, Ricardo había dejado caer el clavo dentro del bolso. Jorge movía su cabeza de un lado para el otro sin saber qué hacer. Pedro estaba quieto, como resignándose a lo que decidiera el destino. Ricardo sostenía el bolso con la mano derecha y el padre Reina se había puesto delante de él. Augusto estaba sollozando y las lágrimas comenzaron a recorrerle las mejillas, mientras la hoja del cuchillo apretaba su cuello.

—Dame el bolso, mocoso —le dijo Jerez a Ricardo sin dejar de apuntarle. Su rostro se le antojó monstruoso al chico.

El padre Reina dio un paso al frente como para cubrir a su alumno. Después de lo que había hecho al poner en tal riesgo a los muchachos, no iba a permitir que salieran lastimados.

—La Lanza no está completa. Lo que hay en el bolso no les servirá de nada —le dijo Reina al alemán, intentando disuadirlo de alejarse de sus alumnos.

—Cállate, cura estúpido —le espetó Clemente—. O le das el bolso o esta ratita se muere.

Un hilillo de sangre se podía ver en el pescuezo de Augusto. El alemán estaba apretando la hoja del cuchillo, mientras mostraba sus dientes. La cara de terror del chico terminó por convencer a su amigo. *El animal ya tenía una presa.*

Ricardo dejó el bolso en el suelo y dio un paso atrás, tirando de la sotana del padre para que éste hiciera lo mismo. Reina no se movió. No se acobardaría ante el mal. Dios estaba de su lado. Jerez se adelantó y le apuntó al cura, mientras Borgia hacía lo mismo con Pedro y Jorge.

—Ahora, —dijo Jerez— el curita valiente me va a decir dónde está la otra mitad de la reliquia.

—No la encontrarán —dijo el padre con la voz firme. Sus ojos revelaban absoluta confianza.

Jerez dudó un momento. No esperaba una reacción de coraje de parte del sacerdote. Luego de clavarle sus negros ojos, las comisuras de sus labios se estiraron, dándole forma a su particular mueca. Se encogió de hombros y le disparó sin más en el abdomen. El estruendo ensordecedor que produjo el arma en la capilla, rompió con el silencio que hasta ese momento reinaba en el Seminario.

—¡No! —gritó Ricardo.

El padre Reina cayó hacia atrás y Ricardo se arrodilló a su lado. Augusto lloraba cada vez más fuerte, sin poder contenerse, a pesar del ahogo que le producía la filosa hoja en su garganta. Pedro parecía aturdido, no despertaba de su letargo. Jorge tenía una mezcla de miedo y furia. Apretaba los dientes mientras las lágrimas emanaban de sus ojos.

—El cuadro —le dijo de pronto Jerez a Borgia—. Sepáralo de la pared.

Borgia se dirigió hacia el altar, lo rodeó y tomó un banco que había a un par de

metros a la derecha. Se subió a él y sacó con esfuerzo el cuadro de la Virgen de Guadalupe. No había nada. Sólo la pared. Ningún hueco en ella.

—Maldito... —dijo Jerez.

Se acercó más y apoyó el caño de la pistola en la sien de Ricardo. Éste sintió el frío del metal.

—Si no me dices dónde está, lo mataré —le dijo Jerez al padre Reina.

El sacerdote clavó su vista en Ricardo. Seguía pidiéndole perdón con la mirada. Con su mano apretaba la zona donde había entrado la bala. El chico también tenía sus manos en el abdomen del cura.

—Está... en el sagrario —dijo al fin.

Estaba perdiendo mucha sangre y le costaba respirar. Ricardo se miró las manos y se espantó; las tenía teñidas de rojo.

Jerez se separó un poco de ellos y le hizo una seña con la cabeza a Borgia. El sagrario de la capilla era de mármol y piedra, y se ubicaba a la derecha del altar. Borgia dio unos pasos y llegó hasta donde se ubicaba el refugio de las ostias consagradas.

En el momento en que Borgia se aprestaba a abrir el sagrario, el Padre Reina tiró de la camisa de Ricardo para acercarlo a él. Sus ojos se estaban apagando.

—La inmaculada sin nombre —le susurró.

Sólo Ricardo lo escuchó. Sus palabras se grabaron en su mente como una frase escrita en mármol. Aunque no entendió qué era lo que le había querido decir.

*¿La Inmaculada sin nombre? ¿Qué diablos quiere decir? ¿Se está muriendo, por Dios!*

Borgia miró dentro del sagrario y sacó un cáliz con ostias consagradas; todo lo que había. Jerez estaba estupefacto. Sus ojos despedían una ira tan grande que parecía tener el poder de matar a alguien con sólo mirarlo. Al darse cuenta de la mentira, Clemente soltó un grito y le hizo un corte en la garganta a Augusto, de lado a lado. El chico cayó tratando de respirar mientras la sangre le emanaba a borbotones por el cuello. La escena era terrorífica.

—¡Augusto! —gritó Pedro y se agachó junto a él. Le levantó la cabeza sin saber qué hacer, desesperado. Augusto se llevó las dos manos a la garganta y miró por última vez a su amigo, con los ojos abiertos de par en par.

Cuando Jerez se había dado vuelta para contemplar la escena, Ricardo sujetó con fuerza el bolso y se lo revoleó, pegándole con violencia en el rostro. El sonido que provocó el golpe, le indicó a Ricardo que la mitad de la lanza le había jugado a su favor. Jerez cayó inconsciente, soltando la pistola que se perdió entre los bancos.

Casi en simultáneo con esta acción, Jorge se abalanzaba sobre Clemente, quitándole el cuchillo. Lo tiró al suelo y se subió sobre él, asestándole un fuerte golpe de puño en la cara; inmediatamente, y sin pensarlo, tomó fuertemente el cuchillo por la empuñadura, y se lo clavó en el medio del tórax. El rostro del alemán rebalsaba de odio, pero ya no podía hacer nada. La hoja afilada lo penetró por el medio del



corazón. Jorge asía con fuerza el mango del arma y se rehusaba a soltarlo.

Borgia, que estaba paralizado por la reacción de los muchachos, caminó unos pasos en dirección a Jorge y le dio dos disparos en la espalda, matándolo en el acto. Luego se dirigió a Pedro, que estaba llorando junto a Augusto, y le asestó un tiro en la cabeza.

Mientras esto ocurría, Ricardo salió corriendo de la capilla con el bolso aferrado a su mano. Borgia tardó en percatarse de que el chico había huido con la reliquia. Se acercó al padre que lo miraba con cierto aire de paz en los ojos. Esto enfureció aún más a Borgia, que sin pensarlo, levantó el arma y le disparó en el medio de la frente. Reina murió.

—¡Malditos todos! —gritó Borgia. Salió de la capilla y se aprestó a perseguir a Ricardo.

El corazón de Ricardo latía con tal fuerza y velocidad que creyó que se le saldría del pecho. Los sentimientos se le entremezclaban con gran rapidez. El miedo lo dominaba, pero también sentía una gran ira. Era la primera vez que realmente quería matar a alguien. Sin embargo, era muy consciente de la desventaja en la que se encontraba.

Corría rápidamente sujetando el bolso de cuero que contenía el tesoro sagrado, junto con la carta y las notas, recuperadas durante la increíble aventura que había experimentado en un solo día. Tenía que salir de allí, sino quería terminar como sus amigos y el padre Reina.

*Mis amigos... el padre... muertos.*

Lloraba en silencio mientras corría. Cuando estaba llegando a la puerta que daba al parque, un seminarista que bajaba por la escalera de mármol lo interceptó. Aparentemente, los ruidos de los disparos, sumados a los gritos, lo habían despertado de su rezo nocturno.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Quién sos?

El muchacho aún vestía su camisa negra con la tirilla. Era muy alto y estaba bien peinado. Ricardo estaba muy agitado. La expresión de su rostro hubiera asustado a cualquiera.

A pesar de la urgencia, su cabeza funcionaba rápidamente. En un fugaz raptó de inspiración, decidió seguir con la tradición que había comenzado dos días antes el fray Rogelio.

—¿Cómo te llamás? —le preguntó al joven seminarista.

El muchacho lo miró extrañado. Ante la imagen de un adolescente corriendo dentro del Seminario a la noche, luego de haber escuchado gritos y ruidos raros, lo que menos se esperaba el seminarista era que le preguntaran cómo se llamaba.

—¿Qué? —preguntó frunciendo el ceño.

—Tu nombre. ¿Cómo es tu nombre? —Ricardo estaba desesperado. Sabía que su fin se acercaría si no se movía rápidamente de ahí.

El joven seminarista se dio cuenta que el chico estaba en problemas, pero no podía entender absolutamente nada de lo que estaba ocurriendo.

*Parece estar en serios problemas.*

—Me llamo Edgardo... pero...

Ricardo lo tomó del brazo y subió unos escalones con él. El alemán no tardaría en encontrarlo. Clavó sus ojos grises en los marrones de Edgardo.

—Escuchame bien —le dijo—. Agarrá este bolso.

Le extendió el extremo del bolso. El joven lo miraba. Pero sus manos seguían a sus lados. No podía imaginar un escenario más extraño.

—Agarralo —le repitió el adolescente con desesperación.

Ahora Ricardo estaba apretando el bolso contra el abdomen del muchacho,

obligando al seminarista a tomarlo.

Edgardo lo sujetó finalmente. Se notaba en su expresión que no entendía absolutamente nada. Pero Ricardo sabía que en ese momento no tenía otra opción.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

—Tenés que esconderte —se apresuró a decirle Ricardo—. Que nadie sepa que te di eso. Cuando leas lo que hay adentro vas a saber qué hacer.

El chico hablaba mientras lloraba. Ya no podía contener sus lágrimas.

—Pero... —comenzó a decir el seminarista.

Ricardo bajó las escaleras de tres saltos y sacó la barra de hierro de la puerta que daba al terreno arbolado.

—Escondete —le dijo nuevamente mirándolo a los ojos, con la voz ahogada—. Ahora. Y no le digas nada a nadie; por tu vida.

Acto seguido, abrió la puerta y echó a correr por el parque oscuro. A unos treinta metros, al lado de los baños, Borgia lo vio. Sin perder el tiempo corrió tras él disparando el arma en su dirección. A esa altura ya había no menos de veinte seminaristas y algunos sacerdotes en la capilla y las galerías.

Ricardo corría entre los árboles, utilizándolos como escudo para las balas que le disparaba el alemán. De esa manera iba haciendo un zig-zag por el pequeño bosque. La irregularidad del suelo sumada a las raíces de los árboles que sobresalían, hacían que Ricardo se tropezara seguido. Pensó en que si se caía, estaba muerto. Un par de disparos impactaron en los troncos, haciendo que el chico bajara la cabeza. Borgia estaba más cerca. Cuando llegó al final de los árboles, comprendió que todavía faltaban más de veinte metros llanos para alcanzar el muro. Era correr a campo traviesa. No había forma de escudarse. Miró al cielo y le rogó a Dios. Comenzó a correr nuevamente, tan rápido como sus piernas lo permitían. Su verdugo lo imitó, pero su suerte no fue la misma.

El alemán profirió una exclamación al tropezar con la raíz de uno de los árboles. Cayó pesadamente hacia un costado. Su cabeza fue directo a una piedra con punta que le golpeó de lleno en la sien. Su cuerpo quedó flácido en el acto. No se movió. La muerte fue instantánea.

Ricardo escuchó el sordo ruido que hizo la cabeza del alemán contra la roca, y le agradeció al cielo por sus urgentes plegarias escuchadas. No había más disparos. Pero él no dejó de correr. No sabía que el falso cura estaba muerto. *Debe haberse desmayado.*

Alcanzó el tapial, lo trepó de un salto y se agarró con fuerza de los alambres de púas. Su sangre comenzó a mezclarse con la del padre Reina y recordó lo que acababa de ocurrir hacía apenas unos minutos.

*Esto no es nada. Un rasguño.*

Corrió como nunca lo había hecho. No tenía idea de adónde iba. Se perdió en la noche, deseando despertar de la pesadilla.

Mientras, en el Seminario se habían encendido todas las luces, y los murmullos

comenzaban a sonar cada vez más fuertes. En el parque había un sacerdote muerto, y en la capilla, otros dos junto a tres adolescentes. Al tercer cura que yacía en el santuario le costaba respirar. Todavía estaba inconsciente. En su cara había un profundo corte.

1996

Ignacio seguía parado en el umbral de la puerta de la habitación del viejo celador. Estaba observando a su amigo que se encontraba arrodillado frente al cajón abierto de la mesa de luz. Facundo y Santiago se acercaron a Martín en simultáneo.

—¿Qué es esto? —preguntó sin animarse a meter la mano. Facundo se asomó.

—Una pistola.

En el cajón reposaba una vieja pistola negra junto a unas balas sueltas.

—No —dijo Martín y sacó un pedazo de tela que había debajo del arma—. Esto.

Santiago vio lo que Martín tenía en la mano y retrocedió hasta caer sentado en la cama.

—Dios...

Martín sostenía con dos dedos el trozo de tela que había horrorizado a su amigo. Todos lo observaban incrédulos. Era un brazalete rojo, con un símbolo negro sobre un círculo blanco: la esvástica.

Facundo se golpeó la rodilla, en un gesto de fastidio.

—Nazi —dijo—. El maldito es nazi.

—¿Será...? —preguntó a medias Santiago.

De vez en cuando se suscitaban hechos neonazis en la ciudad, así como en el país y en el mundo. Pintadas de esvásticas, *grafittis* racistas y profanaciones de tumbas judías. Pero la avanzada edad del celador, sumada a los libros en alemán, les decía que el viejo, más que un neonazi, podría haber sido un actor directo en el horror causado por el partido nacionalsocialista alemán.

—¿Cuántos años tendrá el viejo? —preguntó Martín.

—Muchos —contestó Ignacio.

De pronto, Santiago se levantó y sacó de su bolsillo las hojas manuscritas del padre Marcos. Las desdobló y leyó rápidamente. La ráfaga de aire helada que entraba por la puerta abierta los estaba haciendo tiritar.

Santiago chasqueó sus dedos y señaló un punto en las hojas que sostenía.

—Hitler tuvo la lanza —dijo.

Todos lo miraron. En ese momento no sabían de qué diablos estaba hablando.

—¿Qué? —preguntó Facundo—. ¿Qué lanza?

Estaban demasiado aturdidos como para pensar. El hallazgo macabro que acaban de realizar no les permitía concentrarse en otro tema. Se habían olvidado de las hojas manuscritas con la historia de la lanza, que los habían llevado a husmear por el Seminario.

—La lanza de Longinos. La Santa Lanza. Santiago le mostró los papeles.

Facundo asintió lentamente.

—¿Creés que el viejo tenga algo que ver con esto de la lanza?

—No sé —dijo Santiago—. Pero acá hay un par de relaciones.

Se volvió a sentar en la cama y dejó los papeles a un lado. Cada tanto se frotaba las manos intensamente para darles un poco de calor. Luego de una pausa necesaria para ordenar sus pensamientos, habló a sus amigos.

—Escuchen. El padre Marcos parece estar estudiando esta lanza, a juzgar por los papeles. Ahora encontramos pruebas de que el viejo celador está relacionado con los nazis, quienes a su vez, poseían la lanza durante la Segunda Guerra.

Los tres amigos de Santiago lo miraban atentamente. La relación que había hecho entre el padre Marcos, el viejo celador y la lanza de los papeles demostraba su rapidez mental.

—El comportamiento del viejo hace un rato era bastante extraño, sin dudas. Parecía estar buscando algo, ¿se acuerdan? Ni hablar de la actuación del padre Marcos —continuó explicando Santiago a sus compañeros.

Ignacio se acercó a su amigo y se puso de cuclillas frente a él, tomando aire para efectuar la pregunta que todos querían hacer, y nadie se animaba a responder.

—¿Vos estás diciendo que esa lanza está acá?

—No lo sé. Pensándolo bien, es una locura. Todo —sentenció Santiago, evadiendo una posibilidad muy real.

Facundo se acercó a la puerta y se dirigió a sus compañeros. Parecía estar presumiendo con su pose erguida.

—Sí, es verdad. Todo esto parece una locura. Pensar que la lanza que atravesó a Jesús cuando lo crucificaron todavía exista, y que encima esté en la Argentina; y no sólo eso, sino que esté en Santa Fe, es sin lugar a dudas una locura.

Martín asintió como aliviado. A esa altura, hubiera querido estar en su casa, durmiendo tranquilo en su cama caliente.

—Sí, nada de esto puede ser real. Vámonos, dejemos de meternos en... —comenzó a decir Martín en un intento fallido de persuasión.

Pero Facundo lo interrumpió mostrándole la palma de su mano abierta. Una sonrisa se podía ver en su rostro.

—Ahora, —dijo— el brazaletes me parece real a mí. Al igual que la pistola. Y el viejo parece lo suficientemente viejo como para ser un nazi con conocimiento de causa.

—¿Entonces? —preguntó Martín volviendo a su anterior expresión de temor. Por un momento había pensado que la aventura estaba llegando a su final. No podría haber estado más equivocado.

Facundo abrió la puerta. Por fin había encontrado lo que buscaba en el retiro. Una buena aventura, y una mejor historia. Seguramente no había esperado toparse con algo de tal magnitud.

Entonces, amigos, vamos a buscar al Padre Marcos para que nos explique qué pasa. Y tratemos de no cruzarnos con ese viejo loco.

Ignacio, que estaba a su lado, le tomó el brazo.

—¿No creés que deberíamos llevar eso? —le preguntó señalando la pistola.

Facundo lo observó con sus ojos bien abiertos y las cejas arqueadas.

—¿Estás loco? Lo más probable es que nos matemos entre nosotros. Dejé la pistola ahí nomás. Vamos.

Los cuatro chicos salieron mirando en todas direcciones para ver si alguien se acercaba. Caminaron rápidamente hacia el oeste nuevamente, con la intención de subir a la habitación del padre Marcos. Cuando llegaron a los baños, y antes de alcanzar la escalera del lado sur, el resplandor de la lámpara del viejo volvió a llamar su atención.

Se asomaron otra vez por la misma pared en la que habían estado un rato antes y contemplaron una escena que los sobresaltó.

Arrodillado al pie de la estatuilla de la Virgen que estaba en la gruta, estaba el padre Marcos. Parado, a sólo unos pasos de distancia, el viejo celador le apuntaba con un arma de fuego directamente al pecho. En su sonrisa macabra se podía distinguir un notorio espacio entre los dientes frontales superiores. La lámpara del anciano estaba en el piso. Las largas sombras del cura y el celador le daban forma a una lúgubre escenografía. Facundo tomó a Ignacio por sus ropas y le susurró:

—Andá a buscar la pistola, rápido.

Ignacio no parecía capaz de pronunciar palabra alguna. El sobresalto que le provocó la escena, lo había paralizado por completo.

—P-p-pero... —alcanzó a tartamudear éste.

El miedo extremo se reflejó en todo su rostro. El cuerpo no le respondía y el mandato de su amigo le pareció imposible de cumplir en ese momento.

—Andá —le volvió a decir Facundo dándole un empujón.

Finalmente, Ignacio echó a correr hacia la habitación del viejo, mientras sus tres amigos seguían mirando hacia el jardín, ocultos detrás de la pared.

1954

El fuerte olor a hospital lo había despertado. Aunque él no sabía bien dónde se encontraba. Estaba muy mareado y su dolor de cabeza aumentaba a gran velocidad. Las luces lo confundían aún más y no podía enfocar la vista. Sentía la aguja en el brazo. Le costaba mucho pensar, pero estaba seguro de que lo habían drogado.

Jerez intentaba recordar lo que había ocurrido en las últimas horas. Algunos *flashes* se le presentaban fugazmente, como fragmentos muy cortos de una película. Estaba sudando. El costado izquierdo de su cara le latía. Un fuego abrasador parecía desprenderse de la herida cubierta con gasas.

Con su vista defectuosa, alcanzó a divisar una figura a su lado. No podía reconocer su cara con detalle. Todo lo que intentaba mirar daba vueltas. Sólo podía ver que vestía de negro. Parecía estar rezando junto a él.

Ahora Jerez se sentía hablando. No coordinaba bien entre sus pensamientos y las palabras que salían de su boca.

Aunque intentaba concentrarse, no podía controlar lo que decía. Cada frase venía acompañada de una imagen posterior en su mente.

*La capilla. Los muchachos. El cura. Engaño. Disparos. Huidas.*

No tenía noción del tiempo. Pero ya no hablaba más. Su acompañante se había alejado. Ya no identificaba su figura. Jerez comenzaba a sentir un cierto alivio. Los efectos de las drogas se estaban diluyendo. Ahora podía pensar con un poco más de claridad. Ahora se acordaba de lo que había ocurrido en el Seminario.

Todavía no tenía fuerzas para levantarse. Su vista no enfocaba bien aún. El olor a hospital lo repugnaba. Quería salir de allí. Intentó moverse, pero la punzada que sintió en el costado de su rostro lo hizo apoyar con resignación su cabeza en la almohada.

Luego de un rato, Jerez sintió un ruido. Se volteó y volvió a percibir a la figura vestida de negro. Cuando la persona se acercó a él, el alemán intentó identificarlo, pero sin éxito. Sólo pudo ver que se trataba de un hombre apuesto, que al sonreír revelaba un espacio entre sus dientes frontales superiores.

Jerez estaba intentando descifrar la identidad del familiar rostro. Pero el tiempo no le alcanzó. Lo último que vio el alemán, fue al misterioso hombre tomando una almohada que apretó fuertemente sobre su incendiado rostro. Luego, oscuridad.

Afuera de la sala de cuidados intensivos del hospital, dos policías saludaban al sacerdote enviado por el arzobispo, para reconocer al cura herido en el confuso episodio del Seminario.



1996

El anciano Gregor Helmur empuñaba su pistola con pulso firme. A pesar de sus ochenta y cinco años, mantenía un vigor sorprendente. La creciente obsesión por la lanza durante el tiempo transcurrido lo había poseído.

Sabía que alguien iba a volver. La reliquia tenía mucho poder como para ser abandonada.

El padre Marcos lo escudriñaba con sus ojos grises. Era como si sus pesadillas se hubieran hecho carne. Otra vez.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Yo soy el que fue traicionado. Por suerte —sentenció profiriendo una mórbida risa.

—¿Traicionado? ¿De qué habla?

No entendía. ¿Quién era este anciano que le apuntaba? ¿Por qué sabía de la Lanza? Intentó mantener la calma, mientras buscaba en su mente alguna conexión que le aclarara ese repentino e inesperado episodio.

—¿Traicionado por quién? —preguntó tratando de aparentar algo de tranquilidad.

—¿Por quién? Por los tres estúpidos que hace cuarenta y dos años no le pudieron quitar un dulce a unos chiquillos.

En los ojos de Helmur parecía arder el fuego del mismo infierno. Tantos años esperando materializar su venganza, sólo hacían que la satisfacción fuera más grande. Lo estaba disfrutando más de lo que había imaginado.

El padre no daba créditos a lo que escuchaban sus oídos. La explicación del anciano se le antojaba imposible de creer. ¿Otro nazi, después de tanto tiempo?

—Creí que estaban todos muertos —dijo convencido, sin necesidad de aclarar la procedencia del viejo.

Una risa perversa se apoderó de Helmur. Su rostro estaba transformado. Una imagen siniestra invadía todo su ser. La escena se teñía de terror con la luz de la lámpara que alumbraba desde el suelo.

—Lo están —contestó finalmente el anciano alemán—. Cuando llegué a esta ciudad, ya era tarde. Mis queridos compañeros no me habían dicho nada. Ni a mí, ni al otro pobre diablo que nunca se enteró. Supe que dos de ellos habían muerto y el tercero estaba en el hospital, víctima de un golpe en la cara con un elemento filoso.

El padre Marcos pareció asombrarse tras esa declaración. Tragó saliva sin perder contacto con los ojos de Helmur.

—Tenía un corte en el costado izquierdo de su rostro, desde el mentón hasta la oreja —continuó el anciano—. Lo visité y me contó como pudo lo sucedido. No sin antes haberlo drogado un poco.

El viejo volvió a sonreír antes de continuar su relato. Sin dudas, estaba orgulloso del plan que había llevado a cabo a través de los años. Después de todo, estaba a punto de lograr el éxito.

—Me dijo que uno de los mocosos se había escapado con la mitad de la reliquia. Pero que la otra tenía que estar aquí. Nadie la había encontrado. Estaba seguro que en algún momento, alguien iba a venir por ella. Y tal vez, trajera la otra parte de la lanza.

El celador sonrió nuevamente, esta vez con más maldad. Parecía estar recordando un particular suceso del pasado. El padre Marcos, anticipándose al final del relato, creyó ver a la mismísima muerte en los ojos del viejo nazi.

—Después lo asfixié con su almohada, por supuesto. Se la debía al muy maldito —ahora la sonrisa del viejo celador se había transformado en una mueca de odio.

El cura dio vuelta sus manos, con sus palmas apuntando al cielo.

—Yo no tengo nada —dijo.

—¡Mentira! —replicó Helmur con un marcado acento alemán—. Ya nos ocuparemos de eso.

Dio dos pasos adelante y lo apremió con el arma. La determinación en los ojos del anciano lo hacía parecer mucho más joven. De hecho, el alemán se sentía mucho más joven. Estaba recuperando el tiempo perdido.

—Ahora, encuentra para mí lo que has venido a buscar. El cura vaciló un momento.

—No sé de lo que está hablando.

No podía mentirse ni a sí mismo, y lo sabía. Pensó que el instinto lo había hecho reaccionar de manera estúpida. El viejo soltó una carcajada.

—¿Acaso crees que soy estúpido? Te estaba observando; vi como metías tus manos detrás de esa estatuilla. Yo estaba tras las columnas.

El sacerdote palideció al instante. A pesar de haber planeado sus movimientos con extrema exactitud, ahora se veía apremiado por un problema que jamás había considerado.

—Vamos —lo amenazó Helmur—. Haz lo que te digo si no quieres morir.

Marcos agachó la cabeza y se dio vuelta. Metió su mano por detrás de la imagen de la Virgen y sacó una piedra lisa del tamaño de un plato. En ese momento, Ignacio llegó adonde sus amigos con la pistola en la mano y se la entregó a Facundo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Martín tartamudeando, sin dejar de mirar el arma.

—Esperemos a ver qué saca —contestó Facundo—. Después lo sorprendemos.

—Pero... —susurró Santiago.

—Así está más desprevenido —lo interrumpió Facundo.

Después de escarbar, el padre Marcos frunció el ceño y retiró su mano con un trozo de papel en ella.

—¿Qué diablos es eso? —le preguntó Helmur mientras la sonrisa se le borraba por completo del rostro.

—Una nota —contestó el cura mirando el papel con expresión escéptica—. Otra nota.

A pesar de la situación, el padre Marcos no podía creer la escena. Ahí estaba él, en el lugar donde debía estar la mitad de la lanza; siendo amenazado de muerte por un viejo nazi desquiciado. Y encontraba un trozo de papel con una nota. Se le antojó una broma de pésimo gusto.

—Léela —le espetó Helmur con los ojos encendidos.

El padre Marcos levantó la vista hacia el viejo celador. No tenía opción. El juego había terminado. Pero no sólo para él.

*La Santa Lanza que atravesó el costado de Jesucristo, estará por siempre protegida por Nuestra Patrona de América, guardiana de las reliquias de Su Hijo.*

Una expresión de odio se dibujó en la cara del anciano. Su figura se transformó de tal manera, que el diablo pareció poseerlo en ese instante; en carne y hueso.

—¿Quién diablos es la patrona de América? —preguntó al cura con el dedo presionando cada vez más el gatillo.

—La Virgen de Guadalupe de México —murmuró el padre Marcos mirando al suelo con los ojos bien abiertos.

El viejo celador mostró todos sus dientes, como un animal rabioso a punto de atacar.

—¡No! Maldición... ¡Malditos curas estúpidos!

En el momento en que Helmur apuntaba a la cabeza del cura, Facundo salió de atrás de la pared, sosteniendo como podía la pistola que el celador guardaba en el cajón de su dormitorio.

—¡No! —gritó. Le era imposible articular palabra. Sólo atinó a apuntar como podía, con su pulso temblando como nunca.

Pero en ese instante, al ver al chico, el anciano soltó un alarido desgarrador, introduciendo el caño del arma que empuñaba en su boca, para efectuar un solo disparo. Su cabeza quedó destrozada por el impacto.

Facundo dejó caer la pistola y se quedó estupefacto. Sus tres amigos se habían dado vuelta para no ver la espantosa escena. El padre Marcos corrió hasta ellos y los alejó del lugar.

El jardinero del Seminario estaba visiblemente confundido. No podía dejar de mirar la destrozada cabeza del celador. Mientras esperaba a la policía para que tomaran cartas en el suicidio del viejo, los demás chicos estaban siendo evacuados del lugar por el cocinero.

El padre Marcos se encerró en la capilla con los cuatro alumnos que acababan de ser testigos del macabro episodio. Los chicos estaban sentados en el primer banco, uno al lado del otro. El cura se paró delante de ellos y comenzó a explicarles su historia.

Luego de contarles lo que había pasado en 1954 resumidamente, se sentó en el escalón que estaba a los pies del altar.

—Mi verdadero nombre es Ricardo. Ricardo Aguirre. Yo soy el chico que huyó de aquí ese día. O por lo menos en ese momento lo era...

»Después de lo acontecido esa noche, decidí irme lejos, muy lejos. Mis padres tenían una posición económica muy buena, por lo que no pusieron objeción cuando les dije que quería buscar mi destino en Europa.

»Me fui a España y allí cambié mi nombre por el de Marcos Iturria. Luego de un año de recorrer el país, decidí ingresar en la orden de la Compañía de Jesús. Sentía que realmente era mi vocación, pero también era una forma de escaparle a mis tormentos.

»Juré que iba a olvidarme de la lanza y lo acontecido aquí. Pero por más que quería, no lo lograba. Soñaba con esa noche y mis amigos muertos. Mis tres amigos; y el padre Reina. Concluí que Dios había querido que yo me salvara para unirme a Él en el servicio. Y así lo hice.

»Pasé muchos años misionando por Europa, luego de ordenarme. Y no había pensado en regresar a mi ciudad. Temía que al hacerlo, me volviera a obsesionar con la lanza; sobre todo con la mitad que no habíamos encontrado en el Seminario.

»Aunque lo intentaba, no podía reprimir las palabras del padre Reina en mi cabeza: *La Inmaculada sin nombre*. Pero no me esforzaba por entenderlo. Ahuyentaba el pensamiento como si fuera un insecto molesto.

»Hace poco más de un año, acudí al médico por unos fuertes dolores de cabeza que, hasta en una oportunidad, me habían producido un desmayo. Me diagnosticaron una enfermedad terminal, causada por un tumor en mi cerebro.

»La operación era muy riesgosa y el tratamiento agresivo. No sabían cuánto me quedaba de vida concretamente, pero me dijeron que no más de un año, o año y medio, como mucho. La única forma de retrasar un poco el desenlace y evitar que mi cabeza se deteriorara, era pensar y hablar mucho. Mantenerla trabajando.

»Así fue como los pensamientos sobre la lanza volvieron a mí. Primero, eran sólo algunos momentos en el día. Pero luego se fue intensificando, hasta convertirse en una obsesión. Hasta que una noche, una visión se me presentó tan clara; *una*

*revelación*, pensé.

»Estando sentado en mi escritorio, las palabras del padre Reina volvieron a mi mente: *La Inmaculada sin nombre*. Siempre había sabido que la Inmaculada era la Virgen, pero no podía entender qué quería decir con eso de *sin nombre*.

»De pronto se apareció en mi cabeza la imagen de la Virgen que estaba en la gruta, aquí en el Seminario. Siempre había creído que se trataba de la Virgen de Lourdes, por estar en una gruta; pero al pensarlo mejor había algunas contradicciones en esa conclusión.

»Esta Virgen no tenía velo y el manto no se parecía al de la de Lourdes. Tampoco tenía rosas color oro en los pies, ni un rosario colgando de sus manos, como en la aparición a Santa Bernardita.

»Concluí, luego de estudiar otras imágenes de la Inmaculada, que la pequeña estatuilla de la Virgen dentro de una gruta, en el Seminario, no poseía advocación alguna. Es decir, era simplemente la Inmaculada Concepción. No tenía título porque no era una imagen que se hubiera aparecido en un determinado lugar. Era *la Inmaculada sin nombre*.

»Ante ese descubrimiento, la obsesión volvió a mí. Estudié la historia y el recorrido de la Santa Lanza y pedí que me trasladaran a Santa Fe, al colegio; *mi colegio*. Una vez estando allí, sabía que podría convencer a las autoridades de volver al Seminario, para utilizarlo como casa de retiros. Era la mejor forma de volver a entrar y encontrar la mitad de la lanza.

»No pensé mucho en las otras partes de la lanza, porque sabía que iban a ser muy difíciles de localizar. Sólo valía la pena intentar recuperar lo que había quedado aquí esa noche. Por el poco tiempo de vida que me quedaba, y como homenaje a mis amigos.

»Lo que seguro no sabía, es que había más nazis implicados. Creí que ya estaban todos muertos.

Los chicos lo miraban con compasión. Ahí estaba el hombre que habían conocido hacía menos de un año y que muy pronto iba a morir. Un hombre que había sufrido la dolorosa pérdida de sus amigos. Un hombre que buscaba acallar sus demonios, concluyendo lo inconcluso. Un hombre que quería homenajear a sus difuntos compañeros, antes de reunirse con ellos.

Marcos permaneció un buen rato con su mirada perdida en el suelo. No se atrevía a mirar a los alumnos a los ojos. Sentía vergüenza por haberlos puesto en peligro. Luego de juntar fuerzas, levantó su vista para continuar hablando.

—Lo último que quiero decirles, es que traten de olvidarse de todo esto. Ya vieron lo peligroso que puede ser embarcarse en este tipo de aventuras. La obsesión lo envuelve a uno de tal manera que termina por asfixiarlo.

»Les pido que hagamos un pacto de silencio para que esto quede entre nosotros. Nadie tiene por qué saber de la lanza. Lo importante, en todo caso, es que está bien custodiada, muy lejos de aquí.

Miró al cielo y suspiró.

—La misión del fray Rogelio y el padre Reina se cumplió al fin —murmuró.

El Padre se levantó y se acercó a los chicos. Extendió su mano derecha cerca de ellos, con la palma abierta hacia abajo.

—¿Podemos? —preguntó.

Por un momento, los chicos sólo lo miraron. El primero en acompañar su movimiento fue Santiago. Luego, Facundo apoyó su mano. Después Ignacio y por último Martín.

Así sellaron el pacto de silencio, y prometieron que no se hablaría más de la Santa Lanza de Longinos.

*Noviembre 1996*

El período escolar llegaba a su fin, y la mayoría de los alumnos se mostraban con júbilo por el inminente arribo de las vacaciones. En uno de los patios del colegio deambulaban muchos de los adolescentes que culminaban el año. Cuatro de ellos estaban sentados a la sombra del gran lapacho blanco, que contaba con más de un siglo de vida.

No hablaban mucho. La ausencia del padre Marcos desde hacía un mes los tenía angustiados. El sacerdote estaba muy enfermo. Según los demás curas y algunos maestros, el padre se recuperaría de un momento a otro. Los cuatro amigos sabían que no era así. No volverían a hablar con Marcos. Lo tenían asumido.

Tal vez había sido este hecho, el sostén inamovible que les había obligado a cumplir a rajatabla con su promesa. No habían vuelto a hablar de la lanza ni de los sucesos del retiro. Ni siquiera entre ellos.

El último en ver al padre Marcos había sido Santiago, por expreso pedido del sacerdote. No les comentó mucho a sus amigos acerca de ese encuentro. Sólo les comunicó el saludo que les dejaba el cura, y les dijo que habían estado rezando.

Ahora, con el receso escolar en puerta, los cuatro amigos sabían que durante unos meses no estarían juntos todos los días y en el colegio. Este cambio de aire los iba a ayudar a distenderse e intentar olvidar todo el asunto de la lanza, y al pobre padre Marcos. Aunque internamente, ellos sabían que sería imposible olvidar la aventura que habían vivido unos meses atrás.

Casi ningún alumno era capaz de llevar prolijos y limpios sus uniformes a esa altura. La llegada del calor hacía que las remeras azules con el logo del colegio se vistieran por fuera del pantalón, aún cuando el reglamento expresaba lo contrario. Los zapatos, calzados sobre los pies sin medias, no resistían la tentación de andar con los cordones sueltos.

Los cuatro amigos hablaban del final de año y los planes de cada uno para el verano. Hacían tibias bromas entre ellos, y festejaban el hecho de saber que iban a compartir otro año, juntos en el colegio. Santiago sonreía. Estar con sus amigos era un regalo para él. Había aprendido mucho de la aventura de la lanza con el padre Marcos. Pero lo que más rescataba ahora de todo eso, era la capacidad de valorar a sus seres queridos.

Se levantó lentamente, mientras sus amigos seguían charlando. Los saludó con una sonrisa y se marchó. Sus amigos no se sorprendieron por el gesto, uno más de los que estaban acostumbrados. Su expresión valía más que mil palabras. Sabían que se iban a volver a ver en pocos días. Después de todo, la amistad no terminaba en el colegio.

El sol le dio de lleno en la cara cuando cruzó la pesada puerta de hierro verde del colegio. Afuera, el clima primaveral se presentaba muy caluroso, dando aviso a la inminente llegada del verano. Santiago se paró un segundo en la vereda y pensó en la suerte que tenía de estar vivo.

*Podría no estar acá ahora. Podría haber muerto como los chicos de 1954.*

Con una sonrisa en su cara luego de alejar los fantasmas de un posible pasado trágico, se prometió a sí mismo aprovechar esa dicha de estar vivo. Tal como se lo había prometido al padre Marcos.



# Epílogo

*1º de Diciembre de 2006*

Diez años se cumplían de la muerte del Padre Marcos. Santiago, como todos los aniversarios, se dirigía a rendirle su habitual homenaje. En el recorrido del transporte público hacia el lugar donde se dirigía, las imágenes se le cruzaban fugazmente. Todavía podía ver con claridad los sucesos de la noche que lo había marcado. Sin embargo, prefería espantar los malos recuerdos repasando mentalmente la magnífica historia del lugar que lo estaba esperando.

En diciembre del año 1531, en la colina de Tepeyac, México, la Virgen María se le apareció al indio Juan Diego. La Inmaculada le manifestó al nativo su deseo: que un templo se construyera en el lugar. Cuando Juan Diego fue con la noticia hasta el Obispo, Fray Juan de Zumárraga, éste no le creyó. Fue entonces que la imagen de la Virgen le dijo al indio que cortara unas rosas de la cumbre de un cerro, donde era muy extraño encontrar este tipo de flores, y las llevase al Obispo dentro de su poncho. Cuando Juan Diego abrió la prenda para mostrarle al Obispo las rosas, todos quedaron asombrados ante la imagen de la Madre de Jesús impresa en la vestidura.

El nombre de Guadalupe, se originó a partir de la confusión generada por no entender bien el idioma del indio. El Obispo la llamó así valiéndose de la pronunciación de Juan Diego, y asociándola a la Virgen de Guadalupe de Extremadura, España. Aún hoy, luego de casi quinientos años, se puede ver en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe en México, la imagen de la Virgen impresa milagrosamente en el poncho de Juan Diego.

En el año 1747, un sacerdote mercedario encontró una pequeña lámina con la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe en su convento, en Santa Fe. El padre Miguel Sánchez, tal era su nombre, decidió colocar la imagen en el oratorio de los Setúbal.

Los Setúbal eran parientes del ermitaño Francisco Javier de la Rosa, quien construyó una capilla, trabajando como albañil y carpintero. A él le dieron la imagen para ser venerada en el pequeño santuario. De la Rosa talló el altar en madera y pintó una serie de medallones representando la aparición de la Virgen María a Juan Diego en México. Luego, a partir del año 1779, comenzaría a erigir un templo, para completar la obra.

En el año 1877, Nuestra Señora de Guadalupe de México fue proclamada Patrona de América. Y en 1899, el papa León XIII la declaró Patrona y Titular de la diócesis de Santa Fe. Desde ese momento, la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe fue venerada por miles de santafesinos, y personas de otros lugares que participaban de la procesión a la Basílica, ubicada en el barrio que había tomado el nombre de la Virgen, al norte de la ciudad de Santa Fe. El edificio fue restaurado en varias

ocasiones, hasta culminar con la construcción gótica actual. La coronación pontificia de la imagen santafesina se produjo en el año 1928 por el papa Pío XI. La estatuilla de yeso de la Virgen, que no se parece a la de México, tiene un camarín especial en la Basílica.

Santiago se encontraba en la entrada del ala este de la Iglesia. Allí, a la derecha, había una placa de mármol con la inscripción *Non Fecit Taliter Omni Nationi – Año 1780*. La traducción del latín significaba: *Ninguna Otra Nación Fue Bendecida Como Nosotros*.

*Vaya si es cierto*, pensó Santiago cuando supo qué decía.

A la izquierda, en el suelo, una placa decía: *Pbro. Edgardo Trucco – 31-V-1932 – 16-VI-2002*. Santiago leyó la inscripción y sonrió.

La Basílica de Guadalupe era una de las más grandes iglesias de la ciudad de Santa Fe, sobre todo por la amplitud de sus alas, al este y al oeste del edificio. Cuando Santiago llegó al pie de la escalera de mármol que desembocaba en el camarín de la Virgen, se paró a contemplar la imagen del Sagrado Corazón de Jesús que había a la izquierda. Los ojos de Cristo parecían tener vida para él; su mirada era extremadamente compasiva. Santiago miró las heridas en sus manos y pies, y se estremeció.

Las estatuillas de los ángeles que flanqueaban la escalera, parecían ser guardia suficiente para la Virgen. Santiago subió. A la entrada del camarín había una vitrina que contenía la imagen original, en blanco y negro, de la Virgen de Guadalupe de México. La que había encontrado el padre Sánchez en su convento, y que luego le dio origen a este templo. La lámina no era más grande que una foto y estaba contenida en un ornamentado portarretrato dorado, sobre unas flores rosas. A la izquierda de la vitrina, una placa de metal contenía la siguiente inscripción: *Imagen original de la devoción a la Virgen de Guadalupe en este lugar – Venerada desde mediados del siglo XVIII en el oratorio de los Setúbal, luego, desde 1769, en la capilla de Javier de la Rosa*. Santiago se persignó ante ella.

El camarín de la Virgen estaba vacío. Santiago se arrodilló, poniendo sus brazos sobre la baranda de mármol. A los lados de la imagen de la Virgen, había dos representaciones. La de la izquierda mostraba la aparición de la Nuestra Señora de Guadalupe a Juan Diego. A la derecha se veía al Obispo de Zumárraga, atónito ante la imagen de la Virgen en el poncho del indio.

En el medio estaba la estatuilla de la Virgen, con su corona y el manto celeste; parada sobre la media luna y sostenida por un ángel. Debajo de la imagen, otros dos ángeles, dorados y más grandes que el de arriba, veneraban la imagen completa.

Santiago recordaba la carta que le había dado el padre Marcos dos días antes de morir. Leela con atención, le había dicho guiñándole un ojo. La frase se había grabado a fuego en su mente: *No te olvides de pedir por mí. Hazlo frente a Nuestra Patrona de América*. No tardó mucho tiempo en deducirlo, y desde ese momento, venía aquí todos los años para cumplir con la última voluntad del padre Marcos.

Los ojos de Santiago estaban clavados en el medio de la vitrina, pero no precisamente en la imagen de la Virgen. Allí, debajo de las alas de los ángeles dorados, un largo objeto con punta reposaba acostado, casi invisible. En el medio de lo que parecían dos cuchillas, había un clavo oxidado. Y envolviendo por el medio a todo el objeto, una lámina de oro contenía grabada una inscripción en latín: *Lancea et Clavus Domini*.